

EL HOMBRE QUE DA LAS RESPUESTAS

A principios de junio de 1989, llegué a La Habana. Por primera vez. No pasaba de ser un típico guajiro oriental en la capital cubana. Embelesado. Medio perdido, como si estuviera en una selva de concreto, con animales de metal. Curioso por todo. Distráido. Torpe.

No conocía a nadie, y nunca había realizado una entrevista, pero estaba determinado a conversar con personas que habitaban en la memoria o en mis apuntes, como héroes, ante los cuales me sentía pequeño. La mítica de la Revolución Cubana y la ingenuidad histórica contribuían al aturdimiento y al enanismo. Dejé la mochila y, como si se fuera a acabar el tiempo, comuniqué por teléfono con más de una decena de ellos. Era un sábado, al atardecer.

Todos se excusaron de no poder atenderme el domingo. Fueron proponiendo fechas, que acepté sin que importara su coincidencia. Cuando agoté los teléfonos de aquellos que tenía clasificados como prioritarios, ya sin esperanzas de comprometer el domingo, disqué el teléfono del doctor Luis M. Buch Rodríguez.

Del otro lado me atendió Conchita, la esposa, y me obligó a contarle intereses y propósitos. Para mi sorpresa, en tres minutos tenía arreglada la entrevista, que sería justamente esa misma noche. El doctor Buch anunció que estuviera listo, que en media hora pasaría por mí. Así fue.

Durante todo el breve recorrido hasta su residencia, en la avenida Primera, No. 1606, en Miramar, fue haciendo preguntas sobre Santiago de Cuba y las pretensiones que me animaban. Respondí, sin dejar de mirar, atontado, la majestuosidad del entorno. Cuando penetramos al enorme estacionamiento del *chalet* donde vivía, lo primero que se me ocurrió fue que el doctor Buch y su familia ocuparían, a lo sumo, uno de los pisos del inmueble. No me reprimí, así que lo pregunté. La respuesta fue instantánea: vivía allí, sin aclarar si en un piso o en dos, sin precisar desde cuándo. Ya dentro, me percaté de que toda la mansión era suya.

En la primera de nuestras conversaciones, el doctor Buch me confundió, y lo hice víctima de mis prejuicios en relación con la riqueza. Tenía ante mí a un hombre extremadamente sencillo: en el vestir, en

su lenguaje, en sus modales, en su trato. Particularmente modesto y reservado. Afable. Sobrio. Y, sin embargo, inmotivadamente, por puro prejuicio, tenía la sensación de estar en presencia de un aprovechado o de un burgués venido a menos con la Revolución, quien, por extrañas razones, permanecía en Cuba. Pasadas las semanas, tras muchas conversaciones sobre la Revolución Cubana y su desempeño en ella, acerca de su pasado, comprendí cuán equivocado andaba, cuán injusto había sido con el hombre que generosamente logró el milagro de que aquel domingo la agenda quedara harta de compromisos, denegados o marginados poco antes; con el hombre quien abrió muchas puertas para la indagación histórica, que de lo contrario hubiesen permanecido vedadas, y, sobre todo, con quien me dio acceso privilegiado a los muchos recovecos de su vida política.

Pasados los meses, los años, cuando de la primera de nuestras conversaciones nació una muy profunda e íntima amistad, casi familiaridad, la suerte quiso que en uno de los momentos más difíciles de su vida, estuviera junto al doctor Buch en aquella, su casa entrañable.

Al caer la tarde, en un febrero endemoniado, de un año al que mejor no se le recuerda, ni por el clima ni por el pan, desde la terraza de su casa vi junto a Luisito, su único hijo, cómo a corta distancia de la costa se hacía inmensa una ola bravucona y cómo avanzó, incontenible, por encima de los bolos de concreto y las cabillas, que mucho tiempo atrás habían sido enterrados en la dura roca marina para amenazar la fuerza probable de los nortes, y cómo aquella masa de agua corrió por el largo patio cementado para estrellarse, finalmente, contra las paredes de la casa.

El parapeto de gruesos tablones de madera que, previsoriamente, habían armado para proteger las puertas y ventanas de cristal fue destruido en el primer golpe de agua. Las olas sucesivas, ya sin vencer obstáculos, inundaron la planta baja, destruyendo totalmente los reducidos de esplendor y riqueza de la casa, aquellos que habían logrado sobrevivir a más de treinta años de sobriedad y limitaciones económicas. El piano de Conchita, en el que durante la tiranía se había logrado notas de un evidente sabor antibatistiano, fue deshecho; las teclas flotaban en el interior de la casa, primero, y después en la avenida Primera. Los finos y elegantes muebles, donde tanta burguesa habanera sudó sus orgullos y sus miserias; en los que prominentes y distinguidos revolucionarios estuvieron discutiendo tiempo atrás la suerte del país; donde conversé por última vez con Faustino Pérez Hernández acerca de su actuación como ministro de Recuperación de Bienes Malversados, todos quedaron des-

truidos. La biblioteca personal, que atesoraba virtualmente toda la producción histórica cubana, desde los primeros escritos y títulos, resultó seriamente dañada. La rica colección de *Bohemia* se perdió toda. En su casa, el mar embravecido destruyó objetos de valor museable, y restó riqueza al patrimonio histórico de la nación.

No sólo fue la casa. Los altos muros de separación con la que había sido la mansión del cerebro financiero de Batista, Joaquín Martínez Sáenz, en dos golpes de agua más quedaron destrozados. Esa tarde sentí bastante miedo, quizás el mismo que experimentó el doctor Buch, el hombre que no tembló cuando le tocó preparar y dirigir una importante zona de Cuba ante la inminencia, sobre suelo nacional, de un fatídico conflicto termonuclear soviético-estadounidense. El revolucionario que no había palidecido ni vacilado cuando, en infinidad de oportunidades, pudo morir por bala, por accidente o por la traición rencorosa de sus enemigos o la furia del ciclón *Flora*, en las llanuras del río Cauto, se vio sobrepasado y derrotado por la fuerza del mar que tantas veces lo sedujo. El seductor se transfiguró en reductor. Aquella tarde, el doctor Buch aceptó una retirada, la evacuación a la casa de *Ernestico* —Ernesto Buch Santos—, el primo, quien, como muchos de su familia, estuvo comprometido con la Revolución iniciada en el cuartel Moncada, pero que fue de los pocos Buch que decidieron permanecer junto a Fidel Castro cuando las definiciones políticas e ideológicas obligaron a la familia a decidirse entre la Revolución o el exilio.

En la casa de Miramar, tras su espectacular fuga de la Audiencia de La Habana, fue a esconderse Armando Hart, entonces uno de los principales dirigentes del Movimiento Revolucionario 26 de Julio. Hart permaneció escondido en la segunda planta durante casi tres meses. En virtud de ello, se transformó en casa de máxima seguridad y en uno de los principales centros de conspiración en La Habana, pues a Hart lo iban a visitar los más connotados jefes del Movimiento 26 de Julio. Paralelamente, un comando urbano preparaba un atentado contra Joaquín Martínez Sáenz, cuando este saliera de su *chalet*. De producirse el atentado, con toda seguridad, la casa del doctor Buch se hubiese “quemado”, con el peligro que ello entrañaba para él y para el propio Hart. La conversación oportuna del doctor Buch con el jefe del comando urbano, doctor Luis Orlando Rodríguez, logró evitar la ejecución del plan. Martínez Sáenz murió en el exilio, sin saber que salvó la vida gracias a ser vecino del hombre que amparaba al clandestino más buscado en La Habana por esos días.

Durante mucho tiempo, aquella casa sirvió para diversos propósitos revolucionarios. Muchas veces, los inofensivos juegos de canasta de Conchita con la esposa de un connotado político batistiano, quien estacionaba su auto de placa oficial frente a la mansión, sirvieron de mampara a las actividades revolucionarias del doctor Buch. La cobertura que proporcionaba la riqueza permitió que Conchita lograra que muchas de las burguesas que la frecuentaban, sin desearlo ni imaginarlo, proporcionaran el alimento y las vituallas requeridas para el movimiento clandestino, siempre bajo la cobertura de reunir limosnas para los menesterosos de La Habana. La posición social y sus dineros, su prestigio profesional y una aparente neutralidad política, le permitían al doctor Buch moverse y mover con entera libertad a los revolucionarios más perseguidos por la Policía en la capital.

No es de extrañar que aquellos lazos históricos ataran al doctor Buch a su casa de Miramar. Ello, al margen de que tenía la virtud de ser el producto de su fantasía arquitectónica. La residencia fue concebida y construida a su gusto a mediados de la década de los años cincuenta, en el esplendor de la fortuna personal.

En los años cuarenta y cincuenta, siendo el titular de un poderoso bufete privado situado en los apartamentos 113 y 114 del edificio del Banco Nova Scotia, representando los intereses de los grandes comerciantes de Pinar del Río, Matanzas, Las Villas, Camagüey y Oriente, enfrentados a los comerciantes habaneros reunidos en la Lonja del Comercio de Cuba, el doctor Buch acumuló una fortuna considerable, con la que adquirió un edificio en La Habana, que le reportaba una pensión sostenida, abundante; compró terrenos y autos; construyó una casa de verano en la playa de Tarará, y ordenó construirse la casa de Miramar a un costo de decenas de miles de pesos de la época. La habitó a partir de su terminación, en 1956, contando con un extenso servicio doméstico de cinco empleados, algo muy propio de la burguesía y la aristocracia cubanas de los años republicanos, porque el doctor Buch, aunque no le agrade el recuerdo, pertenecía a la élite social de Cuba.

En 1938, se había graduado de abogado en la Universidad de La Habana, y un año después se había ido a administrar una mina de manganeso en Baire, Oriente, de la que regresó, años después, curtido en la experiencia empresarial y con grandes relaciones en el sector comercial y profesional. A partir de entonces, comenzó su carrera de burgués, progresando aceleradamente hasta acaudalar la fortuna que le permitió vivir en el lujo y la opulencia, y en cierta apatía política, descreído de que en Cuba pudiese haber una revolución.

Hasta ese momento de su vida, padeció los rigores de una economía familiar estrecha, venida a menos en la crisis económica iniciada en 1929 y continuada a principios de la década de los años treinta, la que enfrentó prontamente, independizado de la familia e integrado a la lucha revolucionaria de forma tan comprometida que apenas pudo reunir los recursos mínimos para sobrevivir y pagarse los estudios de Derecho Civil y de Filosofía y Letras. Entonces, carecía de dineros y propiedades, pese a provenir de una familia de honda raigambre social y éxito económico, originaria de Cataluña y cuyo laboratorio-cuna fue la ciudad de Santiago de Cuba, siglos atrás.

El apellido Buch llegó a Cuba en el último tercio del siglo XVIII, para quedar, al cabo de dos siglos, diseminado por Cuba y los Estados Unidos, signado por acuñar a una familia de profesionales liberales y empresarios exitosos. Lo trajo a Cuba el joven catalán Santiago Buch Molas, hombre ilustrado, laborioso, de fértiles ambiciones, nacido en el pueblo ribereño de Calella, en la provincia de Gerona, a mediados del siglo XVIII. Heredó un apellido cuyos ancestros más antiguos proceden de una región alemana que se ha extraviado definitivamente en el árbol genealógico de la familia.

Recuerdo que una tarde, ya sin fecha, poco después de conocer al doctor Buch en La Habana, descubrí con asombro que una calle del importante reparto Sueño, en la ciudad de Santiago de Cuba, llevaba su nombre: Luis Buch Rodríguez. Fui asaltado por la duda. No creí, realmente, que fuera un nuevo homenaje a su persona, pues desde el año 1959 se estableció una norma, precisa y terminante: la de no dar el nombre de personalidades políticas vivas a calles, parques, edificios, o instituciones públicas. Todo provino de un intento de situar un busto del doctor Fidel Castro en una calle habanera. El doctor Buch había rubricado aquella Ley, en su condición de ministro de la Presidencia del Gobierno Revolucionario. Por supuesto, le pregunté. Él se encargó de esclarecer que se trataba de uno de los varios homenajes que de las autoridades de la ciudad había recibido, *post mortem*, su abuelo, de idénticos nombres y apellidos que él: Luis María del Rosario Buch Rodríguez, nacido en Santiago de Cuba en 1853.

El abuelo Luis María del Rosario fue un maestro prominente y filántropo estelar de la ciudad; fundador de dos grandes colegios de la República: *Las Dos Américas* y *Juan Bautista Sagarra*, además del Hospital de Emergencias de Santiago de Cuba, en 1922, en parte con la realización de trabajo voluntario, del que es, en cierta medida, un precursor en Cuba.

Su abuelo prestó servicios en el Ejército Libertador, en calidad de enlace. A lo largo de la última guerra cumplió no pocas riesgosas misiones guerreras, sin ser capturado por los voluntarios o los guerrilleros. Esta experiencia y su férreo carácter, marcado por la época, hicieron que el abuelo concibiera un régimen escolar en el colegio *Juan Bautista Sagarra*, caracterizado por la práctica y exigencia de una disciplina y unos procedimientos semimilitares, con la obligatoriedad en el uso por parte de los alumnos, todos niños, de un uniforme militar adornado con guerrera e insignias militares y prácticas escolares con sabor del fuero. A estas severas maneras fue sometido el niño Luis María Buch Rodríguez cuando comenzó a asistir al colegio de su abuelo.

Su abuelo tuvo cuatro hijos con Ana Ramírez Lorente, el segundo de los cuales fue su padre, Luis Buch Ramírez, nacido el 27 de noviembre de 1884 y fallecido el 5 de noviembre de 1962, en la ciudad natal, Santiago de Cuba. Su padre contrajo matrimonio con María Caridad Rodríguez Laenza, joven santiaguera nacida el 14 de mayo de 1881 y fallecida en la emigración, en Puerto Rico, en 1982, a los 101 años de edad. Del matrimonio hubo cuatro vástagos, siendo Luis el segundo de ellos.

Luis María Buch Rodríguez nació el 7 de agosto de 1913, en la calle Enramadas, esquina a Clarín. Su abuela paterna, Ana Ramírez Lorente, mujer dulce y exigente, le enseñó las primeras letras y los primeros números. Tras cursar el *kindergarten*, fue matriculado en el colegio *Juan Bautista Sagarra* hasta la preparatoria, último grado de la enseñanza primaria. Al arribar a los 13 años, podía comenzar ya los estudios de segunda enseñanza, si cumplía previamente con el requisito de vencer los exámenes de ingreso, que se realizaban en junio y septiembre de cada año en el Instituto de Segunda Enseñanza de Oriente. Por haber nacido en agosto, tuvo que dejar pasar la convocatoria de junio. Quiso presentarse en septiembre, pero una tía, quien le impartía inglés en el colegio, estimó que dar el salto de enseñanza en ese momento no era necesario y que podría repetir la preparatoria para estar en mejores condiciones de iniciar el bachillerato. En realidad, se evitaba por rivalidad familiar, el que no se anticipara a un primo hermano, hijo de un renombrado cirujano santiaguero. Luis acató la decisión familiar, pero aquel golpe lo marcó muy hondamente.

Al iniciarse el nuevo curso, quedó convertido en un rebelde. Al tener los conocimientos del grado, dejó de prestarles atención a las clases, caracterizándose por ser fuente de diversas indisciplinas, en un cole-

gio cuyo rasgo distintivo era la hermética sumisión propugnada. Ya para entonces, Luis no desperdiciaba oportunidad para rebelarse.

Su abuelo murió. El nuevo director del colegio *Juan Bautista Sagarra*, Francisco Ibarra Martínez, hombre más liberal, se propuso eliminar progresivamente la disciplina y el esquema semimilitar de la escuela, sustituyéndolos por conceptos más flexibles, civilistas, modernos. En una ocasión, al develarse un monumento a los primeros mártires de la revolución por la independencia en Santiago de Cuba, a donde asistirían los alumnos, el nuevo director dispuso que el desfile se hiciera sin seguir la tradicional formación militar, por lo cual los “oficiales” debían incorporarse en igualdad de condiciones a los “soldados” del colegio. Luis se sintió lastimado con una disposición que desconocía su condición de “oficial”. Le reclamó al director que los “oficiales” no tenían que formar filas, sino mandar a los “soldados”. Sin razonamiento alguno, le indicaron que eso ya estaba decidido y que él debía obedecer. Luis se negó. Discutieron. Sobresaltado, Luis se arrancó las insignias que le conferían el grado de “primer teniente” y en condición de “soldado” se incorporó al conjunto. Fue su primer acto de desacato a la autoridad.

Pasado el curso, se presentó a exámenes y aprobó el ingreso a la Segunda Enseñanza. Fue matriculado en el colegio *Dolores*, de la Congregación Católica de los Jesuitas. Sufrió entonces un vertiginoso proceso de conversión a filomático, cumplidor del ritual católico. Pero no habría de durar mucho. La ruptura vendría en el momento de disputar el premio que se otorgaba en la asignatura Geografía Universal.

Luis sentía una gran inclinación por sus contenidos, lo que motivó que fuera muy aplicado en la materia. En los exámenes ordinarios obtuvo calificación de sobresaliente, requisito esencial para presentarse a disputar en un examen especial el premio de Geografía Universal. Cinco alumnos concurrieron a la convocatoria. Al intercambiar la información de cómo habían respondido las distintas preguntas, estuvieron de acuerdo en que el único que había respondido correctamente todo el examen era Luis, con lo que le tocaba “llevarse el gato al agua”. Días después, el colegio convocó a una reunión festiva de familiares, alumnos e invitados. Se aprovechó la ocasión para dar a conocer los distintos premios otorgados en cada una de las materias convocadas. Cuando llegó el turno de Geografía Universal, sorprendentemente, el premio fue otorgado a Enrique Bravo, hijo del profesor titular de la cátedra de Geografía e Historia Universal en el Instituto de Segunda Enseñanza. Entre aplausos, Bravo subió al entarimado y recogió el certificado.

Luego, en calidad de primer *accésit*, fue llamado Luis. Hubo aplausos, pero el joven se quedó quieto en su silla, petrificado, sin contestar siquiera ninguno de los continuos llamados para que recogiera el diploma acreditativo.

Al día siguiente, en la puerta del colegio lo esperaba un Hermano de la Congregación. Lo llevaron a presencia del Prefecto. Le preguntaron las razones de su negativa a recoger el certificado. Luis, lastimado por la injusticia, explicó que los propios examinados habían discutido los resultados y que todos estuvieron de acuerdo en que el premio le correspondía, pero que se lo habían otorgado a Bravo por el favoritismo de ser hijo del profesor titular de la asignatura. Como colofón de la conversación, el Prefecto extendió el certificado. Luis lo tomó y, sin reparar en su contenido, lo arrojó al cesto de los papeles. De inmediato, fue expulsado.

Vino luego el consabido cabildeo familiar de rigor. Las gestiones del padre, de los familiares más próximos, las puertas tocadas y las explicaciones y excusas ofrecidas, y su reingreso al colegio. Pero ya lo hizo, después de un crudo análisis, con profundo decaimiento en su endeble fe católica y en calidad de aliado de los compañeros más ariscos y revoltosos, unidos en frecuentes y graves travesuras escolares. Había escogido Luis, definitivamente, el partido de los irreverentes, y al sumarse a filas, se salvaría, en su pronta entrada al Instituto de Segunda Enseñanza, de ser víctima de las acostumbradas “novatadas”.

Al fin del curso, fueron sometidos a exámenes ante distintos tribunales formados por los profesores del Instituto de Segunda Enseñanza, pues el colegio *Dolores*, como institución privada, se incorporaba al Instituto a fin de oficializar el pase de año. Luis logró pasar el año, que resultó ser el primero y el último en el colegio *Dolores*, por no poderse costear la matrícula, dada la caótica situación financiera de la familia, a consecuencia de la inesperada quiebra de los negocios del padre tras el *crac* bancario de 1929.

El joven Luis se vio obligado a sortear la tempestad financiera, repasando a los alumnos retrasados por tres pesos al mes. Tostó y vendió café como ayuda a la familia en bancarrota.

Su ingreso al Instituto de Segunda Enseñanza de Oriente coincidió en época, 1929-1930, con un recrudecimiento de la represión política en el país y de la lucha obrero-estudiantil contra la dictadura de Gerardo Machado Morales. Con la llegada del mes de septiembre de 1930, debía reiniciarse las actividades docentes, pero el curso se retrasó como

consecuencia de la agudización de la situación. La muerte del estudiante Rafael Trejo, en La Habana, desató las pasiones políticas, radicalizando notablemente al estudiantado cubano. En Santiago de Cuba, la sangre trejista provocó la ira estudiantil en el mayor y más renombrado centro escolar de la provincia de Oriente: el Instituto de Segunda Enseñanza. Luis participó de las protestas. Hubo muertos y heridos, sangre y detenciones abundantes.

Los estudiantes no se amilanaron. Buscaron protección en una casa vacía de la calle Corona para planificar las respuestas y crear el instrumento de aglutinación y lucha. Allí acordaron formar el Directorio Estudiantil del Instituto de Segunda Enseñanza. Democráticamente, eligieron a los directivos. Luis quedó en calidad de suplente. A los pocos días, tras una vacante, ingresó a la dirección del Directorio Estudiantil, con el número trece.

Esta corta hoja de servicios a la revolución antimachadista fue suficiente para que el Supervisor de la Policía de Santiago de Cuba, el sanguinario comandante Arsenio Ortiz, conminara a su abuelo materno para que en menos de cuarenta y ocho horas lo sacara de la ciudad. Durante meses, mientras Arsenio Ortiz permaneció en Santiago de Cuba, Luis estuvo refugiado en Banes, en el norte de la provincia de Oriente.

Cuando el Gobierno de los Cien Días fue derrocado en La Habana, a mediados de enero de 1934, Luis recibe su título de Bachiller en Letras y Ciencias por el Instituto de Segunda Enseñanza de Oriente. Con sólo diez pesos que le obsequió la abuela paterna, parte para La Habana, dispuesto a doctorarse en Derecho Civil y en Filosofía y Letras, como muchos de sus primos y amigos. La precariedad económica familiar lo obligó a acogerse a la matrícula gratuita que la Universidad de La Habana ofrecía a los estudiantes pobres. Para costearse los gastos de sus estudios universitarios, en una ciudad en ebullición política, con la reacción “haciendo su agosto” revanchista contra las fuerzas políticas de izquierda y reformistas, Luis vendió limones en el Mercado Único. Su sobrevivencia fue, necesariamente, ajetreada y diversa. Luis asistía a clases, se ganaba la vida y participaba de las asambleas para la depuración del profesorado machadista, y de las manifestaciones estudiantiles.

La polarización de las fuerzas políticas y el incremento de la represión contra el movimiento estudiantil condujo a que los sectores más radicales se pronunciaran por convocar a una huelga universitaria. Para

conseguirla, en el anfiteatro del Hospital Calixto García, en asamblea general de estudiantes, se constituyó un Comité de Huelga. Luis se integra en calidad de suplente. Deviene miembro efectivo por una pronta contingencia del titular, en este caso José Ángel Bustamante O'Leary, detenido por los cuerpos represivos. De esta manera, Luis une sus esfuerzos a los propósitos revolucionarios de Carlos Rafael Rodríguez, Salvador Vilaseca, Willy Barrientos, Manuel Menéndez Massana y otros miembros del Comité de Huelga.

La huelga fracasó y el Comité de Huelga se transformó en Comité Estudiantil Universitario (CEU). Luis es uno de sus miembros ejecutivos. En el CEU permanecerá, activo y protagónico, hasta su disolución en 1937, con la reapertura de la Universidad y la nueva vertebración de la Federación de Estudiantes Universitarios, bajo la presidencia de José Ángel Bustamante.

Desde 1934 Luis se integra a Joven Cuba, la organización insurreccional fundada por Antonio Guiteras. Los métodos son violentos y el peligro de muerte es constante. Pero ya Luis anda acompañado, íntimamente. Un día antes de su aniversario en 1935, el 6 de agosto, a las once de la mañana, en la notaría del doctor Miguel Ángel Tamargo y Vidal, en la calle Empedrado, en presencia del famoso escultor Domingo Ravenet Esquero y del abogado Ismael Jordán Martín, en calidad de testigos, Luis contrae matrimonio civil con la joven Concepción Acosta Hechavarría, santiaguera de veinticinco años (6 de mayo de 1910). El 13 de agosto el Juez Municipal del Este, doctor Ignacio Morales Herrera, inscribió el matrimonio por acta 555, del folio 590, del tomo 48 del Libro de Matrimonios. Todo conforme con la Ley.

En realidad, el matrimonio fue efectuado en el mayor sigilo impuesto por la clandestinidad revolucionaria de los novios. La revolución, desde el primer encuentro, los había unido. El amor les sobrevino en el fragor de las intensas jornadas de lucha en Santiago de Cuba. La compañera de la vida sería también la compañera de lucha, porque a Conchita no le era ajeno el ajetreo conspirador de Luis, pues provenía de una familia de larga y prestigiosa estirpe revolucionaria. Juntos asumieron cada una de las responsabilidades políticas, la más importante de todas, el ajusticiamiento de Carmelo González el traidor de Antonio Guiteras en El Morrillo, en mayo de 1935.

Tras duros golpes, el accionar de Joven Cuba, y con él las actividades revolucionarias de Luis, fueron disminuyendo. La capacidad militar de la organización fue golpeada y la carencia de un líder mermó las

posibilidades revolucionarias. La reacción, compulsada por la favorable situación interna y los acontecimientos universales, comenzó a coquetear políticamente. Se decretó una amnistía política y se reabrió la Universidad de La Habana. Comenzó a manejarse, con visos de permanencia, cierta tolerancia política. La frustración revolucionaria se consolidó, rápidamente.

Este proceso terminó destruyendo lo que quedaba de Joven Cuba. Ofrecido un pacto político electoral por Ramón Grau San Martín, la mayoría del Comité Central de la organización estuvo de acuerdo, renunciando a la vía insurreccional para hacer la revolución. Sólo una minoría, entre la que se encontraba Luis, se opuso al arreglo, rechazando los puestos políticos ofrecidos por el expresidente. Esto determinó la ruptura de Joven Cuba y el alejamiento de Luis de la actividad revolucionaria, consumido por una enorme frustración política.

Con la reapertura de la Universidad en 1937, Luis y Conchita se reincorporaron a sus estudios. Fue en este año en el que Luis pudo haber pasado a la historia nacional como el homicida de un expentarca del 33, protagonizando, quizás, el último de los duelos escenificados en Cuba. Ocurrió que en las asambleas de depuración de profesores machadistas habidas en la Universidad de La Habana, tras la revolución de septiembre de 1933, no todos los catedráticos de notorios antecedentes machadistas fueran purgados. El doctor Antonio Sánchez de Bustamante, prestigioso internacionalista cubano, de renombre continental y europeo, se salvó de la depuración estudiantil, pese a sus estrechos vínculos y su abierta colaboración política con la tiranía de Gerardo Machado. Entre otras muchas cosas, había sido el Presidente de la Asamblea Constituyente fabricada por Machado para prorrogar, en 1928, su mandato. Los estudiantes no borraron ni le perdonaron aquel pasado.

El doctor Sánchez de Bustamante era un anciano. A esta condición biológica obedeció que el acto de protesta de los estudiantes por su aún permanencia en el claustro de la Universidad de La Habana fuera silenciosa. Todos los estudiantes del cuarto año de la carrera de Derecho, una de aquellas tardes, le esperaron a todo lo largo de la escalinata de la Facultad de Derecho, custodiando su marcha hasta el aula donde iba a impartir conferencia. El doctor Sánchez de Bustamante, confundido, saludó amablemente a los estudiantes por el supuesto homenaje que le rendían. Cuando el profesor estaba ya en su silla, todos los estudiantes se marcharon, dejándolo solo.

Por supuesto, se produjo la denuncia ante el Decano y el análisis con los organizadores de la protesta. En las investigaciones participaron varios profesores. Los estudiantes explicaron sus motivos. Hubo una reunión en el Decanato. El doctor Guillermo Portela, Catedrático Titular de Derecho Penal, exmiembro de la Pentarquía de 1933, salió en defensa de su colega Sánchez de Bustamante. Tuvo palabras elogiosas y laudatorias para el anciano profesor. Esta actitud de Portela provocó la ira de los estudiantes. Desde el fondo del Decanato, se escuchó la voz firme y atrevida de Luis anatematizando al doctor Portela:

— *Usted es un descarado.*

Y tras ello, la algarabía y el descontrol. El catedrático quiso replicar, pero sus palabras fueron ahogadas por el bullicio. La reunión terminó con los ánimos muy caldeados. Poco después, el doctor Portela envió a dos padrinos a su alumno, retándolo a duelo a muerte, por entender que su honor había sido ultrajado. Luis debía nombrar a los suyos para llegar a un entendimiento sobre la forma en que habrían de batirse. Luis estuvo de acuerdo con sostener un duelo a muerte, y designó a Justo Carrillo y a Manuel Menéndez Massana como sus representantes. Propuso que en lugar del combate a sable, a la vieja usanza, se batieran a disparo de pistolas, sin formalidades. Por supuesto, intervinieron los amigos, profesores y alumnos, los consejeros y los padrinos, y el asunto no terminó con sangre, se diluyó. No hubo excusas, ni desagrazos.

Luis se presentó a examen oral de Derecho Penal ante el doctor Portela. No hubo mayores contratiempos, sólo que su nota fue reducida sin motivo suficiente. Un año después, en 1938, vencidas todas las asignaturas, se tituló en Derecho Civil. Luis se transformó en el doctor Buch, un joven y talentoso abogado.

Poco después, inició el camino de empresario del manganeso en las serranías orientales, determinando con su aventura el que Conchita abandonara sus estudios de Estomatología en el tercer año. De la empresa regresó, tras duros años de esfuerzo físico y comercial, con una mediana fortuna, suficiente para convertirse en vecino de Elisa Godínez, la primera esposa del dictador Fulgencio Batista. De aquella experiencia minera, sin embargo, vino dotado con un capital mucho más importante que el dinero: con la experiencia y las relaciones básicas para convertirse rápidamente en un exitoso abogado, quien en poco tiempo, defendiendo los intereses de grandes comerciantes del interior de la República y representando a acaudalados clientes, reunió una considerable fortuna.

El doctor Buch se alejó cuanto pudo de las actividades políticas de sus excompañeros de los años treinta, aunque ocasionalmente colaboró sin comprometerse. Al no creer en la viabilidad de ninguna de las opciones políticas de turno para la solución de los graves y hondos problemas cubanos, se mantuvo al margen, incluso de opciones que arrastraron a la inmensa mayoría del pueblo cubano, como la representada por Eduardo Chibás y los ortodoxos a finales de los años cuarenta e inicios de los cincuenta. El doctor Buch sostenía en todo momento que Cuba tenía una sola alternativa para hacer triunfar la revolución: la vía armada, propugnada por su maestro Antonio Guiteras Holmes. Lo contrario era impracticable y no conduciría a objetivos finales de carácter revolucionario, definitivos. Con Eduardo Chibás discutió ásperamente, por no creer en la viabilidad de su proyecto político.

El golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, que lo sorprendió con treinta y nueve años y aburguesado, no alteró su retiro revolucionario, su apatía política. En 1955, no comprometido con los planes insurreccionales de las organizaciones que surgieron tras el cuartelazo marcista, ni siquiera con su amigo conspirador Justo Carrillo, el doctor Buch invertía y disfrutaba su dinero. Adquirió el terreno, diseñó y comenzó la construcción de su mansión en avenida Primera y calle 16, todo por más de cien mil pesos cubanos de la época, y se fue de gira turística por el mundo del Norte, un lujo muy típico de la élite adinerada de Cuba. Acompañado por Conchita, recorrió Nueva York, Londres, París, Ginebra, Roma, Venecia, Madrid y otras muchas ciudades europeas. Se hospedó, despreocupado y derrochador, en los mejores hoteles, los más lujosos y caros. El doctor Buch andaba aún de rehén de la frustración revolucionaria de la generación universitaria de los años treinta.

Para la fecha en que inicia el largo periplo de vacaciones, en Cuba ya se ha registrado acontecimientos trascendentales de la lucha contra Batista. El doctor Fidel Castro, joven abogado y exdirigente universitario, de antecedentes ortodoxos, es el mentor y rector de cientos de humildes, temerarios e ilusionados jóvenes que en el año del centenario del Apóstol sacuden el entarimado de la dictadura, asaltando con escopetas la segunda fortaleza militar de la nación: el cuartel Moncada. Los que salvaron la vida en el combate o en las jornadas posteriores de asesinatos masivos, fueron confinados a prisión y amnistiados, mientras que el doctor Buch y su esposa se aprestaban a pasear por el mundo occidental. Pero las hondas resonancias de la epopeya protagoniza-

da por la Generación del Centenario no lograron barrer la decepción política que lo gobernaba aún, pese a que el método y las circunstancias eran similares a los intentados por Guiteras.

Para entonces, el doctor Buch cooperaba fría y distantemente con algunos elementos políticos, exrevolucionarios de los años treinta, con los que conservaba una amistad y un agradecimiento de décadas, principalmente con Manuel Menéndez Massana y Justo Carrillo, implicados en conspiraciones con militares de prestigio. Por colaborar con Justo Carrillo, terminó haciéndolo con el doctor Fidel Castro y sus propósitos de invadir a Cuba en 1956, cumpliendo su promesa de *Libertad o Muerte*. Sin proponérselo, interviniendo en la financiación de los preparativos de la expedición del yate *Granma* y acogiendo y colaborando con Haydée Santamaría —*Yeyé*— y otros dirigentes del movimiento clandestino, inició el camino que lo condujo, en 1957, a la total ruptura con Justo Carrillo y su gente, y a su vinculación orgánica en el Movimiento 26 de Julio.

Su gran mérito histórico es haber decidido, con cuarenta y cuatro años de edad y una vida social y económica personal opulenta, romper con el letargo político, arriesgando la vida y la fortuna por la revolución, cuando la inmensa mayoría de los de su generación se había convertido a la reacción, a la politiquería o a la abstinencia política total. El doctor Buch lo puso todo en juego, y cuando la victoria coronó el impulso y el esfuerzo rebelde, no dudó en hacer trinchera decidida con la revolución en su esfuerzo transformador, que implicó, por supuesto, la afectación patrimonial a los de su clase. Los bienes de muchos de sus amigos, clientes, conocidos y vecinos fueron afectados por las leyes revolucionarias adoptadas por el Gobierno Revolucionario y firmadas por él, en calidad de ministro de la Presidencia y secretario del Consejo de Ministros. Es más, sus propios bienes —un terreno y un edificio en La Habana Vieja—, fueron entregados al Gobierno Revolucionario, renunciando a cobrar la indemnización prevista por la Ley.

Cuando el doctor Buch se integró al Movimiento 26 de Julio, en 1957, pretendía, precisamente, acabar con la división de los cubanos en clases, por medio de una revolución genuinamente popular, agraria y antiimperialista, y tal concepción implicaba afectar los muchos intereses de la burguesía nacional, de la que formaba parte, indiscutiblemente. Al doctor Buch no le quedaba ninguna duda de que ello sólo era posible en Cuba ganando una insurrección armada. A la lucha se integró, entonces, con todas sus energías, y con la experiencia acumulada dos décadas atrás.

Pero como esa actividad revolucionaria es la pretensión de fondo de esta larga entrevista, conviene abstenerse de describirla en detalles. El lector debe encontrarla narrada por su protagonista. Sólo adelante que el doctor Buch, en pocos meses, se transformó en elemento destacado y protagónico de acontecimientos trascendentales de la Revolución Cubana.

Fue el encargado de romper, en nombre del doctor Fidel Castro y del Movimiento 26 de Julio, los vínculos con los políticos de la oposición antibatistiana reunidos en el Pacto de Miami; participó en la selección del candidato del Movimiento 26 de Julio para ocupar la Presidencia Provisional de la República; estuvo encargado de las relaciones públicas en la huelga general revolucionaria de abril de 1958, aquella que debía provocar la caída de la tiranía, y en la cual el doctor Buch debía servir de coordinador para que el Cuerpo Diplomático destacado en La Habana y los grandes intereses sociales y económicos de la nación solicitaran de Batista la renuncia a la Presidencia de la República.

Participó en lo que el Che Guevara dio en llamar la “reunión decisiva” de la guerra de liberación, en El Alto de Mompié, en mayo de 1958, y donde se le encomendó complejas misiones en el exterior. Tuvo en sus manos la operación de las comunicaciones secretas de la Revolución. Fue encargado de lograr materializar el más abundante cargamento de armas que llegó a la Sierra Maestra, y de atender en el exilio al Presidente Provisional, doctor Manuel Urrutia.

En calidad de Coordinador General del Movimiento 26 de Julio en el exilio y responsable de Relaciones Públicas, tuvo a su cargo, junto con Haydée Santamaría y José Llanusa, la consolidación de los Comités del Exilio y las relaciones diplomáticas. Cooperó en la creación de la mayor y más efectiva cobertura periodística y de publicidad que tuvo jamás ningún movimiento revolucionario en el continente. Intervino en las negociaciones con la Cruz Roja Internacional, con sede en Ginebra, para la entrega de cientos de prisioneros de guerra.

Estuvo encargado y desarrolló, en nombre del Movimiento 26 de Julio, contactos con el Gobierno de los Estados Unidos. Negoció y firmó en nombre del Comandante en Jefe, el Pacto de Caracas, sellando la unidad de los sectores opositores insurreccionales. Intervino en diversas acciones de abastecimiento militar y logístico a la Sierra Maestra, a la que llegó en diciembre de 1958, acompañando al Presidente de la que debía ser nuestra República en Armas del siglo xx.

Fue seleccionado por el doctor Manuel Urrutia Lleó, en plena Sierra Maestra, para desempeñarse como ministro de la Presidencia y secretario del Consejo de Ministros. Entró en Santiago de Cuba en la noche del primero de enero de 1959, siendo factor clave en la creación del primer Gobierno Revolucionario, juramentado en la Universidad de Oriente dos días después.

Todas estas experiencias, me fueron contadas en infinidad de ocasiones hasta el más mínimo detalle, con verdadera precisión y exactitud. A aquella primera conversación de junio de 1989, la siguieron otras en los días posteriores y en los meses y años siguientes. Así, durante diez años, sin prisa. Poco a poco, fueron transcritas y corregidas. El doctor Buch usó algunos contenidos en sus libros de memorias (*Más allá de los códigos*, Editorial de Ciencias Sociales, 1995, y *Gobierno Revolucionario Cubano: génesis y primeros pasos*, Editorial de Ciencias Sociales, 1999), pero la inmensa mayoría de aquellos interrogatorios quedó dormida durante mucho tiempo, hasta que nació la idea de reunirlos, organizarlos, sistematizarlos y publicarlos en forma de libro.

He aquí el resultado. Pido que se me excuse por haber demorado tanto en publicar un testimonio de tan alto valor histórico.

REINALDO SUÁREZ SUÁREZ,
a diez años de la primera entrevista.

VINCULACIÓN REVOLUCIONARIA.

ANTONIO GUITERAS

Suárez: Va a tener que disculparme, pero las primeras preguntas serán, por fuerza mayor, muy genéricas, abiertas. ¿Cómo llega usted a la Revolución?

Buch: En el año 1930, con motivo de la muerte de Rafael Trejo González, el 30 de septiembre, se organiza en Santiago de Cuba el Directorio Estudiantil del Instituto de Segunda Enseñanza de Oriente, del que formo parte. Entonces estaba yo en el cuarto año del bachillerato. Tuve ese honor, junto con Gloria Cuadras, Miguel D'Alessandro y otros compañeros. En realidad, fue allí donde me integré a los esfuerzos por hacer una revolución contra el tirano Gerardo Machado.

Suárez: ¿Cómo organizan ustedes el Directorio Estudiantil?

Buch: A la muerte de Rafael Trejo, la situación política se complica. Los estudiantes nos radicalizamos, así que la apertura del nuevo curso en Santiago de Cuba la convertimos en un tremendo acto de acción y protesta contra Machado. Salimos a la calle en una formidable manifestación y nos dirigimos a la Escuela Normal de Maestros. Cuando regresábamos para el Instituto y nos acompañaban los estudiantes de la Escuela Normal para dar un gran mitin, fuimos atacados por la Policía a caballo a “plan de machete”. Fueron heridas dos compañeras, Gloria Cuadras y Sara Toro Abril, alumnas del Instituto. Aquello causó indignación en la ciudad. Ese mismo día, por la tarde, nos fuimos a la avenida Michelsen, donde se nos unieron los trabajadores del puerto, de las fábricas y el pueblo en general. Se dio un mitin y se derribó los bustos del Presidente de la República, Gerardo Machado Morales, y del Gobernador Provincial de Oriente, José A. Barceló, y fueron lanzados a las aguas de la bahía. La Policía volvió a arremeter contra los manifestantes, sólo que esta vez a tiros, cayendo herido el estudiante Enrique Miyares. Una bala le arrancó los dos incisivos. Tuvo gran suerte, pues al gritar tenía la boca abierta. Ese día, también cayó muerto un trabajador. Se suspendió las clases y se cerró el Instituto de Segunda Enseñanza y la Escuela Normal de Maestros.

Un grupo de estudiantes nos reunimos en una casa vacía de la calle Corona, cerca del cuartel de bomberos. Allí dejamos constituido el Directorio Estudiantil del Instituto Provincial de Oriente. La elección fue por votación de los presentes y como no logré los votos suficientes quedé como primer suplente. Poco después, me designaron miembro efectivo del Directorio, con el número trece.

Aquellas actividades fueron conocidas por las autoridades. El comandante Arsenio Ortiz, supervisor de la Policía Municipal, un tremendo asesino, quien había trabajado como recluta del Ejército Nacional, destacado como caballerizo en el puesto de la Guardia Rural, y al cual el Presidente, Alfredo Zayas Alfonso, amigo y compañero durante la guerra de independencia de mi abuelo materno, Miguel Rodríguez, había situado en su finca de Jarahueca para resguardar sus intereses, se entrevistó con mi abuelo y le dio un plazo de cuarenta y ocho horas para que me sacara de la ciudad, así como a mis primos Leyda y Luis Sarabia Rodríguez. Tuve que irme para Banes, a casa de un tío. Allí permanecí hasta que Machado trasladó a Arsenio Ortiz para La Habana, puedo regresar a Santiago de Cuba y me reintegro a la lucha estudiantil y revolucionaria.

Suárez: Usted nace en 1913, así que es muy joven cuando se integra a las luchas revolucionarias.

Buch: Tenía diecisiete años. A esa edad fue que me incorporé a las luchas estudiantiles, en el Directorio Estudiantil del Instituto de Segunda Enseñanza de Santiago de Cuba.

Suárez: ¿Cuándo conoce a Antonio Guiteras?

Buch: A *Tony* Guiteras lo conocí en 1931, en la casa de *Fela* Tornés, en las calles San Gerónimo y San Félix, en el corazón de Santiago de Cuba. Yo tenía conocimiento de la existencia de Antonio Guiteras por los contactos revolucionarios de la juventud de aquella época, en concreto del poeta Montes de Oca, quien caería tiempo después en San Luis. *Fela* Tornés, quien era una gran poetisa, reunía en su casa a un grupo de revolucionarios, entre los que se hallaba Guiteras. En una ocasión, en una noche de reunión, coincidimos y lo conocí.

Suárez: ¿Desde entonces se vincula a Antonio Guiteras?

Buch: Desde un principio tengo algunos contactos, más bien esporádicos, con Guiteras. Las orientaciones las recibíamos por medio de Montes de Oca.

Para *Tony* Guiteras, la revolución en Cuba sólo era posible mediante una insurrección armada, para ocupar el poder y hacer la revolución que necesitaba el país frente a la reacción interna y especialmente, frente a la intromisión de los gobiernos norteamericanos en los asuntos internos de los cubanos. Algo tenía muy claro Guiteras, y era que frente a los Estados Unidos, pese a que él había nacido en Filadelfia, de madre de origen irlandés y de padre cubano, los cubanos tenían que ser fuertes, estar dispuestos con las armas en la mano a intentar remediar la República y enfrentarse a la agresión yanqui. No creía en las vías políticas para los males cubanos.

En sus afanes insurreccionales contra el tirano Machado, Guiteras conoció que tanto Carlos Mendieta Montefur como el expresidente Mario García Menocal estaban en trajines conspirativos, tratando de vertebrar un movimiento insurreccional. Él se puso en contacto en Santiago de Cuba con el capitán Justo Cuza Hadieg. En Cabo Verde, fueron detenidos Mendieta y Menocal, y fracasó todo el movimiento insurreccional. Todo fue más bagazo que guarapo. Una componenda politiquera, sin verdaderos propósitos insurreccionales y menos revolucionarios. Guiteras se había integrado al movimiento aquel, y en el encuentro que hubo con el Ejército, después de alzarse en Las Gallinitas, al oeste de Santiago de Cuba, en un viejo camino que llevaba a El Cobre, él cae preso junto con los hermanos Julián y Sergio Mateo, el capitán Cuza y otros, y lo llevan a la prisión del cuartel Moncada.

Después de que él sale de prisión es que llega al convencimiento más firme y expresa aquello de que “con los políticos muy pocas cosas se podían hacer”. Es entonces que decide hacer la revolución él mismo, provocando una insurrección armada contra la tiranía de Machado. En ese propósito comienza una labor de organización con los revolucionarios que había conocido en Santiago de Cuba y otros lugares de la antigua provincia de Oriente. En Santiago de Cuba había varios grupos de revolucionarios, con distintos niveles de organización, especialmente el que habían organizado Adelino Cremé, Guillermo Sánchez, *El Niño* Cala y otros revolucionarios de la ciudad; este grupo lo encontró organizado Guiteras cuando llegó a Santiago de Cuba en sus afanes insurreccionales.

Es verdaderamente impresionante que Guiteras escogiera a Santiago de Cuba como su centro de operaciones insurreccionales, sobre todo si se tiene en cuenta que él pasó su niñez en Matanzas, y al trasladarse su familia se fue a Pinar del Río, donde estuvo hasta graduarse de Bachiller en Letras y Ciencias. Guiteras se inició políticamente en el

Instituto de Segunda Enseñanza de Pinar del Río, organizando actos de protesta y manifestaciones estudiantiles, y luego ingresó en la Escuela de Farmacia de la Universidad de La Habana, donde se integró de lleno en la lucha contra Machado, formando parte del Comité Pro Libertad de Julio Antonio Mella, cuando a este lo detienen y se declara en huelga de hambre; denuncia la prórroga de poderes de Machado. Incluso, permanece vinculado a las luchas universitarias después de graduarse en la Universidad, firmando manifiestos contra Machado, junto con los estudiantes.

Guiteras no conocía Santiago de Cuba, y sí el occidente de la Isla, donde había desarrollado sus luchas estudiantiles y revolucionarias y, sin embargo, selecciona a Santiago de Cuba para hacer la revolución. Una vez más, el oriente de Cuba. Es curioso, ¿verdad?

Para tener mayor movilidad dentro del territorio nacional y poder realizar sus ideas de organizar un movimiento revolucionario, lo suficientemente fuerte como para derrotar a la dictadura machadista, él consiguió un cargo de viajante de un laboratorio, que le servía, además, de ayuda económica. Comenzó a recorrer las provincias de Oriente y Camagüey, organizando la lucha desde su perspectiva, ampliando el campo de acción y de partidarios. Es así como hace contacto con los grupos revolucionarios de Santiago de Cuba y Holguín, los que por entonces estaban en proceso de organización. De esta manera, se integró a Oriente y desde allí organizó la revolución.

Es la historia de siempre: desde Oriente y sin armas. Para conseguir las armas es que organizó el asalto a la Audiencia de Oriente, donde se guardaba distintas armas como piezas de convicción en los juicios pendientes de celebración. Con las escasas armas que proporcionó esta acción y con otras pocas que logró reunir, decide iniciar la insurrección armada.

Sus planes consistían en organizar un movimiento insurreccional que propiciara y permitiera el ataque y la toma del cuartel Moncada, la principal guarnición militar del interior de la República, los pueblos de San Luis, El Caney y las ciudades de Holguín, Victoria de Las Tunas y Manzanillo.

Con las armas ocupadas en el cuartel Moncada, iniciaría el movimiento armado contra la tiranía. Esto me ha llevado a meditar si es pura coincidencia histórica que también Fidel Castro haya escogido a Santiago de Cuba y al cuartel Moncada como epicentros de sus planes insurreccionales, o si se trata de que Fidel conocía el movimiento or-

ganizado por Guiteras y lo apreciara como un plan correcto. Lo cierto y definitivo es que los dos líderes insurreccionales de este siglo en Cuba seleccionan a la ciudad de Santiago de Cuba y al cuartel Moncada como puntos iniciales de sus planes revolucionarios.

Suárez: ¿Cuál era el plan de Guiteras en el cuartel Moncada?

Buch: El ataque al cuartel Moncada debía iniciarse con el bombardeo de este por parte de un avión que hacía rutinariamente la trayectoria Santiago de Cuba-Moa-Baracoa, inteligencia a la que había llegado Guiteras con el piloto, en el sentido de que en el día señalado para el alzamiento llevaría dos bombas a bordo, dejándolas caer sobre el cuartel Moncada y con la lógica confusión que tal hecho produciría, los revolucionarios, apostados en las inmediaciones, procederían a atacarlo. Hubo un delator y la acción fracasó. El Ejército ocupó el aeropuerto de San Pedrito, cercano al cementerio municipal de Santa Ifigenia, y tomó medidas excepcionales en el cuartel Moncada. *El Niño* Cala, asesinado el 26 de julio de 1953, quien había estado vigilando el aeropuerto, le avisó a Guillermo Sánchez, Adelino Cremé e Higinio Lora, quienes llevaban en un auto las dos bombas, para que no continuaran viaje pues el Ejército había ocupado el aeropuerto. Es en esta situación en la que Guiteras, quien tiene su cuartel general en la calle San Gerónimo, decide dirigirse al poblado de San Luis, un centro ferroviario donde estaba comprometido un movimiento de apoyo a la insurrección.

Decide que lo acompañen a San Luis los que estaban armados, para no dejar solos a los compañeros que allí estaban comprometidos. Se llevan las dos bombas que iban a tirar desde el avión. Tienen un primer encuentro en el cuartel de Boniato, colocan una bomba y destruyen el puente conocido por El Cañón. En San Luis ya se ha tomado el pueblo, con el resultado de un soldado muerto y otro herido, sin que tuvieran bajas los revolucionarios. Guiteras conoce que están próximos a llegar los refuerzos procedentes de Palma Soriano, los que contaban con amplia superioridad en armamento; entonces ordena la retirada, formando distintos grupos, y él sale a pie en dirección a Alto Cedro. Uno de los grupos toma un *gascar* y son asesinados por el cabo Gort. Mueren el poeta Montes de Oca, Milanés, Castillo y *Quico* Vidal.

Guiteras entra en Santiago de Cuba, en un camión como un simple repartidor de leche, y hace contacto con Roberto García Ibáñez, y a partir de entonces se dedica a visitar Holguín, Victoria de Las Tunas, Camagüey y Bayamo, comprobando personalmente la situación en cada

lugar, con el fin de evitar que los ánimos decayeran y organizando un nuevo plan insurreccional.

Machado impartió órdenes estrictas de acentuar la represión en Oriente y de capturar a Guiteras, al que no debía dejarse vivo, cosa que tiempo después se propuso y logró Batista. Pero Machado no tuvo oportunidad de ver cumplidas sus órdenes, porque terminó huyendo del país, en una historia que sí tiene mucho de semejanza con la de Batista en el año 1959. Cuando Machado cae, Guiteras estaba organizando un verdadero contingente armado con la intención de iniciar la lucha guerrillera, y la caída de la tiranía lo sorprende preparando el ataque a Bayamo, con el que pensaba iniciar las operaciones militares. Es cierto lo que dijo el Che de él: Guiteras es el precursor de la lucha guerrillera en la Sierra Maestra.

Suárez: Doctor, a la caída del dictador Gerardo Machado y después de la farsa gubernamental de Carlos Manuel de Céspedes, hijo, el 4 de septiembre de 1933 se produce un movimiento cívico-militar. ¿Interviene en el golpe del 4 de septiembre?

Buch: Bueno, como miembro del Directorio, intervengo en el golpe militar del 4 de septiembre, en la toma del cuartel Moncada y en el desarme de la oficialidad del Ejército.

Sería bueno relatar el error que se cometió. Al conocer del golpe militar acaecido en La Habana el 4 de septiembre de 1933, los miembros de los directorios Universitario y del Instituto de Segunda Enseñanza nos reunimos en el cuartel Moncada. Allí no se había nucleado el movimiento, aunque había inquietud en la tropa. Nos presentamos en la jefatura del Distrito Militar No. 1, donde se encontraba el coronel Luis del Rosal, jefe del Regimiento, reunido con los oficiales. Estaban desorientados y les expusimos la razón de nuestra presencia con motivo de los acontecimientos ocurridos en La Habana y nuestra disposición de hacernos cargo del cuartel Moncada, por lo que deberían entregarnos las armas que portaban, y posteriormente dirigirse a sus respectivos domicilios. Parece algo increíble, pero ninguno de los presentes protestó y mansamente entregaron las armas y se dispusieron a salir del cuartel. Ya reunidos en el despacho del jefe del Regimiento, acompañados por el sargento de segunda, Arsenio Coloma Barthelemy, cuya labor era de oficinista y por tal razón conocía los teléfonos y contactos con todas las dependencias militares de la provincia. Se estableció las llamadas correspondientes, informándoles a los sargentos lo ocurrido en la jefatura del

Regimiento, y que desarmaran a los oficiales, indicándoles que se dirigieran a sus casas, y que ellos asumieran la jefatura de la guarnición o puesto militar. De este modo, sin ningún incidente digno de mencionar, quedó la provincia, en lo que respecta a las fuerzas militares, en manos de sargentos, cabos y soldados.

El mayor error cometido fue cuando se propuso al miembro del Directorio Universitario, Ernesto Pujals, para que asumiera la jefatura, pero él declinó, pues había el criterio generalizado de que nosotros luchábamos para liberarnos de la dictadura machadista y por el adcentamiento de las costumbres públicas, pero sin pretensiones de ocupar ningún cargo de carácter público. Ante esa situación, se propuso al sargento de segunda, José García Montero, quien prestaba sus servicios en el cuartel maestre, y se le llamó. Asombrado del despacho de la jefatura, que nunca había visto, aceptó la designación, lo que se le comunicó a la tropa reunida en el patio central, que acogió con entusiasmo la designación. En realidad, el sargento de segunda, Arsenio Coloma, era el que manejaba todos los asuntos de la jefatura, por sus conocimientos y responsabilidades administrativas. A los pocos días, Coloma sustituyó al sargento García Montero. Los oficiales que se encontraban en sus domicilios fueron desarmados y prohibida su entrada en el cuartel. Sólo hubo un pequeño incidente con el teniente Reina y otro cuyo nombre no recuerdo, en el hotel Perla de Cuba, frente a la Estación Terminal ferroviaria, donde se produjo un intenso tiroteo. Fueron desarmados sin mayor consecuencia.

Suárez: A los pocos días, la Pentarquía resultante del 4 de septiembre da paso a un gobierno presidido por el doctor Ramón Grau San Martín, lo que a su vez lleva a la formación del que luego se conocería como Gobierno de los Cien Días, del cual Guiteras forma parte prominente, y sobresale por ser factor determinante en la adopción de medidas socioeconómicas de corte nacionalista, reformador, antiimperialistas. ¿Cómo se integra Guiteras al Gobierno?

Buch: Sí, cuando cae Machado, lo sustituye el hijo de Carlos Manuel de Céspedes, del mismo nombre. En realidad, un títere con el cual Benjamin Sumner Welles, el Embajador norteamericano en Cuba, está a gusto porque era lo más entreguista que te puedas imaginar. Todo esto Guiteras lo denuncia y lo combate. A menos de un mes de la designación de Céspedes como Presidente Provisional, se producen los acontecimientos del 4 de septiembre de 1933, cuando triunfa un movimiento de clases y soldados del Ejército, apoyado por el Directorio Estudiantil Universitario, sustituyendo a Céspedes por un gobier-

no colegiado de cinco miembros, conocido como la Pentarquía, que tuvo una vida efímera, pues a los pocos días se desplomó como consecuencia de su inoperancia y su diversidad ideológica. Guiteras fue el representante de la Pentarquía en Oriente, donde tenía sobrados méritos revolucionarios y donde contaba con una considerable fuerza, con parte de la cual se había presentado en Santiago de Cuba el 13 de agosto, ocasión en la que hubo un acto de masas donde Guiteras habló, denunciando al Gobierno de Céspedes como producto de la injerencia de la embajada yanqui, en contubernio con los militares machadistas, los políticos reaccionarios y el ala derecha del ABC.

Cuando la Pentarquía fracasa, por no lograr estabilizar su gestión, la Junta Revolucionaria de Columbia designa al doctor Ramón Grau San Martín, prominente y respetado profesor universitario, como Presidente Provisional de la República.

Suárez: Hágame un retrato de Ramón Grau San Martín.

Buch: Yo no conocí a Grau San Martín. Pero él, a raíz del golpe de Estado del 4 de septiembre de 1933, se comportó bien con la Revolución. El Directorio lo eligió para la Pentarquía, que se formó con Guillermo Portela Moller, Porfirio Franca Álvarez de la Campa, Sergio Carbó Mora y José Manuel Irisarri Gamio. Cada pentarca tenía un grupo de ministerios, pero el Gobierno no funcionaba.

La Pentarquía no tenía funcionabilidad alguna. En la primera reunión, en el salón de actos del Círculo Militar y Naval del campamento de Columbia, se tomó siete acuerdos. Por el cuarto acuerdo nombraron jefe del Estado Mayor al sargento Fulgencio Batista Zaldívar. La Pentarquía no logró controlar la situación; consecuentemente, los revolucionarios deciden suspenderla, regresando al régimen presidencialista, y nombran a Ramón Grau San Martín como Presidente de la República.

Grau San Martín, repito, era un profesor de prestigio en la Universidad de La Habana. A raíz de las protestas estudiantiles contra la prórroga de poderes de Machado, en la Universidad de La Habana, el Rector convocó al Consejo de Disciplina para enjuiciar a los estudiantes que habían firmado el Manifiesto contra dicha prórroga. Grau San Martín votó en contra de la expulsión de los firmantes. Fue el único profesor que se opuso. Ello hizo que tuviera una gran ascendencia y un prestigio entre el estudiantado universitario, y Antonio Guiteras fue el único de los firmantes que no fue sancionado, ya que no era estudiante, pues se había graduado de doctor en Farmacia.

Ocurrió que Grau San Martín, en el desempeño de sus funciones y facultades presidenciales, designó a Antonio Guiteras como Secretario de Gobernación e interinamente de Obras Públicas. El nombramiento de Guiteras fue a propuesta de José Manuel Irisarri, quizá con el criterio de que era necesario traerlo al Gobierno, dada la fuerza militar y política que él representaba en Oriente, y ser un hombre de gran prestigio entre todos los revolucionarios y el pueblo.

Cuando Irisarri habló por teléfono con Guiteras, quien a la sazón se encontraba en la sede del Gobierno Provincial de Oriente, en Santiago de Cuba, Guiteras le contestó que él no aceptaba la designación sin antes consultar con los demás compañeros revolucionarios, con la Sección del Directorio Estudiantil Universitario en Santiago de Cuba y con el Directorio Estudiantil del Instituto de Oriente, del cual yo formaba parte. Entonces él citó a los miembros de los directorios y a un grupo de revolucionarios en la sede del Gobierno Provincial, oportunidad en la que planteó que le habían ofrecido la Secretaría de Gobernación, y que él no la había aceptado porque tenía que consultar y escuchar nuestras opiniones. En su criterio, la actitud correcta para con la Revolución era no aceptar el cargo, sino mantenerse al frente de los cinco mil hombres que tenía en Bayamo, Holguín, Puerto Padre y Victoria de Las Tunas, y mantener esa fuerza como elemento fiscalizador del Gobierno.

¿Quién sabe si él tenía razón? ¿Quién sabe si de él haberse mantenido en esta actitud los acontecimientos hubiesen sido más beneficiosos para la Revolución? Sin embargo, los allí presentes, mayoritariamente, opinamos, que era más conveniente para la Revolución que él aceptara el cargo de secretario de Gobernación, desde donde tendría el control del orden público del país. Se estimaba que, desde el Gobierno, él podía fomentar la adopción de medidas de beneficio popular, de reforma del país. Él insistió en su posición, pero finalmente cedió a la opinión mayoritaria.

A Guiteras no le quedó más remedio que aceptar el ofrecimiento, porque así opinaba la mayoría de los que habíamos sido convocados. Efectivamente, llamó a Irisarri y le comunicó que aceptaba el cargo de secretario de Gobernación, y marchó hacia La Habana. Pero antes de iniciar el viaje, se celebró un mitin desde los balcones del Palacio del Gobierno Provincial. En Holguín, hubo una concentración popular en la que Guiteras pidió el apoyo del pueblo para las medidas revolucionarias que se proponía poner en práctica; en Camagüey, se reunió con organizaciones obreras; en muchas partes, ciertamente, fue aclamado como un líder.

Suárez: ¿Qué edad tiene Guiteras entonces?

Buch: ¿Cuándo se hace cargo de la Secretaría de Gobernación?

Suárez: Sí.

Buch: Tenía veintisiete años. No sólo ocupa la Secretaría de Gobernación, sino que desempeña las funciones de otras secretarías. Fue secretario de Gobernación, y de Guerra y Marina, las que refundió en una sola, y también desempeñó en distintas oportunidades, interinamente, las de Comunicaciones, Obras Públicas y Estado. Fue el centro del Gobierno. Funció como un Primer Ministro.

No obstante su juventud, desde el día que asumió aquellas responsabilidades mostró una seguridad, autoridad e inteligencia impresionantes y una tremenda firmeza en sus ideas y en sus propósitos. La ejecutoria del Gobierno de los Cien Días, sus méritos históricos son, básicamente, la obra de las ideas y de la actuación de *Tony* Guiteras. Pese a ser el más joven de los ministros de Grau, era el más respetado, tanto que el propio Grau no se atrevía a rechazar los decretos que Guiteras le llevaba para que los firmara.

Suárez: ¿Cuál fue la obra de Guiteras dentro del Gobierno de los Cien Días?

Buch: En un corto período de ciento veintisiete días, Guiteras logra que el Consejo de Secretarios apruebe y el Presidente Grau San Martín sancione numerosas leyes progresistas.

Tan pronto como tomó posesión de los cargos de secretario de Gobernación, y de Guerra y Marina, sin perder tiempo, Guiteras llevó a la firma de Grau San Martín el decreto que disolvía todos los partidos políticos y cesanteaba a todos los gobernadores y alcaldes de la tiranía de Machado, y también concedió el sufragio a la mujer, a la que por primera vez en Cuba se le reconocía este derecho.

Posteriormente, obtuvo la promulgación de los decretos de implantación de la jornada laboral de ocho horas para todas las ocupaciones, excepto las correspondientes a las labores del campo; esto, en un país donde jamás se había dictado medida alguna sobre esta materia, siendo la jornada laboral de diez, doce y más horas de trabajo, por un salario mísero.

Decretó la rebaja de un 45 % de las tarifas de la electricidad y el gas, a la vez que se le prohibía a la empresa cesantear a los obreros o rebajarles sus salarios. Promulgó la moratoria del pago de los alqui-

leres y de suspensión de los desahucios. Contra la usura, decretó la nulidad de todos los contratos con intereses superiores al 12 %. Renovó y anuló todos los embargos sobre pensiones y salarios de empleados y obreros, cuando excedían del 10 %. Legisló la modificación sustancial, en beneficio obrero, de la Ley de Accidentes del Trabajo. Estableció el jornal mínimo de un peso en la ciudad y de ochenta centavos en el campo, cuando los jornales eran regularmente de veinte centavos por diez o más horas de labor. Derogó una ley promulgada por Machado en 1929 que había suspendido la Ley Arteaga de 1909, prohibiendo el pago de salarios con vales y fichas, teniendo que ser en lo sucesivo en moneda de curso legal. Esta medida ponía fin a una práctica de tremenda explotación de los trabajadores cubanos y que consistía en que los propietarios de los centrales azucareros, los latifundistas, los colonos y las industrias agrícolas no abonaban el salario al trabajador en moneda de curso legal, sino que lo realizaban con vales o fichas, que solamente tenían valor en los centros comerciales de su propiedad o de sus concesionarios, obligando a que los trabajadores tuvieran que acudir a ellos para adquirir los bienes que requerían, lo que implicaba una sujeción física y económica a aquellos señores. Esta situación se parece mucho al típico vasallaje medieval.

Decretó la nacionalización del trabajo de por lo menos un 50 %, incluyendo los de la banca y los centrales azucareros. Dispuso la sindicalización obligatoria de todos los trabajadores, quienes podían asociarse libremente, sin necesidad de autorización previa, a la vez que constituir federaciones, y con el conjunto de estas formar una confederación obrera para la protección de sus derechos y del derecho a huelga. Reguló el Seguro y Retiro Obreros, dignificando los pagos, pues halló que apenas pagaban el 20 % a los pensionados. Decretó la rebaja de los artículos de primera necesidad y la gratuidad de las medicinas a los pobres, cuyo importe sería abonado con cargo a las recaudaciones de los municipios.

Dictaminó la municipalización de los bateyes azucareros, que hasta ese momento eran territorios independientes dentro de la nación, en los que la autoridad era ejercida por el administrador del central y el jefe de la Guardia Rural.

Intervino las empresas norteamericanas *San Manuel Sugar Company*, *Chaparra Sugar Company*, *Chaparra Light Power* y *Chaparra Railroad Company*, y la llamada Compañía Cubana de Electricidad. Lo de esta última es un caso muy especial.

A partir de 1913, los norteamericanos tenían el control total de la industria eléctrica en Cuba al adquirir esta la empresa española que prestaba los servicios de gas y alumbrado y, en 1927, bajo Machado, constituyeron la Compañía Cubana de Electricidad, la que no fue fundada en Cuba ni con capital cubano, sino en La Florida y con capital norteamericano. Con el apoyo de Machado, se dedicaron a presionar a los distintos propietarios de plantas eléctricas para que las vendieran a la nueva empresa. Fijaron tarifas que fluctuaban entre los dieciséis y veinticinco centavos por kilowatt/hora, mientras que en los Estados Unidos estas eran de cuatro a cinco centavos.

Cuando Guiteras se hace cargo de la Secretaría de Gobernación, se encuentra con una huelga de consumidores, a la que pone término al disponer la rebaja de las tarifas en un 45 %, y prohibir, al propio tiempo, el despido de los trabajadores o la disminución del salario. Al amparo del Decreto de Sindicalización, los obreros constituyeron la Federación Sindical de Plantas Eléctricas, Gas y Agua, la que negoció distintos asuntos con la compañía. Entre tanto, la empresa no cumplió con lo pactado y se negó a considerar el pliego de demandas de los trabajadores. La Federación declaró una huelga en todas sus dependencias, con lo cual se paralizó los servicios eléctricos del país. Pues bien, el 14 de enero de 1934, Guiteras hizo editar un número extraordinario de la *Gaceta Oficial*, publicando el Decreto de Intervención de la Compañía Cubana de Electricidad, el que Grau había firmado a regañadientes. Se dice que la firma del Presidente fue con posterioridad a la publicación del Decreto en la *Gaceta Oficial*, incluso posterior a que el interventor del Gobierno tomara posesión. El 22 de enero de 1934, cayó el Gobierno de Grau San Martín y tomó posesión Carlos Mendieta Montefur como Presidente Provisional de la República. Su primera actuación fue la entrega inmediata, al señor Archibald Jones, de la compañía eléctrica y la devolución de las propiedades intervenidas. Esta historia terminó definitivamente cuando la Revolución triunfante en 1959 dispuso, primero, la rebaja de las tarifas del kilowatt/hora en un 30 %, y, posteriormente, la nacionalización, el 6 de agosto de 1960, de la Compañía Cubana de Electricidad.

Guiteras intentó hacer la revolución en Cuba y como para eso necesitaba tener un respaldo no sólo político, sino de fuerza, no vaciló en disponer la creación de la Guardia Revolucionaria como cuerpo auxiliar de las fuerzas armadas, con carácter honorífico, lo que es el antecedente histórico de nuestras Milicias Nacionales Revolucionarias. Creó el Cuerpo de Infantería de la Marina de Guerra, que debía estar

integrado por civiles, quienes por su actuación revolucionaria pudieran ofrecer confianza para sostener la ideología de la Revolución.

Apoyó, legal y directamente, las demandas y reivindicaciones obreras. En los centrales Elia y Francisco, en Camagüey, los obreros se declararon en huelga por haber incumplido las administraciones el contrato firmado. Varios trabajadores fueron detenidos. Guiteras ordenó su libertad inmediata y que la Secretaría de Trabajo dispusiera el cumplimiento de las cláusulas del convenio. Cuando los tabacaleros de la firma Cifuentes, Pego y Compañía fueron a la huelga, porque su pliego de demandas no fue aceptado, y los capitalistas comenzaron a embarcar en el vapor *Santa Paula*, de bandera norteamericana, noventa y dos cajas de tabaco torcido, Guiteras personalmente fue al muelle y ordenó la descarga de las cajas de tabaco, ayudando, en mangas de camisa, a los huelguistas a descargar la mercancía que boicoteaba la huelga.

Este, si se quiere, es el catálogo de lo que hizo Guiteras desde el Gobierno. Pero no te imagines un país organizado y controlado completamente desde el Gobierno; el país estaba en ebullición, y no te imagines tampoco que primero se dictaba la Ley y luego se procedía. No, nada de eso. La autoridad de Guiteras llegaba al extremo de llevar a Ley el hecho consumado. Mira, te pongo un ejemplo: cuando Grau propuso al Consejo de Secretarios hacer un inventario de las propiedades del tirano Machado y sus colaboradores, Guiteras informó que había dispuesto la intervención de aquellas, como el hipódromo y la playa de Mariano, las Ventas de Casanova y otras.

Suárez: ¿Improvisa Guiteras toda esta política?

Buch: Te puedo garantizar que en todo el siglo xx cubano, hasta el triunfo de la Revolución Cubana, nunca se hizo tanto por el país y por las clases trabajadoras de Cuba como durante el Gobierno de los Cien Días, y la mayor parte de este mérito histórico corresponde a Antonio Guiteras. En eso no hay discusión posible, y no es el resultado de una improvisación política, donde pudiera pensarse que influyen otras personas, sino que obedece a la sólida formación ideológica que tiene Guiteras, quien desde 1932 había diseñado el programa mínimo que el Gobierno Provisional que sustituyera a Machado debía acometer.

Suárez: ¿Era Guiteras comunista?

Buch: Antonio Guiteras no militaba en el Partido Comunista de Cuba. Pero sí era socialista, creía en el socialismo.

Mira, esto no sale de una apreciación personal mía. Ahí están sus escritos, incluso sus declaraciones públicas durante el tiempo que se desempeñó como secretario de Gobernación. Por ejemplo, el 7 de diciembre de 1933, identificó ante la prensa la política gubernamental de reconstrucción de Cuba, como socialista, porque en su criterio la estabilidad sólo era posible por medio de la reconstrucción de una nación bajo los principios y postulados del socialismo. Aquellas proyecciones de Guiteras fueron incorporadas al programa de Joven Cuba, sólo que Guiteras no tuvo la oportunidad de llevar hasta el final su programa y sus ideas.

Mira, te voy a contar una anécdota. En una oportunidad el central Australia fue tomado por los obreros, quienes arriaron la bandera norteamericana y en su lugar izaron la bandera roja. El jefe del puesto de la Guardia Rural telefonó a Guiteras y le pidió autorización para desalojar a los obreros y arriar la bandera roja. Guiteras le contestó:

— *Póngame al teléfono a su segundo al mando.*

Y cuando este estaba en el teléfono, le ordenó:

— *Desarme al sargento y métalo en el calabozo. Usted tome posesión como jefe del puesto y garantice la toma del central por los obreros y el respeto a la bandera roja.*

¿Qué te parece?

Suárez: Desde el Gobierno, Guiteras propone o determina que se adopte diversas leyes revolucionarias, las que el Presidente Grau acepta y rubrica, y ello ocurre con la oposición y la conspiración de la derecha, de los Estados Unidos. Eso lo comprendo. Pero también hubo críticas agudas y la oposición de sectores de izquierda, y particularmente del Partido Comunista.

Buch: Por supuesto, desde el comienzo mismo de la gestión del Gobierno de Grau y de la ejecutoria de Guiteras en sus altas responsabilidades, hubo oposición; desde todos los flancos, lamentablemente. Estaban los que no querían ninguna revolución en Cuba; estaban los que no querían tanta revolución; los que se quejaban de que se iba muy de prisa, y estaban los que pensaban de que no se iba lo suficientemente rápido. Te repito, desde todos los ángulos se atacó al primer intento de hacer bien las cosas desde el poder, de transformar en serio al país. Dolorosamente, no hubo unidad entre los revolucionarios. Guiteras merecía, por su ejecutoria revolucionaria y por su actuación de Gobierno, que lo apoyaran todos los que querían hacer una revolución

profunda en Cuba. Pero no fue así. El Partido Comunista lo atacó. En mi criterio, fue uno de los mayores errores que cometió el Partido; error que le costaría muy caro, políticamente, en el futuro.

Suárez: ¿Y Guiteras no logró aquilatar que Batista sería el verdugo de aquella pretendida revolución?

Buch: Guiteras sabía que el Gobierno tenía que hacer frente a muchas críticas, incluso a la traición. Él lo sabía. Él sabía que dentro del propio Gobierno había muchos individuos opuestos al curso que tomaban los acontecimientos. Él intuyó que Batista aspiraba a la traición. En una oportunidad, Guiteras tuvo conocimiento de que Batista había tenido contacto con los representantes del Gobierno de los Estados Unidos, sin contar con su autorización como secretario de Guerra y Marina, y se convocó a una reunión en la casa de Sergio Carbó, a la que concurrieron, entre otros, Grau y Batista. En esa reunión se acusó a Batista de estarse vendiendo a los norteamericanos y se propuso que fuera enjuiciado por los allí presentes. Batista, todo acobardado, con lágrimas en los ojos, reconoció su error y dijo que lo había hecho por ignorancia, pues era un simple sargento, quien de pronto tenía que asumir grandes responsabilidades para las que no tenía preparación suficiente. Virtualmente, se echó en brazos de Grau San Martín para obtener el perdón a su falta. Aquella reunión terminó con Grau perdonando a Batista y con la sentencia de Guiteras de que los que eran perdonados hoy, nos matarían mañana. La historia le dio la razón a Guiteras. Su muerte a mano de los sicarios de Batista así lo prueba.

Hubo mucha gente acobardada. No te olvides de que aún estábamos bajo los designios de la Enmienda Platt y, virtualmente, la mayoría no creía en la posibilidad de triunfar políticamente desafiando a los norteamericanos. Por el contrario, Guiteras se enfrentó a Sumner Welles.

Sumner Welles llegó al despacho de Guiteras en la Secretaría de Guerra y Marina, a discutir algunas de las medidas del Gobierno Revolucionario. Guiteras lo atendió, pero muy pronto la conversación derivó en una franca discusión, bastante acalorada, que Guiteras dio por terminada concediéndole tres minutos a Welles para que se retirara, bajo amenaza de arresto si no lo hacía en ese tiempo. Sumner Welles le contestó que él era un diplomático del Gobierno de los Estados Unidos y que no podía ser detenido, porque gozaba de inmunidad, a lo que Guiteras le contestó:

— *Como su Gobierno no ha reconocido al mío, usted carece de toda inmunidad; no es más que un simple ciudadano extranjero. Retírese,*

que el tiempo está transcurriendo y no me quedará más remedio que hacerlo arrestar.

Esto te da la medida de su intransigencia y valor personal, pues estaba enfrentando al mediador yanqui, al hombre a quien el Presidente Franklin D. Roosevelt había encomendado resolver los asuntos cubanos favorablemente a los intereses norteamericanos. ¡En la Cuba de 1933!

Pero aquel era un gobierno que estaba condenado a desaparecer. En su interior se libraba una seria lucha ideológica entre las diversas corrientes. Los campos estaban bien delimitados en ocasiones. Grau San Martín era todo un personaje, que si alguna definición tuvo, pese a firmar las medidas propuestas, fue la de respetar el sistema; era un tipo de derecha y con él había otros miembros del Gobierno que eran de igual ideología y frenaban al movimiento revolucionario. Guiteras y algunos otros secretarios, representaban el ala izquierda.

Suárez: Una de las razones que en 1959 esgrimió Fidel para justificar el fusilamiento de cientos de criminales de guerra, fue que virtualmente no hubo castigo para los que durante el machadato habían asesinado, violado, torturado y desaparecido personas. Eso es cierto, a la caída de Machado no hubo castigo institucionalizado para los machadistas que habían cometido graves delitos. ¿Qué actitud asumió Guiteras en cuanto a esto?

Buch: Si no hubo castigo para los machadistas no es responsabilidad de Guiteras, porque él fue uno de los que más lo exigió y más lo quiso. Su lucha por el castigo más severo, inclusive la pena de muerte, para los jerarcas del machadato y sus porristas fue constante. Él creía que debían ser juzgados por tribunales especiales, por los Tribunales de Sanciones, con rapidez y severidad. Guiteras se pronunció en favor de aplicar la pena de muerte a los grandes culpables del machadato; sin embargo, se pronunció contra la pena de muerte que un consejo de guerra impuso a varios alistados en ocasión de una sublevación en el campo de aviación de Columbia, con el criterio de que aquellos no eran tan culpables, porque habían actuado creyendo de que se trataba de un cuartelazo más, de que todo había terminado para el Gobierno. En esa ocasión, criticó a los Tribunales de Sanciones por actuar excesivamente lentos y no ejecutar a los criminales del machadato. En realidad, hizo varias críticas a la lentitud y flojedad con que los Tribunales de Sanciones estaban actuando. Mira, cuando exjefes de distritos militares les fueron arrebatados a la Guardia Rural, conde-

nados por un tribunal revolucionario nacido informalmente y fusilados inmediatamente en el mismo lugar donde habían sido asesinados los tres hermanos Álvarez, Guiteras pidió que se procediera al castigo legal de los culpables como única manera de evitar la repetición de un hecho como aquel. Él estimaba que debía castigarse con justicia y legalidad. Es lo que te puedo decir.

Suárez: El Gobierno de los Cien Días se desplomó en enero de 1934.

Buch: Exactamente, el 22 de enero de 1934.

Suárez: ¿Esto coincide con su graduación como Bachiller?

Buch: No exactamente. Me gradué como Bachiller en Letras y Ciencias, el 27 de abril de 1934, y fui a estudiar la carrera de Derecho y de Filosofía y Letras a la Universidad de La Habana. Entonces era la única que había en Cuba. Salí para la capital con diez pesos que me regaló mi abuela materna e ingresé en la Universidad, acogiéndome a los beneficios de la matrícula gratis que se concedía a los estudiantes pobres, conquista obtenida a la caída de Machado. Así que tuve que hacer distintos trabajos para sostenerme en La Habana. Vendí limones en el Mercado Único, donde recibí el apoyo y la protección de mesilleros y cargadores.

De todos modos, continué en todas las luchas estudiantiles y revolucionarias. Participé en las asambleas de depuración de los profesores universitarios machadistas. Allí conocí y tuve tratos personales con compañeros que entonces prometían mucho y que son personalidades de la historia de Cuba en este siglo: *Eddy* Chibás Rivas, Pablo de la Torriente-Brau y Raúl Roa García.

En la Universidad de La Habana formé parte del Comité de Huelga Universitaria de 1935, con Carlos Rafael Rodríguez, Manuel Menéndez Massana, Ladislao González Carbajal, Salvador Vilaseca, Carlos Font, *Willy* Barrientos, José Ángel Bustamante, José Francisco Botet y otros compañeros.

Suárez: ¿Cómo llegó a ser miembro del Comité de Huelga?

Buch: En una asamblea general de estudiantes, en el anfiteatro del hospital Calixto García, donde se constituyó dicho Comité, se acordó que cada uno de sus miembros nombrara un sustituto. José Ángel Bustamante me nombró su sustituto, y al ser detenido él, yo paso a formar parte del Comité de Huelga, que al fracasar la huelga general de 1935 pasó a denominarse y ser el Comité Estudiantil Universitario

(CEU), con el que continuamos la lucha hasta que logramos la reapertura de la Universidad, en los comienzos de 1937.

También en la Universidad, formé parte de los comités 30 de Septiembre y 27 de Noviembre, encargados de celebrar actividades revolucionarias en ocasión de conmemorarse la muerte de Rafael Trejo y el fusilamiento de los estudiantes de medicina en 1871. En 1937, con la reapertura de la Universidad, se disolvió la organización estudiantil, la que fue sustituida por la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU), cuyo segundo Presidente fue José Ángel Bustamante. El primero había sido Julio Antonio Mella.

Suárez: ¿Cómo llega a formar parte de Joven Cuba?

Buch: Yo mantenía una gran amistad con Newton Briones Fernández desde los días de la lucha contra Machado en Santiago de Cuba. Briones era el brazo derecho de Guiteras, lo acompañó a La Habana y se mantuvo todo el tiempo junto a él. En 1934, cuando el Gobierno de los Cien Días cae, Guiteras decide crear Joven Cuba. Briones me informa de los proyectos insurreccionales de Guiteras y me invita a integrarme a la nueva organización. Estuve completamente de acuerdo y me convertí en uno de los fundadores de Joven Cuba. Se me encargó el Frente Estudiantil. En 1935, tras la muerte de Guiteras, pasé a formar parte del Comité Central, interviniendo también en el Frente de Acción y Sabotaje, cuyo jefe era Newton Briones.

Suárez: El 8 de mayo de 1935, en El Morrillo, fueron emboscados y mueren Antonio Guiteras y Carlos Aponte, el revolucionario venezolano. ¿Por qué estaban en El Morrillo?

Buch: En enero de 1934, la reacción se apoderó del poder en Cuba. Carlos Mendieta Montefur jura y toma posesión del cargo de Presidente Provisional de la República, y comienza una labor de desmontaje de las medidas progresistas del Gobierno de los Cien Días, lo que motiva un movimiento de protesta en cadena, que va creando condiciones propicias para intentar un movimiento revolucionario victorioso mediante una huelga general, que se precipita en marzo de 1935, de cuyo Comité de Huelga yo formo parte. Guiteras, que ya había constituido Joven Cuba, compromete todo el apoyo de la organización al movimiento huelguístico, pero no lo controla. Apoya la huelga, pese a que consideraba que esta no debía hacerse sin un respaldo armado, para que tuviera posibilidades de triunfar. La huelga fracasa, consolidándose la reacción, liderada por Batista.

Después de la huelga, Guiteras mantiene la idea de preparar una insurrección contra el régimen imperante, el que contaba con el apoyo de los Estados Unidos en lo político y militar, este último por medio de la Misión Militar, adscrita al Estado Mayor del Ejército Nacional. Él considera que las condiciones están creadas, pues había un poderoso movimiento de masas, que aunque estaba desorganizado, era capaz de aglutinarse en defensa de las conquistas logradas hasta entonces. Él cree en la insurrección y a su preparación se entrega en cuerpo y alma.

Para hacer la guerra no bastaba con el programa de Joven Cuba, sino que además era indispensable obtener dinero, y quiénes mejor que los propios explotadores, aquellos que habían acumulado grandes fortunas, en su mayoría robadas al pueblo, fueran los que financiaran la revolución. El Comité Central de Joven Cuba, reunido en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, local que gestionó Gustavo Aldereguía, a petición de Guiteras, acordó autorizarlo con “carta blanca” para que resolviera la obtención de fondos, y Guiteras dispuso y organizó el secuestro del millonario Eutimio Falla Bonet. La operación aportó un rescate de trescientos mil pesos, que serían devueltos al triunfo de la revolución. Este numerario serviría para la compra de armas y embarcaciones. Entonces, se adquiere una finca en México, para preparar a los combatientes. Guiteras cuenta en ese país con el apoyo que le presta el general Lázaro Cárdenas. Su propósito era salir al extranjero, clandestinamente, y preparar dos expediciones armadas que debían desembarcar en Cuba para iniciar la lucha armada contra el Ejército y las fuerzas represivas de la tiranía. Una de las expediciones debía desembarcar por Oriente, la otra por La Habana, apoyadas por la aviación, para lo cual se había enviado a México a varios revolucionarios, para que se entrenaran como pilotos.

La Unión Indoamericana Antiimperialista había citado a una reunión de conocidas figuras revolucionarias en México, a la que Guiteras debía asistir junto con Carlos Aponte. Su presencia era reclamada con insistencia; debía haber estado allá desde hacía varias semanas, así que rápidamente lo organizó todo. Convocó con gran meticulosidad a los revolucionarios que le iban a acompañar, pues rehusaba salir solo y dejar detrás a los compañeros que más comprometidos estaban por su participación en distintas acciones. Lo acompañarían, entre otros, Carlos Muñoa, responsable del asalto al correo de Santiago de Cuba; José A. Casariego y Olimpio Luna del Castillo, responsabilizados con el secuestro de Falla Bonet; *Felo Crespo*, su

compañero en Las Gallinitas; Xiomara O'Hallarans, *Conchita* Valdivieso, y otros compañeros.

La salida del país debió ocurrir el día 8 de mayo de 1935, por El Morrillo, Matanzas. Durante horas estuvieron esperando al yate *Amalia*. Al amanecer de ese día, Xiomara divisó la silueta de un camión que se aproximaba y dio la voz de alerta. Guiteras, comprendiendo la complejidad de la situación, organizó la salida del fortín de El Morrillo, tomando él y Aponte las armas de mayor calibre, ordenando que se saliera de dos en dos y ocupando ambos los lugares más peligrosos para proteger la retirada de los demás. Combatieron con fiereza sin igual, pero perecieron en la acción.

Su muerte en El Morrillo fue para nosotros un duro golpe. Inicialmente, nos desplomamos. Fue un golpe anonadante para la revolución en Cuba, y en especial para Joven Cuba. Con la muerte de Guiteras se derrumbaron todos los planes insurreccionales que se venía fraguando. La Revolución Cubana necesitó de dieciocho años para recuperar la vía insurreccional, cuando Fidel Castro atacó el cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953, y necesitó veinticuatro años para triunfar, el primero de enero de 1959. Eso te da la medida del golpe sufrido en El Morrillo.

Suárez: ¿Qué ocurrió en El Morrillo?

Buch: Guiteras fue traicionado, emboscado, asesinado, aunque en realidad los acontecimientos de aquel día estaban brumosos, oscuros. Es por eso que los dirigentes de Joven Cuba nos entregamos a la tarea de aclarar la verdad de lo ocurrido. Algo teníamos muy claro: la muerte de Guiteras sólo era posible porque hubo una cobarde traición y no porque los cuerpos represivos fueran efectivos.

La idea de que Guiteras hubiese sido víctima de una vil traición tomó cuerpo en nuestras mentes, y la investigación realizada por Joven Cuba terminó por identificar que, efectivamente, hubo una traición y que el delator era el oficial de la Marina de Guerra, Carmelo González Arias. Las investigaciones las llevó a cabo Newton Briones, jefe de Acción y Sabotaje de Joven Cuba, quien tiene el mérito de haber realizado una labor clave para evitar el desplome definitivo de la Organización a la muerte de Guiteras.

Suárez: ¿Sabía Guiteras de que Carmelo González lo había traicionado?

Buch: Un extremo que nos preocupó mucho a nosotros, era lo relacionado con si Guiteras al morir tenía conciencia de que Carmelo González

era un traidor a Joven Cuba. Todos los elementos reunidos por nosotros nos llevaron a la creencia de que Guiteras murió sin saberlo.

Suárez: Carmelo González fue muerto mediante la explosión de una carga de dinamita contenida en un bulto postal, en acción que se adjudicó Joven Cuba y que tengo entendido ejecutó usted. Sin embargo, el 27 de febrero de 1970, en el periódico *Granma* se publicó unas declaraciones de José María García, *El Viejo García*, donde asume la autoría de la ejecución de Carmelo González. ¿Qué hay de cierto en esto?

Buch: Lamentablemente, en ocasiones se ha publicado inexactitudes o errores históricos. En este caso, *El Viejo García*, como cariñosamente le llamábamos, incurrió en ello. A García le corresponde el mérito histórico, indiscutido, enorme, de haber conservado y preservado durante décadas los restos de Guiteras y Aponte, evitando que fueran objetos de escarnio o que, simplemente, los desaparecieran. Pero nada, absolutamente nada, tuvo que ver con el ajusticiamiento de Carmelo González. Posiblemente, la avanzada edad de García cuando le hicieron el reportaje en la revista *Moncada*, entrevista de la que se sirvió el periódico *Granma*, condujo a que García adulterara la verdad histórica. Es posible que en su mente se mezclara y se confundiera el ajusticiamiento de Carmelo González con la bomba al capitán Díaz Diez, en Pinar del Río, durante la época de Machado. Pero nada tuvo que ver con esta acción de Joven Cuba de vengar la muerte de Guiteras. En un artículo posterior de Marta Rojas, en el mismo periódico *Granma*, quedó aclarado el asunto.

Suárez: Entonces, ¿cómo ocurrieron los hechos?

Buch: Una vez determinada la identidad del traidor, hubo unanimidad en la dirección de Joven Cuba de que este tenía que ser ajusticiado. En consecuencia, se estudió y discutió distintos planes para ejecutarlo. Pero pasaba el tiempo, y Carmelo González Arias seguía vivo y su traición impune. El transcurso de los meses, en los cuales Batista había premiado a Carmelo González con cuarenta mil pesos y un ascenso a comandante, destinándolo en el Distrito Naval de Cienfuegos, convirtió la idea de vengar la traición en una verdadera obsesión para nosotros.

¿Qué ocurre? Yo había participado en la organización de la huelga de marzo de 1935. Cuando esta fracasa, clausuran la Universidad, me cesantean en Gobernación y se desata una tremenda persecución policiaca. La casa de mis suegros, donde vivía en el mes de agosto de

1935, es delatada; la Policía registra la casa, pero no me encuentra y se lleva presos a mi suegro, Cayetano Acosta Carvajal, y a mi cuñado, Roberto Acosta Hechavarría, y los mantiene detenidos por más de seis meses en el Castillo del Príncipe.

En aquellas circunstancias, mi esposa Conchita y yo tenemos que abandonar La Habana. Autorizados por el Comité de Huelga y Joven Cuba, nos fuimos para Santiago de Cuba, en medio de una situación económica personal apremiante. Me refugié cerca del Pico Turquino, en el lugar conocido por La Bruja, donde mi padre tenía una bodeguita. Fui delatado, pero tuve la suerte de poder escapar con la ayuda de pescadores y carboneros, antes de que llegara la pareja de la Guardia Rural que venía a apresarme. Entré a Santiago de Cuba en una goleta de transporte de carbón, como si fuera un trabajador más.

Me comuniqué rápidamente con mis compañeros de lucha en la Universidad y, al poco tiempo, el Comité Estudiantil Universitario (CEU) acuerda que debo ir para La Habana para continuar desplegando actividades revolucionarias. Por medio de Manuel Menéndez Massana, me hacen llegar dieciocho pesos para el regreso; y retorno de inmediato, acompañado por Conchita, para reintegrarme al CEU y trabajar en Joven Cuba, en la Sección de Acción y Sabotaje.

Dada la situación económica por la que atravesaba, los compañeros obtuvieron de Pelayo Cuervo Navarro, quien era secretario de Comunicaciones, una plaza como empleado de Correos, con un salario de treinta y tres pesos. Allí, aprovechando el cargo que tenía, cambiaba las cartas dirigidas a José Eleuterio Pedraza o a Batista con denuncias o delatando a revolucionarios, por otras de alabanzas, cuyos sobres tenía previamente franqueados. Recuerdo en una ocasión, que abrí una carta dirigida a Pedraza, denunciando la casa donde se escondían unos revolucionarios. Después de finalizar mi trabajo a las doce de la noche, acompañado por Luis Pérez Espinós, les echamos por debajo de la puerta un papel, señalándoles que habían sido denunciados y que abandonaran la casa. Luego, nos enteramos de que la confidencia era cierta y de que la casa había sido abandonada a tiempo.

Hay más. La estrategia seguida por Joven Cuba a la muerte de Guiteras era la misma que él había propugnado: que los grandes intereses económicos de la nación sufragaran los gastos de la revolución, y que cuando esta triunfara se les devolvería el dinero. Es por eso que se planifica y secuestra al millonario Nicolás Castaño Padilla, hecho en el que no participo. Los resultados de la acción fueron negativos, pues

el lugar donde tenían a Castaño fue descubierto, casualmente, por un campesino en busca de una res extraviada, y los tres compañeros nuestros fueron detenidos y asesinados. Entre nosotros se creó una situación muy especial, porque ocurrió de que uno de los compañeros se había convertido durante el secuestro casi en hijo de Castaño, pues lo cuidaba como si fuera su padre y fue, al final, Nicolás Castaño, con su actitud, quien determinó el asesinato. Entonces, se acordó hacerle un atentado a Castaño, y ahí sí yo tengo alguna participación, y consiste en que debía recoger a los cuatro compañeros cuando ejecutaran la acción para llevarlos a la casa de Enrique Henríquez, dominicano que estaba aquí exiliado. Allí no pudieron estar mucho tiempo, y tuve que llevarlos para la casa de mi suegra, Concepción Hechavarría, donde estuvieron hasta el anochecer.

Previamente, se había acordado tener una casa de seguridad donde pudieran guarecerse por mayor tiempo. Dulce Montoto alquiló la casa de San Bernardino No. 1, en Santos Suárez. Hago este relato para podernos ubicar. A esta casa le dimos el frente Conchita y yo. Nos establecimos como si fuera nuestro domicilio, nos suscribimos a los periódicos, se compraba un litro de leche diariamente para aparentar, se adquiría alimentos en la bodega y a los chinos que iban vendiendo por la calle, para el consumo de dos personas. La intención era crear un ambiente familiar que evitara que surgieran sospechas en los vecinos. Los compañeros del atentado a Castaño: Luis García Quibús, los hermanos *Cheo* y Miguel Ibarra y Antonio Fernández —*El Argentino*— convivieron con nosotros varios meses. Mientras tanto, yo seguía trabajando en correos, en el turno de la noche, pues entraba a las seis de la tarde.

Un día, en abril de 1936, en otro departamento de Correos, de forma casual, accidental, veo una cantidad de paquetes y me percaté de que son de la Marina de Guerra, que los enviaba a los distintos distritos navales de la República. Me vino a la mente la idea de ajusticiar a Carmelo González, utilizando una carga explosiva dentro de uno de aquellos paquetes.

Habilidosamente, sustraje uno de los paquetes y al terminar el horario de trabajo lo llevé conmigo a la casa. Amanecimos ideando la forma técnica de ajusticiar al traidor Carmelo González.

Luis García Quibús había dicho tener conocimientos de pirotecnia, lo cual no era exactamente así, pues tan sólo tenía ideas; no obstante, fueron las que se llevaron a cabo. Se abrió el paquete que contenía

circulares y órdenes de mando del Estado Mayor. Se pesó el paquete, para saber el peso aproximado, para que no llamara la atención en su día, y se le encomendó a Quibús la confección de la bomba. Se quitó con sumo cuidado el envoltorio, el papel, el cordel de cáñamo que lo amarraba y el sobre con el cuño del Estado Mayor de la Marina de Guerra. Había que borrarle el nombre de la persona a quien iba dirigido. Con muchísimo cuidado, García Quibús borró el destinatario y en su lugar escribió: *Capitán de Corbeta Carmelo González, Distrito Naval del Sur, Cienfuegos, Las Villas*. Había que ahuecar el interior del paquete, dejando en los cuatro costados parte de las circulares, de tal manera que nadie se percatara de su contenido, pues con el dedo podría pasar las hojas que se suponía eran el contenido del paquete. Con cuchillas de afeitar, García Quibús, pacientemente, se dio a la tarea de hacer todo aquello.

La idea técnica era colocar el artefacto explosivo en una caja de tabacos, la que tendría distintas secciones. Con un interruptor eléctrico de aquella época se fijaría los contactos, que al unirse permitirían que pasara la corriente al fulminante y se produjera la explosión.

Yo conseguí la caja de tabacos vacía en la vidriera del café situado en la esquina de San Lázaro y San Francisco. Por cierto, el joven que estaba al frente no quiso cobrarla. En la Calzada de Diez de Octubre, en La Víbora, en una sucursal del *Ten Cent Woolworth*, compré el interruptor, una pila eléctrica para linterna de bolsillo, y varios metros de alambre muy fino. Newton Briones envió con un compañero dos cartuchos de dinamita del sesenta por ciento, que pesaban una libra, los que recibí en el parque Finlay, y tres fulminantes eléctricos que trasladé a pie en un cartucho de café hasta Ayestarán. Por cierto, faltando varias cuadras antes de llegar, un auto patrullero disminuyó la velocidad y sus tripulantes me miraron. Yo continué sereno y ellos siguieron su marcha.

Guillermo Sánchez consiguió dos cartuchos de dinamita del cuarenta por ciento. Entonces, nos pusimos en contacto con el compañero Salvador Vilaseca Fornés para que se hiciera cargo de la parte técnica, en la que tenía cierta experiencia adquirida en la lucha contra Machado. Estuvo de acuerdo, aunque recomendó que fuéramos a ver a Cándido Durán, quien tenía más experiencia que él. Nos dijo que si Durán rehusaba, él se hacía cargo del trabajo. Durán, al que conocíamos por *Pu Yi*, accedió. Lo llevé un sábado a la casa de San Bernardino No. 1 y estuvo de acuerdo con el proyecto, pero nos advirtió que pudimos haber volado si hubiésemos acometido la obra

sin tomar las medidas de seguridad que él iba a proponer. Por indicaciones de Durán, Quibús abrió un hueco profundo, cercano a donde estábamos y colocamos un fulminante con un alambre porque Cándido quería saber si la carga eléctrica de la pila era suficiente para hacer efectivo el fulminante. Hizo la prueba, y explotó sin ruido alguno porque estaba muy profundo. Se pudo comprobar de que era posible, técnicamente, el proyecto.

Durán se dio a la tarea de preparar el artefacto. Con la madera de la caja de tabacos se había confeccionado una cajuela ajustada al espacio dejado por las circulares recortadas, la cual tenía tres secciones: una a todo lo largo, para colocar la dinamita; la del fulminante y, en la parte superior, un espacio ajustado a la pila eléctrica a fin de que no tuviera movimiento alguno. El contacto eléctrico se producía por medio de los dos interruptores del chucho eléctrico, colocados de tal manera que una astillita de madera hacia las veces de muelle; al cortarse o liberarse, el cáñamo que amarraba el paquete dejaba de hacer presión, para dar posibilidad a que ambos se unieran, con lo cual se produciría el pase de la corriente generada por la pila hasta el fulminante y ello provocaría la explosión. Durán había destinado otro fulminante, profundamente enterrado, para ir comprobando si había algún pase de corriente, lo que se hacía a ratos, antes de cerrar definitivamente el paquete. Como la dinamita del sesenta por ciento estaba muy húmeda, se utilizó la del cuarenta por ciento, aproximadamente media libra de dinamita. Los presentes nos encargamos de ponerle tachuelas, grapas y varios balines y municiones que habían sobrado del atentado a Castaño. Alrededor de las once de la mañana de ese sábado, quedó listo el artefacto con el cual íbamos a ajusticiar al criminal que segó la vida de Guiteras.

Suárez: ¿Qué hicieron con la bomba?

Buch: Previendo que la Policía pudiera asaltar la casa de San Bernardino No. 1 y se perdiera aquella oportunidad, Conchita y yo trasladamos, envuelto en un papel de regalos, el paquete para la casa de mi suegra, en Ayestarán. Con el fin de evitar sospechas, en lugar de ir en automóvil de alquiler, fuimos en ómnibus. Después de que salió Cándido Durán, salimos Conchita y yo. Nos dirigimos a la Calzada de Diez de Octubre, donde tomamos un ómnibus de la ruta 10 (Jacomino-Vedado), sentándonos los dos en el asiento detrás del chofer, que se encontraba vacío; abonamos el importe del pasaje al conductor e hicimos el viaje como cualquier otro pasajero.

Debemos resaltar de que Conchita se opuso a que yo llevara el paquete, al que habíamos envuelto en otro de colores, adornado con una cinta imitando un regalo. Ella decía que así llamaba menos la atención, y se lo puso sobre sus piernas, durante todo el viaje.

Cuando llegamos a la esquina de Tejas para incorporarnos a la Calzada de Infanta, donde había en ese lugar una fábrica de fósforos, se sentía un olor extraño producto de las emanaciones de los gases de dicha industria. Conchita me dijo por lo bajo: *Oye, este asunto está oliendo*, a lo que le respondí: *Mira, los únicos que no vamos a sentir olor alguno somos el chofer, tú y yo*, y nos reímos.

Nos bajamos en Infanta y Sitios. La madre de Conchita vivía en Ayestarán No. 8, en los altos de una botica que había allí. Ambos nos dirigimos al cuarto y pusimos el “paquetico” encima de un escaparate. Nadie en la casa se enteró, con la excepción de la madre de Conchita, quien se nombraba Concepción Hechavarría Ramírez, una de las primeras maestras que se preparó como tal, durante la intervención yanqui en Cuba. Esta mujer fue excepcional como revolucionaria; en la Revolución del Treinta, su casa en Santiago de Cuba fue centro y albergue de revolucionarios, habiéndole dado Arsenio Ortiz un plazo de doce horas para que abandonara la ciudad, y teniendo que refugiarse en Puerto Manatí. Durante la etapa insurreccional, continuó con la misma actitud y su casa, además de refugio de Armando Hart, René Ramos Latour, Faustino Pérez, Sergio González —*El Curita*—, y otros muchos revolucionarios, fue un centro de reuniones y contactos del Movimiento 26 de Julio.

Volvamos al “paquetico”. Almorzamos y esperamos, pacientemente, a que transcurrieran las horas, que parecían ser más largas que de costumbre.

Suárez: ¿En que fecha, aproximadamente, ocurre todo esto que me cuenta?

Buch: Todo esto que te cuento se ubica temporalmente a principios de mayo de 1936, muy próximo al primer aniversario del asesinato de Guiteras. Los acontecimientos tuvieron lugar casi un año justo después de su muerte, cuando se iba a conmemorar el primer aniversario, cuestión esta totalmente fortuita, no escogida por nosotros.

De allí en adelante, la misión quedó en mis manos. Un primer escollo a sortear era el relacionado con burlar el estricto control que había en la entrada de Correos, pues había la orden de registrar minuciosamente a todas las personas, funcionarios y empleados que entraban en la

dependencia. Por tanto, ese primer paso, el de introducir el artefacto, lo calculé bien.

Había estudiado el tiempo que tardaba el ómnibus de la ruta 28 (Buenavista-Muelle de Luz) para llevarme hasta Correos, y comprobé que a las seis en punto de la tarde, a la hora exacta de entrar a trabajar, me podía bajar corriendo y decirle a la posta de que me iban a cerrar el libro de firmas, con la esperanza de que en el apuro me dejara pasar sin registrarme.

Efectivamente, tomé la ruta 28, que bajaba por Teniente Rey; al llegar a la calle Oficios paró y no me bajé, sino que esperé a que continuara. Como el ómnibus iba con poca velocidad, me lancé frente a la misma puerta de Correos, en el antiguo convento de San Francisco, con un *jacket* debajo del brazo, donde llevaba escondido el paquete con la bomba y, a pasos rápidos, le digo a la posta :

— *¡Me van a cerrar el libro!*

Y me contesta:

— *¡Dale, dale!*

Ya había pasado el momento más difícil de la acción. Voy al departamento y les digo a los compañeros que voy a ponerles los cuños a los sobres de entrega especial. Entonces, voy a un extremo de la oficina, donde nos cambiábamos y nos poníamos ropa de trabajo, lugar hacia el cual llevo los sobres, y donde los pongo junto al paquete. Cuando salgo para la estafeta a poner el cuño, llevo el paquete y los sobres, y ya en la mesa dejo caer casi todos los sobres, que se esparcen por el piso, oportunidad en la que me agacho para recogerlos y dejar el paquete en el suelo. Acondiciono los sobres en la mesa, me levanto y antes de comenzar a ponerles el cuño, miro al suelo y simulo sorpresa al ver el paquete; lo recojo, lo miro con detenimiento y le pregunto al compañero que está distribuyéndolos entre las valijas para las distintas estaciones de correos en las provincias:

— *¿Cuál es la valija de Las Villas?*

Me la indica, y desde unos dos metros de distancia tiro el paquete hacia la valija. En ese momento respiré profundamente. Cometí un grave error, pues no debí haberlo tirado sino colocado en la valija. Ahora todo dependía de la buena suerte: que el mecanismo de la bomba funcionara y que la persona que abriera el paquete fuera Carmelo González.

En efecto, la bomba-paquete llegó a su destino y fue Carmelo quien lo abrió. El 8 de mayo, en el aniversario de la muerte de Guiteras, quizás el día antes, no recuerdo con exactitud, Carmelo abrió el “obsequio” de Joven Cuba, y quedó gravemente herido, falleciendo a los pocos días en el Hospital Militar del campamento de Columbia.

La justicia revolucionaria demoró un año, pero se cumplió.

DE JOVEN CUBA AL MOVIMIENTO 26 DE JULIO

Suárez: ¿Cuándo y por qué se disuelve Joven Cuba?

Buch: Grau San Martín, postulado como candidato a la Presidencia de la República en las elecciones de 1940 por el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), propuso un pacto político con Joven Cuba. Grau prometía distintos cargos políticos. Hubo una reunión del Comité Central para discutir la cuestión y la mayoría lo aceptó. De hecho, Joven Cuba firmó su sentencia de muerte.

Ahí tienes el caso de antiguos ejecutivos de Joven Cuba, de compañeros que durante años de lucha contra Machado se habían opuesto a Batista por medios violentos, y que pactan con Grau a cambio de cargos públicos. Ese es el caso de Luis Pérez Espinós, quien llegó a ser representante y ministro de Educación; Diego Vicente Tejera, con el que mantuve cordiales relaciones de amistad, fue senador y luego ministro de Educación; el *Cabito* Orúe, alcalde de Marianao; *Lolo* Villalobos, alcalde de Guanabacoa; *Macho* Fernández, primero Presidente del Ayuntamiento y después alcalde de La Habana; Sergio Mejías y Lomberto Díaz, senadores por Matanzas y Pinar del Río, respectivamente, y Eusebio Mujal, senador. Nada, que Grau ofreció puestos y curules y lo cumplió; porque él era un tremendo rufián político, capaz de maniobrar y ganar. Eso lo demostró.

Disuelta Joven Cuba se formaron varios grupos. Muchos se convirtieron en políticos. Algunos constituyeron Acción Revolucionaria Guiteras. Otros terminaron en *gángsters*, y otros se retiraron de toda actividad política o revolucionaria.

Suárez: ¿Qué posición asumió usted?

Buch: Yo pertenecía al Comité Central y al Ejecutivo de Joven Cuba. Llevaba la responsabilidad del Frente Estudiantil, además de participar en Acción y Sabotaje. Cuando se formuló la propuesta del pacto, lo rechacé, conjuntamente con Newton Briones Fernández, Fernando Pérez-Puelles Ezpeleta, y otro compañero cuyo nombre no recuerdo. Consecuentemente, dijimos que no era posible hacer una revolución

por medios políticos, que para hacer la revolución había que empuñar las armas; que si de verdad se quería hacer la revolución, tenía que ser por la vía insurreccional. Había que ocupar el poder y desde el poder transformar al país, tal como *Tony* Guiteras lo proclamó.

A Newton Briones, a Pérez-Puelles y a mí nos ofrecían actas de senador, pero nosotros las rechazamos. A partir de ahí, me dediqué al bufete, alejado de la política, porque no creía en ella. Creía en la insurrección armada.

Suárez: ¿Cuándo usted se gradúa de abogado?

Buch: El 31 de julio de 1938.

Suárez: ¿Y cuándo instala su bufete?

Buch: En realidad, yo no instalo ningún bufete. En este sentido, yo tuve suerte. Cuando me gradúo, mis compañeros insistían en que me fuera para Santiago de Cuba, donde me habían conseguido una plaza de juez suplente de Instrucción en Holguín. Era un buen puesto, bien pagado, pues se ganaba más de doscientos pesos al mes, lo que entonces era un dineral. Sin embargo, yo estaba negado a regresar a Santiago de Cuba; tenía decidido abrirme paso en La Habana. Tuve que vencer las críticas de mis compañeros, quienes decían que yo estaba loco, que en La Habana nadie me conocía.

Por esos días, bajando la escalinata de la Universidad, agobiado por aquella situación de no tener nada con qué comenzar en la capital, *Manolo* Menéndez Massana, a quién conocía de la Universidad, con el que había estado ligado en las actividades estudiantiles y quien era muy amigo de Justo Carrillo, con quien también mantenía buenas relaciones, me ve; se baja del ómnibus de la ruta 28 donde iba, y me pregunta qué me pasaba, pues me vio preocupado. Le explico mi situación, y me dice:

— *Vámonos para el bufete. Te pones a trabajar con nosotros y ya veremos.*

Tomamos otra ruta 28 y nos fuimos al bufete que él tenía con Justo Carrillo en las calles Cuba y O'Reilly, en el edificio del Banco Nova Scotia. Al llegar al bufete, me dice:

— *Esta es mi oficina. Yo creo que tú puedes quedarte con nosotros. Yo no he hablado con Justo, pero yo creo que él va a estar de acuerdo en que tú trabajes aquí.*

Y me dice:

— *Aquí tienes. Toma las llaves y usa el buró que está en la sala de espera, te pondremos una extensión del teléfono.*

Saqué una copia de la llave. Así fue como comencé por tener bufete; a trabajar como abogado. Comienzo a tener mis primeros asuntos. El primero fue un divorcio, por el que cobré veinticinco pesos.

En realidad, estaba solo, pues Justo y *Manolo* iban poco por allí. El bufete tomó otra apariencia pues se abría diariamente. Justo se estaba dedicando a las cuestiones políticas, y como no tenía necesidades económicas, porque se había casado con una muchacha rica, Olga Menocal, y además había heredado una buena fortuna de su padre, el coronel Carrillo, no ejercía la profesión. Tenía un bufete por tenerlo. Y *Manolo* era muy particular, una gente que nunca trabajó, una gente que toda su vida vivió de dar consejos y consultas políticas. Era un tipo superinteligente, de los más inteligentes que yo he conocido. Él había formado parte del primer Consejo Universitario, en representación de la Escuela de Derecho, en la autonomía que se instauró en la Universidad a la caída de la tiranía de Machado, en el experimento aquel de formar un gobierno universitario, mitad profesores, mitad estudiantes. Es verdad que él admiraba a Hitler, tenía afinidad por las ideas fascistas, pero era un tipo brillante.

Suárez: Pero usted termina quedándose con todo el bufete. ¿Cómo ocurrió esto?

Buch: Lo que ocurre es que ellos fueron alejándose del bufete poco a poco. Cuando Grau San Martín gana las elecciones de 1944, nombra a Isauro Valdés como ministro de Hacienda e Isauro designa a *Manolo* Menéndez como jefe de despacho y este deja de ir por el bufete. Justo, atareado en la política, prácticamente tampoco va. Así que un buen día, me dicen:

— *Cógete el bufete.*

Fue así como me quedo con el bufete y comienzo a sufragar todos los gastos. Luego me extendí a otro local que se encontraba desocupado. En realidad, fue un gran bufete, el número doce de toda la República.

Suárez: Pero todo eso fue después de que Grau San Martín asciende al poder, o sea, al finalizar la Segunda Guerra Mundial y en los años posteriores; pero antes usted fue a administrar un negocio de minería en Oriente, ¿no?

Buch: Sí. Mi padre había heredado una mina de manganeso en la zona de Baire, que era, por cierto, una de las más grandes que había en Oriente: *La Única*, que había estado en producción en la Primera Guerra Mundial. Cuando finalizó ésta, se cerró y quedó abandonada.

Pues bien, en el año 1939 me visita el Embajador de Canadá con un japonés, quien tenía un negocio en la calle O'Reilly, del que después supimos que era el centro del espionaje japonés en América, y me plantea que hay intereses comunes, japoneses y canadienses, para la extracción de manganeso. Yo no quedé en nada con estos señores, tan sólo en que iba a trasladar su interés a mi padre. Es entonces cuando Justo y *Manolo* me convencen de que estudiemos ese negocio, que esa relación con el consorcio canadiense-japonés debe dejar buen dinero. Comenzamos a negociar, mas no logramos ningún acuerdo, así que aquella gente se retiró; pero nosotros ya estábamos picados por el “bichito” de producir manganeso y venderlo en el mercado norteamericano.

Yo no tenía dinero, así que cuando se constituyó la sociedad anónima, con un capital de diez mil pesos, a razón de dos mil pesos por cada uno de los socios, yo no aporté nada, pues mi contribución era la promoción de aquella idea, las negociaciones y asumir la responsabilidad de administrar el negocio. Fui un socio industrial.

Así fue como se organizó la empresa *Sierra Maestra Mining Company, S.A.* Yo me fui para Baire, contraté a algunos trabajadores y a machete limpio logramos establecer una vía de comunicación entre la loma La Falopa y la mina, en la zona de Matías y Arroyón, en las primeras estribaciones de la Sierra Maestra. El mineral lo sacamos a lomo de mulo, que era en lo que se podía transportar. Después, hicimos un terraplén y llevamos camiones hasta la propia mina para sacar de allí el mineral. En total exportamos a los Estados Unidos más de veinticinco mil toneladas de manganeso de alta calidad por su gran contenido en bióxido, que era bien pagado.

Suárez: Sé que usted llega a tener una gran fortuna; ¿de dónde salió el dinero?, ¿de la mina de manganeso?

Buch: No tuve una gran fortuna, yo no era millonario. En realidad, al cabo del tiempo logré hacer un poco de dinero, que me posibilitó un buen nivel de vida. El primer dinero provino de la mina de manganeso, lo que me dio la posibilidad de comprar una casa en avenida Primera y 36, en Miramar.

Al principio, el mineral tenía un precio rentable, pero luego tuvimos que paralizar la producción y cerrar la mina. La experiencia duró dos

años, apenas: desde 1939, cuando yo voy para allá, hasta 1941, cuando regreso a La Habana y me reintegro al bufete.

Suárez: ¿Y de dónde proviene entonces el dinero que le permitió tener “un buen nivel de vida”?

Buch: No te vayas a imaginar que eso fue de golpe; fue poco a poco, con mucho trabajo, con mucha dedicación en el bufete. La experiencia de la empresa de manganeso me permitió conocer el mundo del comercio, relacionarme con mucha gente, mantener las relaciones; así, que cuando regresé a La Habana, además del dinero ganado, venía con el capital de la experiencia y el capital de las relaciones comerciales. Poco a poco, el bufete progresó, los clientes crecieron en número y en importancia y fue con el trabajo con lo que hice el dinero al que tú te refieres.

Llegué a tener una formidable clientela. Logré nuclear a los importadores e industriales de Oriente, Camagüey, Las Villas, Matanzas y Pinar del Río, para representarlos en la capital, formando una fuerza tan poderosa que se resentía la propia Lonja del Comercio. Fíjate si el bufete era importante, que logramos unir a los comerciantes del interior del país contra los grandes importadores asociados en la Lonja del Comercio de Cuba.

Un día fue a verme uno de los directores de la Lonja del Comercio, de la firma Rodríguez y Compañía, para proponerme que me pasara para la Lonja, que me daban dos mil pesos mensuales, me montaban un bufete allí sin costo alguno, y hasta me pasarían asuntos para que yo los llevara. Yo me enfurecí con la propuesta, pues, ¿cómo se les ocurría que fuera a dejar a mis clientes, que los traicionara? De ninguna manera, por ningún dinero del mundo. Eché para atrás la butaca y le fui arriba, con la intención de darle un bofetón. Mi compañero del bufete, Pablo Schwiep, se interpuso y el hombre salió “que jodía” de allí; dejó hasta el sombrero.

Suárez: Usted y Conchita se convirtieron en personas adineradas. Ustedes llegaron a tener una formidable casa, con un servicio de más de cinco sirvientes, ¿no?

Buch: Poco a poco hice el capital, lo administré bien e invertí en la familia y en propiedades inmobiliarias. Comenzamos a vivir muy bien. Me hice socio de clubes de recreo.

Suárez: ¿ De cuáles?

Buch: *Havana Biltmore Yacht & Country Club*, Club de Profesionales y *Tarará Yacht Club*.

Suárez: ¿Cómo votó usted en las elecciones presidenciales que hubo luego de la promulgación de la Constitución de 1940?

Buch: Por primera vez, me inscribí como elector para las elecciones a la Asamblea Constituyente de 1939. Voté en ellas.

No estuve de acuerdo, por supuesto, con el Frente Popular encabezado por Batista. Batista era el asesino de Guiteras, el traidor y el verdugo de la Revolución del Treinta. Yo no podía estar de acuerdo con un pacto con Batista, bajo ningún concepto, por ninguna razón. Así que en esas elecciones, en la disyuntiva Grau-Batista, preferí anular la boleta. En las elecciones de 1944, en las que se disputaban la Presidencia Grau San Martín y Carlos Saladrigas, voté por Saladrigas.

Suárez: ¿Por qué?

Buch: Porque pensé que se podía hacer algo contra Batista: Justo Carrillo me dice que ha conversado con Saladrigas, que este le ha dicho que tenía que deshacerse de Batista para poder triunfar como gobernante, pues él no quería ser ni un Mendieta ni un Laredo Bru, por lo que para deshacerse de Batista era preciso nuclear a los revolucionarios.

Suárez: ¿Y en las elecciones de 1948?

Buch: En estas elecciones los candidatos eran Ricardo Núñez Portuondo y Carlos Prío Socarrás. Voté por Prío Socarrás.

Volví a votar en las elecciones parciales de 1950, y no voté nunca más, hasta las elecciones convocadas por la Revolución.

Sería bueno dejar constancia de que el voto era obligatorio y sujeto a sanción penal para aquellos que no lo ejercitaran, pero nadie que yo sepa fue llevado a los tribunales de justicia. Cada elector tenía que inscribirse en el censo electoral y ser habilitado con un carnet de identidad, con la fotografía y los datos personales, y al ejercer el voto tenía que dejarlo en la mesa electoral y luego le era enviado por correo a su domicilio o recogido personalmente en la Junta Electoral. Se decía que era para evitar el fraude; en realidad era una patraña, pues los políticos continuaron comprando votos. Una de las maneras de actuar era que el sargento político tenía que garantizarle al candidato en cada colegio cierta cantidad de votos, cuyo pago se realizaría con la mitad del billete que conservaba el candidato, que al cumplir lo pactado se le entregaba y una vez unido podía ponerlo en circulación. Otro caso era el más corriente, el cambio de urnas. Puestos de acuerdo con la mesa

electoral, se recogía la oficial y en su lugar se contaba los votos de la apócrifa.

Suárez: Usted conoció directamente a Eduardo Chibás, pues él visitaba con frecuencia el bufete de Carrillo y *Manolo* Menéndez, antes de que ellos se lo dejaran a usted. ¿Conversaron o discutieron ustedes acerca de las posibilidades reales que tenía Chibás de hacer una revolución en la vida política cubana?

Buch: Conocí a Chibás en la Universidad, en las asambleas de depuración de profesores universitarios. *Manolo* y Justo eran muy amigos de él, así que a menudo iba al bufete.

En una oportunidad, cuando ya se estaba hablando de la aspirantura de Chibás a la Presidencia y el Partido Ortodoxo estaba haciendo campaña por la honestidad administrativa, y era conocido el apoyo que le brindaban figuras como *Fico* Fernández Casas, en Oriente; José Manuel Gutiérrez, en Matanzas; Manuel Ferro, en Pinar del Río, y otros políticos, yo le dije a Chibás:

— *Yo no sé qué revolución tú piensas hacer con esta gente que pertenece a la alta burguesía; son representantes de grandes capitales. Con ellos no es posible hacer una revolución.*

Chibás me contestó de que él, poco a poco, se iba a ir separando de ellos, que él iba a independizarse de estos señores. La conversación se fue acalorando, porque yo sostenía de que la revolución sólo sería posible mediante una insurrección, como la había querido Guiterras y que por medios políticos no sería posible, porque había demasiados compromisos políticos en las contiendas electorales. En realidad, la conversación se hizo bastante compleja, teniendo que intervenir *Manolo* y Justo Carrillo, porque yo insistí en que para hacer la revolución en Cuba era necesaria una insurrección, y que de triunfar él en las elecciones, terminaría siendo un gobierno como otro cualquiera. Lo cierto es que no nos entendimos, y a partir de allí apenas si nos saludábamos, hasta un día en que en el restaurante *Kasalta* comíamos con Diego Vicente Tejera y familiares, y llegó Chibás y empezó a picotear en la fuente de papas fritas y a conversar, como si nunca hubiésemos discutido, y se restableció la comunicación entre nosotros.

Suárez: ¿Es cierto de que Grau torpedeó la candidatura presidencial de Eduardo Chibás para las elecciones de 1948? ¿Cómo esto conduce a la conformación del Partido Ortodoxo?

Buch: En las elecciones de 1944 Grau ganó arrolladoramente contra Saladrigas, con tremendo respaldo popular y levantando grandes es-

peranzas. Ya en el gobierno, Grau defraudó al pueblo y a muchos de su propio partido político, permitiendo el gangsterismo y desarrollando una impresionante corrupción administrativa.

Pues bien, esto requiere de algo de historia. Una de las causas, y nos retrotraemos otra vez al Gobierno de los Cien Días, que influyó en la caída del Gobierno, fue una manifestación en la que participó Chibás atacando a Grau San Martín. Llegaron al Palacio Presidencial con la consigna de *King Kong* —una película que por entonces comenzaba a pasarse—, *King Kong, que se vaya Ramón*. Chibás encabezaba aquella manifestación, y Grau lo supo y lo guardó en su memoria.

Terminando el mandato de Grau San Martín, comienzan los preparativos para su sustitución en las elecciones de 1948. En estas, Chibás aspiraba a la nominación a la Presidencia de la República por el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) (PRC). En realidad, había varias aspiraciones. Estaba la del sobrino del Presidente Grau San Martín, José San Martín, al que el pueblo llamaba *Pepe Plazoleta*, porque había construido algunas plazoletas como la de avenida 26 y Boyeros: la Fuente Luminosa. Este individuo era ministro de Obras Públicas, tenía mucha ascendencia y sonaba bastante para representar a los auténticos. Por otra parte, estaba la plataforma de Carlos Prío Socarrás, pero bastante débil. Era más fuerte la aspiración de Eduardo Chibás, quien con sus constantes manifestaciones públicas en calidad de senador de la República, se había convertido en un político notorio. Chibás había defendido en el Senado al ministro de Comercio del Gobierno de Grau San Martín, a Alberto Inocente Álvarez, de las acusaciones de un canje fraudulento de granos y madera en Centroamérica, donde Paulina Alsina, cuñada de Grau, Primera Dama, tenía intereses. El ministro fue interpelado en el Senado y Chibás se encargó de su defensa. Lo cierto es que con ello esperaba ganarse la simpatía de Grau, en sus aspiraciones a la Presidencia de la República por el PRC.

Chibás había logrado nuclear a un grupo importante de políticos: *Miguelito* Suárez Fernández, por Las Villas y Diego Vicente Tejera, por Matanzas, los que respaldaban su candidatura presidencial. También a *Fico* Fernández Casas, por Oriente; a Manuel Ferro, por Pinar del Río, y a José Manuel Gutiérrez, por Matanzas, todas personas acaudaladas, pertenecientes a la gran burguesía cubana. Chibás confiaba en el respaldo de ellos, con este apoyo, para obtener la nominación auténtica. Con este respaldo es que se decide que el senador Diego Vicente Tejera, persona muy allegada a Grau San Martín, con quien

llegó a ser ministro de Educación, fuera el que le planteara el asunto de la aspiración presidencial de Chibás.

Días después, Diego Vicente Tejera trasladó a Grau San Martín su interés en abordar algunos asuntos políticos del Partido. Grau se entera de que es sobre la aspiración de Chibás para ser candidato a la Presidencia de la República por el Partido Revolucionario Cubano, e invita a Tejera a almorzar en Palacio. En el almuerzo, según me contó *Dieguito*, él le plantea a Grau San Martín distintas cuestiones y va dejando para el final el asunto de las aspiraciones de Chibás. Al abordar el asunto, Grau le va dando largas. Cuando llega el momento del café, Grau lo invita a pasar a un saloncito del tercer piso. En ese momento, Raxach, el mayordomo de Palacio, por indicaciones de Grau San Martín, le sirve a Diego Vicente Tejera un café hirviente y este se quema los labios y hace una reacción instintiva, momento en que aprovecha Grau San Martín para decirle:

— *Óigame, eso mismo tiene que decirle al señor Chibás; que en el autenticismo hay que saber tener calma, esperar el momento oportuno, no precipitarse, que eso es malo. Mire, si usted hubiese esperado a que el café se enfriara, no se hubiera quemado los labios. En el autenticismo hay que tener paciencia.*

Lo que significaba que Chibás no iba a tener el apoyo personal de Grau San Martín para obtener la candidatura auténtica a la Presidencia. Llegó *Dieguito* y se lo comunicó a Chibás y a los otros que estaban en el edificio López Serrano, en el *penthouse* de Chibás, esperando el resultado de la entrevista. Chibás quedó convencido de que ya no podía aspirar por el Partido Auténtico, pese a las importantes contribuciones políticas que él había realizado a este. De ahí, Chibás se orienta a la formación del Partido Ortodoxo, con el cual aspira a la Presidencia, rompiendo con el autenticismo. Esto es lo que te puedo contar como testimonio, de lo que a su vez Diego Vicente Tejera me contó.

Suárez: ¿Qué evidencia tiene usted de que esto sea verídico? ¿No sería subjetiva la historia de la taza de café?

Buch: En realidad, todo aquello me resultó significativo, lo guardé en la memoria; y estando en el Palacio Presidencial, ya en 1959, conversé con Raxach, quien había sido mayordomo de Palacio no solamente en el gobierno de Grau San Martín, sino desde mucho antes, función que desempeñó incluso con el doctor José A. Barnet Vinageras, aquel *Presidente Banquete*, quien llegó a ordenar en una ocasión de que a

cada embajador acreditado en Cuba, a los que invitaba a Palacio, se le preparara el plato típico de su país, con lo que creó un verdadero caos en la cocina del lugar; pues bien, hablando con Raxach en aquella ocasión, le pregunté por lo que en aquel momento me había contado Diego Vicente Tejera, y él me dijo que era cierto, que el Presidente le ordenó servirle el café hirviendo a *Dieguito* durante aquella invitación.

Suárez: ¿Usted perteneció al Partido Ortodoxo?

Buch: Como antes te dije, nunca pertenecí al Partido Ortodoxo, ni creía que los ortodoxos pudieran hacer una revolución en Cuba. Yo no creía en los medios políticos para hacer la revolución. Siempre creí que la vía para poder hacerla era la vía insurreccional, muy distinta de lo que los ortodoxos planteaban.

Suárez: La plataforma política de los ortodoxos radicaba, básicamente, en la denuncia de la corrupción administrativa y en la promesa de un adecentamiento de la vida política y administrativa del país. Fueron tan altas y repetidas las denuncias, que en el período de gobierno de Carlos Prío le radicarón a Grau una causa penal por la corrupción practicada durante su gobierno. ¿Qué suerte corrió en la Revolución la Causa 82, que desde antiguo se venía siguiendo contra Grau San Martín?

Buch: Yo había cesado ya como secretario del Consejo de Ministros, y estando en funciones en el Tribunal Supremo, se me acercó el exsenador Hernández Bauzá, a quien yo no conocía, y se identificó como un amigo de Grau San Martín. Venía a trasladar la petición del expresidente para que se terminara la tramitación del sobreseimiento de la Causa 82, ya que él (Grau) no quería morir sin que antes quedara cerrada. Quería morir tranquilo, y no pasar a la historia como el Presidente encausado.

Yo tomé todos los datos y le respondí al mensajero que la solución del asunto no era facultad mía, como magistrado del Tribunal Supremo, por lo que debía de dar traslado de la petición a Fidel y al Presidente de la República. Me comuniqué con este, el doctor Osvaldo Dorticós, y le expliqué el contenido de la entrevista que había sostenido con el enviado de Grau San Martín.

Dorticós tomó el asunto con tranquilidad. No rechazó ni afirmó nada. Se limitó a decirme que él iba a consultar el caso con Fidel. Tras largo tiempo, me llamó para comunicarme que ambos habían decidido terminar la Causa 82 contra Grau San Martín, y que me consultaban acerca

de qué posibilidades había de darla por terminada, para que Grau muriera tranquilo, sin esa preocupación.

El Presidente de la Audiencia de La Habana, doctor Humberto Hernández Nodarse, localizó la Causa y la resolución de sobreseimiento, que ya estaba acordada, y yo le informé al doctor Dorticós de que el asunto estaba pendiente de notificar al interesado. Dorticós me indicó que se cumpliera el trámite. Llamé al exsenador, manifestándole la decisión. Este se lo comunicó a Grau San Martín, y volvió a visitarme para expresar que Grau estaba muy contento y que quería que yo lo visitara para agradecer el interés y la participación que yo había tenido. Le contesté que no tenía que agradecerme nada, que yo sencillamente había hecho llegar al Gobierno su petición. Él insistió en que lo fuera a visitar, pero yo decliné amablemente.

De esa forma fue que quedó cerrada la historia de la Causa 82, radicada durante el gobierno de Prío. Este es uno de los ejemplos que demuestran la generosidad de la Revolución. Grau era responsable de la corrupción que hubo durante su mandato, pero cuando triunfa la Revolución es un anciano que está al morir y que quiere hacerlo tranquilamente.

Suárez: ¿Cómo reacciona usted frente al golpe de Estado de 1952?

Buch: Después de la disolución de Joven Cuba, yo no me integré políticamente. No milité en el Partido Revolucionario Cubano (PRC) con Grau San Martín, porque no acepté el pacto con él, ya que yo había luchado por la revolución no para hacer carrera política, sino porque creía firmemente en que el país necesitaba ser reformado, transformado esencialmente. Tampoco ingresé en el Partido Ortodoxo, porque no creía que su programa condujera a lo que yo aspiraba, y tampoco me vinculé a la Izquierda Revolucionaria, de Justo Carrillo, *Manolo* Menéndez Massana, José Ángel Bustamante y Leopoldo Araújo. Me preocupaban los problemas de Cuba, quería que se resolvieran, pero no encontraba la organización revolucionaria, después de Joven Cuba, que tuviera un programa y un método adecuados, así que escogí el aislamiento partidista. Ni con los auténticos, ni con los ortodoxos. Ni con otros.

Tampoco significa que estuviera en posición de una total pasividad e indiferencia política. Nada de eso. Porque hubo un aniversario del 4 de septiembre aquí en La Habana, cuando Batista había llegado a la Presidencia de la República por la vía electoral, en 1940, en el que hubo un verdadero bombardeo con dinamita, fulminantes y mechas

que yo había separado en la mina *La Única* y que había facilitado a algunos compañeros que habían militado en Joven Cuba y que seguían intentando hacer algo.

Yo iba separando este material en la mina. Si teníamos que usar cuatro cartuchos de dinamita allá, yo anotaba cinco en los libros y separaba uno para cuando vinieran desde La Habana a buscarlo. Ayudaba, pero sin vincularme a ninguna organización. Tampoco fui objeto de peticiones para que me integrara. Respetaban la actitud que yo había asumido cuando se planteó lo del pacto con Grau.

Hablando en concreto del golpe de Estado de marzo de 1952: en la noche del 9 de marzo, que era domingo, me encontré accidentalmente en Radiocentro con Carlos Rafael Rodríguez, de quien había sido compañero en la Universidad, y estuvimos comentando la situación del país, los peligros que había y el movimiento extraño de autos patrulleros por la calle 23. En la madrugada del día siguiente fue el golpe de Estado. Yo me enteré a las siete de la mañana. Fui por distintos sitios de la ciudad en busca de armas para oponerme al golpe, para evitar que se consolidara, pero sin resultado. No fui a la Universidad, pues allí no conocía al nuevo estudiantado y podrían considerarme un intruso. Me retiré para la casa como a las cuatro de la tarde, decepcionado.

El golpe de Estado del 10 de marzo me preocupó y me dolió. Me dolió porque significaba la conculcación de las libertades públicas y la muerte de la Constitución de 1940, el fin del régimen de legalidad imperante y, sobre todo, porque era nuevamente el asesino de *Tony* Guiteras quien se encaramaba sobre el poder. Batista me asqueaba.

Recuerdo que cuando se produjo el golpe de Estado, elaboré una carta para los clientes de mi bufete, planteando que el golpe de Estado iba contra sus intereses, porque la ambición de Batista los iba a perjudicar a la larga, y les aconsejaba cautela. Mis compañeros de bufete me decían que estaba loco, que cómo iba a mandar aquella carta. De todos modos, la remití.

Permanecí expectante, sin grandes esperanzas. Lo que hice fue reactualizar relaciones y cierta colaboración con viejos compañeros de la época de la lucha contra Machado y de los años posteriores: Diego Vicente Tejera, Lomberto Díaz, Guillermo Sánchez y otros. Trajiné un poco con los auténticos aquellos, los ayudé, pero nada más. Nada de ello condujo a cosas concretas.

Suárez: ¿Por qué no se vinculó a las tentativas insurreccionales de Justo Carrillo, de Rafael García Bárcena y de otros que tempranamente conspiraron contra Batista?

Buch: No lo sé. Quizá porque no creía en esas tentativas. Pero no tengo respuesta, porque lo cierto es que yo me movía a diario entre ellos, especialmente con Justo Carrillo, quien era mi amigo. Justo fundó Acción Libertadora y yo no me vinculo a esta, y luego creó la Agrupación Montecristi y tampoco me vinculo, pese a que mis relaciones con él eran muy fluidas, estrechas y muy amistosas.

Suárez: Pero usted colabora con él.

Buch: Ciertamente. Justo Carrillo era un hombre de mucha actividad. Intentó derrocar a Batista de distintas maneras. Creó varias organizaciones y se relacionó con mucha gente. Él era un buen conspirador, un tipo muy trabajador en las conspiraciones, muy cuidadoso, muy sutil. Para que tengas una idea, te pongo el caso de la conspiración de Ramón Barquín.

Cuando la conspiración de Barquín, aquella que se dio en llamar Conspiración de los Puros, Justo va a Roma a entrevistarse con Enrique Borbonet, quien había ido a una competencia deportiva. Justo viaja hasta Roma, sólo para perfilar algunos asuntos de la conspiración. En esa conspiración, a la que Justo se integra, yo colaboro de forma bastante simple, indirectamente.

Por entonces, yo tenía una casa en la playa de Tará y cerca de mi casa vivía Barquín, al que yo no conocía. Pues Justo iba a mi casa para entrevistarse con Barquín, y lo hacía a su estilo, de una manera muy discreta, muy sutil, sin llamar la atención. Se iba a la playa, se tiraba al mar y Barquín también lo hacía y se encontraban en pleno mar y conversaban. Luego regresaba a casa, se bañaba, tomaba un trago y se iba de regreso a La Habana. Así conspiraba el hombre, con todo sigilo y cuidado. Fíjate que no iba a casa de Barquín, ni se encontraba con él en mi casa, ni en la casa de otra persona, sino en el mar, sin testigos, sin dejar evidencias. Fíjate como se va a Roma a entrevistarse con Borbonet. Fue siempre un eterno conspirador, pero quedó del lado equivocado.

Suárez: Él se entrevista con Fidel en los preparativos del yate *Granma*.

Buch: Eso es cierto, pero esa historia de la relación de él con Fidel no la conozco muy bien. Ellos se entrevistaron dos veces en México, creo, pero de esas entrevistas no participo en su contenido.

Suárez: Pero usted tuvo algo que ver en todo eso. Usted intervino en lograr que los compromisos asumidos por Justo Carrillo con Fidel en México se cumplieran.

Buch: Ciertamente. Justo se entrevista con Fidel en México, porque, aunque él no creía que Fidel tuviera posibilidades de triunfar, adquiere ciertos compromisos, tiene una aproximación a los planes y colabora de cierta manera.

Bueno, pues cuando va a volver a Cuba después de la segunda entrevista con Fidel, los servicios secretos de Batista se enteran de estos trajines de Justo y se proponen detenerlo cuando él regrese, en el aeropuerto. El plan era detenerlo cuando él fuera a recoger el equipaje. *Manolo* Menéndez se entera y me avisa, para evitar que detengan a Justo. Este se baja del avión y no sigue con los demás pasajeros a recoger el equipaje, sino que se dirige a la puerta dedicada a los empleados, donde nos encontramos *Manolo* y yo, abandona el equipaje y salimos del aeropuerto sin dificultad. Lo llevamos para la casa de Casto Ferragut, un economista que trabajaba en el Banco de Fomento Agrícola e Industrial (BANFAIC) y que vivía por Boyeros. Después lo movimos por distintas casas.

Suárez: ¿En qué consistían los compromisos de Justo Carrillo con Fidel?

Buch: No vayas a creer que él se integra a la conspiración de Fidel, sino que él compromete cierto apoyo, pero sin formar parte del proyecto revolucionario de Fidel, porque él creía que Fidel estaba loco, que lo que pretendía no era posible realizarlo, que iba a fracasar. Pero pese a que cree que Fidel está loco, que va a fallar, adquiere ciertos compromisos. Él me dice que va a cumplir lo que le había prometido, o sea, ayudar a una compañera que conspiraba en Cuba en favor de aquel proyecto y enviarle a Fidel algún material: libros, unos anteojos y dinero.

Le conseguimos los libros que Fidel quería y unos anteojos que Justo se comprometió a enviarle, y que son, posiblemente, los que aparecieron en *Granma*. Fidel había pedido tres libros: *Diario de Campaña*, de Máximo Gómez; *La Guerra de los 30 Años*, de Emilio Roig, y *El Desembarco de Gibara*, de Emilio Laurent.

Yo compré el libro de Laurent en la librería *Martí* y los libros de Gómez y Emilio Roig en *La Moderna Poesía*. Cuando habíamos conseguido todo aquel material, fuimos a *El Encanto*, obtuvimos papel de regalos de aquella tienda y se preparó el paquete. Leopoldo Araújo, un famo-

so médico psiquiatra de La Habana, quien era revolucionario, se iba a pasar la luna de miel a México, y se habló con él para que llevara el encargo a la dirección que Fidel había facilitado a Carrillo. Araújo no quiso que le diéramos aquello antes de llegar al aeropuerto, por temor a que le practicaran un registro y se perdiera. Acordamos entregárselo cuando él estuviera a punto de abordar el avión y eso fue lo que hicimos. Cuando estaba a punto de tomar el avión, aprovechando que entonces lo que dividía era una simple pasarelita, Conchita y yo llegamos a él, casi gritando, simulando una especie de olvido en la entrega del regalo, y le dimos el paquete delante de todo el mundo. Araújo lo entregó a Fidel en México, y Fidel lo invitó a incorporarse a la expedición como médico, pero él declinó, por encontrarse de luna de miel.

Suárez: ¿Qué cantidad de dinero lleva Araújo a Fidel?

Buch: En esa ocasión no le lleva dinero a Fidel. Lo que pasa es que Araújo regresa de México y luego de que nos explica lo que conversó con Fidel, que le entregó lo que le habíamos enviado, nos dice que Fidel le había preguntado por el dinero que Justo le había prometido. Justo nos plantea de que reunamos el dinero, aportando entre seis: Justo Carrillo, *Manolo* Menéndez, Leopoldo Araújo, José Ángel Bustamante, René Díaz de Villegas y yo, a razón de ochocientos pesos cada uno, o sea, cuatro mil ochocientos pesos. Araújo y su esposa, Elsa Pradera, volvieron a México y entregaron el dinero.

Suárez: ¿Quién es la persona para la que Fidel había pedido ayuda?

Buch: Haydée Santamaría Cuadrado, *Yeyé*.

Cuando Justo viene y me lo plantea, le pregunto que quién es la persona a la que hay que ayudar y cómo es posible localizarla. Justo la localizó y la puso en contacto conmigo y a partir de ese momento me vinculé a ella.

Suárez: ¿Cuándo ocurre esto, aproximadamente?

Buch: Bueno, eso debe haber ocurrido en el primer semestre de 1956, cuando Justo Carrillo regresa de México, de entrevistarse con Fidel.

Yo comencé a trabajar con Haydée y con *Manolo* Suzarte en actividades de recaudación de fondos; trasladándolos a diversos sitios, como parte de sus actividades conspirativas, pero desconociendo realmente qué preparaban, qué estaban organizando. *Yeyé* utilizaba nuestra casa para hacer contactos, y en muchas ocasiones se quedaba en la casa, o incluso se pasaba días viviendo en ella.

Yo residía ya en avenida Primera No. 1606, en Miramar. *Yeyé* comenzó a usarla como casa de seguridad para sus actividades. Ella cuenta, después del triunfo de la Revolución, de que yo la llevé a diversos lugares en los preparativos de las acciones para respaldar y esperar el desembarco del yate *Granma*, de las acciones del 30 de noviembre, pero, tengo que ser honesto, yo ignoraba que ella estaba preparando las acciones en Cuba para la recepción del yate. Eso yo no lo sabía.

Suárez: ¿Esta colaboración significa que usted queda vinculado al Movimiento 26 de Julio?

Buch: Yo comencé a colaborar con los compañeros del Movimiento 26 de Julio por las relaciones que tenía con Justo, y las cosas en que estaba siendo involucrado propician estas actividades de dar dinero, aportar material y mover a *Yeyé*.

Pero una vez que entro en contacto con ella, el descreimiento que yo tenía desaparece. *Yeyé* me explica la historia de la organización liderada por Fidel, hablamos sobre *La Historia me Absolverá*, los proyectos del Movimiento 26 de Julio, su estrategia de enfrentamiento a la dictadura, los compromisos históricos que este asume, sus proyecciones sociales y económicas, y yo me doy cuenta de que esas son mis ideas, las ideas en las que siempre había creído, la estrategia revolucionaria y las ideas de Guiteras. Me convengo y me reincorporo plenamente a la tentativa de hacer una revolución en Cuba. Ahí es donde se produce mi convencimiento, y de esa manera me vinculo al Movimiento 26 de Julio, sin que pueda decirte que fue en un día determinado. Fue poco a poco. A partir de eso hago todo tipo de gestiones, para el Movimiento 26 de Julio, y voy conociendo y vinculándome con Resistencia Cívica y los principales líderes clandestinos.

Suárez: ¿Esta vinculación con el Movimiento 26 de Julio implica una ruptura con Justo Carrillo?

Buch: No cabe hablar de ruptura, porque yo nunca estuve integrado a sus planes. Yo colaboraba con Justo, con Diego Vicente Tejera, con Guillermo Sánchez y otros compañeros, pero sin que ello implicara que perteneciera a una organización específica y estuviera comprometido con un plan concreto. Yo colaboraba, simplemente. Ahora, si entendemos como ruptura el hecho de que me integré completa y orgánicamente al Movimiento 26 de Julio y dejé de colaborar con aquella gente, entonces sí se produce una ruptura; entonces yo sí rompí con todo aquello, pues entendí que estos compañeros sí estaban por la in-

surrección y en eso nuestra coincidencia de criterios y aspiraciones era total.

Suárez: ¿Usted deja de colaborar formalmente con Justo Carrillo?

Buch: No significa que sea formalmente, como tú dices, sino más bien un abandono progresivo, aunque ciertamente rápido, de aquellas actividades que me vinculaban a Justo Carrillo. Eso ocurre poco a poco, porque aún estando con Haydée Santamaría, moviéndola de un lugar para otro, también le presto alguna colaboración a Justo, quien había buscado refugio en la casa de un profesor de la Universidad vinculado al Directorio Revolucionario 13 de Marzo, el cual vivía en avenida Tercera y calle 90, en Miramar; a aquel lugar le llevo alimentos y le presto todo tipo de ayuda. A mí fue a quien le tocó la desagradable tarea de decirle que su madre había muerto en un accidente del tránsito, en El Vedado.

Fue en aquella casa de avenida Tercera y calle 90, donde conocí a José Antonio Echeverría. Ocurre que un día, estando allí con Justo, llega una persona y abre la puerta, porque también tenía llave de la casa, y el que entra es José Antonio, quien venía a esconderse. Ellos se conocían, y comienzan a hablar de diversos asuntos, oportunidad en la que yo conozco y converso por primera y única vez con *Manzanita*.

José Antonio le dice que no hay problema, que se quede allí, que él va a buscar otro sitio para esconderse. Justo le dice lo mismo. Entonces, al final José Antonio se va a buscar otro lugar, y más atrás sale Justo y se va para mi casa, y pasa allí varios días, hasta que regresa de nuevo a Boyeros, a la casa de Casto Ferragut.

Suárez: ¿Cómo conoce a Armando Hart ?

Buch: Conozco a Armando después de su fuga de la Audiencia de La Habana. Eso ocurrió el 4 de julio de 1957. A los pocos días del acontecimiento, Haydée Santamaría me plantea que es necesario darle refugio a Armando. Hablo con mi esposa. Le comunico que no hay ningún inconveniente, y ese mismo día, a las dos de la tarde, acompañado por Haydée, recojo a Armando en el reparto Náutico, y se refugia en mi casa de avenida Primera, en Miramar, la que a partir de aquel instante se convierte en el centro de contactos del Movimiento 26 de Julio en La Habana hasta la huelga de abril de 1958. El hecho de tener a un lado la mansión de María León, heredera del Banco Gelats, y por el otro las viviendas de Joaquín Martínez Sáenz, Presidente del Banco Nacional, y de Camilo Arcas Campos, el cultivador de arroz más rico

de Bayamo al frente; la casa del cura párroco de la iglesia Jesús de Miramar y la Embajada de Japón, hacían de mi casa un sitio completamente seguro. Por eso es que se convierte en una especie de cuartel general del Movimiento 26 de Julio en La Habana.

Armando es quien me presenta a Faustino Pérez Hernández, Enrique Oltuski Ozacki, Arnol Rodríguez Camps, Marcelo Salado Lastra, René Ramos Latour, Oscar Lucero Moya, Manuel Ray Rivero, Manuel Suzarte Paz, y otros compañeros de la clandestinidad, que van a visitarlo a mi casa. Por otra parte, en la casa de mis padres, quienes habían tenido que abandonar Santiago de Cuba por la persecución de Salas Cañizares, pues mi padre mantenía relaciones estrechas con Raúl Pujol Arencibia, quien cayó junto a Frank País (entregándole dinamita que obtenía de las distintas minas), y vivían en un pequeño apartamento en el sótano de un edificio de avenida Tercera y calle 44, en Miramar. Cada vez que venía a La Habana, René Ramos Latour pernoctaba allí o iba a cambiarse la ropa, para despistar a la Policía. Siempre mi madre le tenía preparada una muda de ropa. En realidad, llegó a tener varias mudas de ropa, especialmente camisas de distintos colores.

Mientras Armando estuvo en mi casa, no salió ni una sola vez. Era un secreto hermético. Él estaba en una de las habitaciones de los altos, con Haydée, y su presencia se mantuvo en perfecto secreto, incluso para los propios sirvientes de la casa, con la excepción de la encargada de limpiar los altos. Los alimentos yo se los traía de la calle, los compraba en distintos restaurantes, y los desperdicios y las envolturas me los llevaba en el portafolios y los echaba en los depósitos de la basura del edificio donde tenía el bufete.

Una vez que llevo a Armando Hart para Santiago de Cuba, me acerco mucho más a las actividades de Faustino Pérez, con quien comienzo a trabajar intensamente.

Suárez: Cuando Armando estuvo escondido en su casa, ustedes se entrevistan con Carranza. ¿Por qué? ¿Quién es este sujeto?

Buch: Nos entrevistamos con *Nacho* Carranza, funcionario de la Embajada de los Estados Unidos en La Habana. Con él y su esposa, Conchita y yo manteníamos buenas relaciones.

En septiembre de 1957, *Nacho* visitó a Armando en mi casa. En la conversación participamos también José Llanusa y yo. La impresión que nos dejó era la de que se trataba de un contacto del Gobierno de los Estados Unidos con el Movimiento 26 de Julio. En su caso, siem-

pre se mostró favorable a nuestros puntos de vista acerca de Batista y la situación cubana, a fin de establecer confianza.

Con motivo del alzamiento de Cienfuegos y los salvajes bombardeos y ametrallamientos que realizó la Fuerza Aérea en la ciudad, solicitamos por medio de él una entrevista con el Embajador, Earl Smith. *Nacho* consiguió la entrevista rápidamente. Fuimos a ella Osvaldo Dorticós y Antonio Frías, quienes habían venido desde Cienfuegos, y yo.

Smith nos recibió de manera informal en el último piso de la Embajada. Nosotros le explicamos la situación y solicitamos de él que ejerciera sus buenos oficios cerca de Batista, para lograr que cesaran los criminales bombardeos y ametrallamientos de Cienfuegos.

Suárez: ¿Cómo reaccionó Smith?

Buch: Smith nos recibió atentamente. Fue muy cordial. Escuchó pacientemente nuestros razonamientos, incluso se manifestó en forma despectiva sobre Batista. Llegó hasta dar un golpe con el pie derecho contra el piso y dejó escapar, en inglés, un:

— *¡Batista, hijo de puta!*

Prometió que iba a interceder para que se suspendieran las criminales acciones aéreas contra Cienfuegos.

Suárez: ¿Qué hay de cierto en que Joaquín Martínez Sáenz le debe la vida al hecho de que Armando Hart estuviera escondido en su casa ?

Buch: ¿Qué ocurre? Martínez Sáenz era un gran personero de Batista; había sido ministro de Hacienda y en aquel momento era Presidente del Banco Nacional. Por esas responsabilidades, era una gente conceputada como muy comprometida con la corrupción del régimen y con la política general de la dictadura. Un grupo de revolucionarios tomó la decisión de eliminarlo físicamente, de golpear a la dictadura en su persona. Luis Orlando Rodríguez y un comando se dedicaron a preparar el atentado. Lo controlaban desde un apartamento que estaba en la misma avenida Primera, esquina a calle 18, en el edificio donde estaría la escuela de idiomas Makarenko y que ahora es la sede del Ministerio para la Inversión Extranjera y la Colaboración Económica. Como la salida de la casa de Martínez Sáenz era por la calle 18, cuando se fuera a incorporar a la avenida Primera estaba obligado a disminuir la velocidad del auto para evitar un accidente, y esto iba a posibilitar que con el uso de ametralladoras y escopetas recortadas, a una

distancia mínima, se le fusilara sin darle posibilidades de respuesta. El plan era realmente casi “al seguro”.

El comando de Luis Orlando estuvo chequeando por varios días a Martínez Sáenz, controlando sus movimientos y costumbres. Comprobaron que todos los días laborables Martínez Sáenz venía a su casa a almorzar y antes de las tres de la tarde se iba de regreso a las oficinas del Banco Nacional y que seguía el mismo itinerario. Básicamente, hacía las mismas maniobras con el auto cuando abandonaba su casa. Uno de aquellos días, por la tarde, yo estaba jugando con mi perro en el jardín de la casa y Luis Orlando y un compañero de apellido Hernández me vieron. Por la noche, sin que se justificara, fueron a la casa. Aquello nos preocupó. Al día siguiente, localicé a Luis Orlando y le pregunté, en confianza, la razón de su visita. Finalmente, me dijo que estaban preparando un atentado contra Martínez Sáenz.

En ese momento, Armando Hart estaba refugiado en la casa. Pero yo no le dije nada a Luis Orlando, sino que me senté con él y le expliqué que mi casa era uno de los centros principales de reunión y contacto del Movimiento 26 de Julio, que allí iban dirigentes de todas las provincias, y que si ellos realizaban un atentado contra Martínez Sáenz a unos metros de la casa, la iban a “quemar”. Añadí que esa acción podía desembocar en que los cuerpos represivos de la tiranía acordaran el lugar, registraran, montaran un operativo de captura, de pesquisaje y que varios de los valiosos compañeros que iban allí, desconociendo lo del atentado, podían ser apresados, relacionándolos con este.

Finalmente, Luis Orlando comprendió la situación y estuvo de acuerdo con cancelar el ajusticiamiento de Martínez Sáenz. De esa manera, se salvó quien era, sin dudas, el cerebro financiero de Batista.

Suárez: ¿Su posición social le facilitaba la ejecución de sus actividades conspirativas ?

Buch: El hecho de tener vecinos de la solvencia económica y el reconocimiento social de los que te hablé, me facilitaba tener una fachada impecable.

Mis cuentas bancarias permitían mover dinero con facilidad, sin levantar sospechas. El primer envío que se hizo fue de diez mil pesos, que me entregó Haydée Santamaría, de las recaudaciones que hacía el Movimiento 26 de Julio en La Habana. En esa ocasión tomé un avión con dos cheques intervenidos por cinco mil pesos cada uno, en la cen-

tral de *The National City Bank*. En la sucursal de Santiago de Cuba, de la que era subgerente Marino Buch López, los hice efectivos, y ese mismo día los entregué a Haydée en esa ciudad. Haydée había ido el día anterior por carretera, con armas para la Sierra Maestra. Con ella había viajado Manuel Suzarte.

Suárez: Hubo millonarios que contribuyeron de forma importante a las arcas del Movimiento 26 de Julio.

Buch: Ciertamente. Alguna gente de mucho dinero hizo aportes.

Suárez: ¿Con cuánto contribuyó Zulueta, el banquero ?

Buch: La gestión inicial con este señor la hizo Humberto Sorí Marín. Julián de Zulueta se comprometió a contribuir con diez mil pesos. Entonces, Fidel le envió una carta bien pequeña, en un papelito amarillo, en el sentido de que la persona que portaba aquel documento se iba a encargar de viabilizar la contribución. Zulueta entregó el dinero en billetes de gran numeración, lo que para el trabajo en la Sierra Maestra no era nada práctico, así que cuando Haydée llevó aquel dinero para allá, hubo que cambiarlo por billetes de uno, cinco y diez pesos.

Suárez: ¿Por esta época es que usted se vincula a Resistencia Cívica?

Buch: Efectivamente, es por esta época, a mediados de 1957, en que me vinculo a todo el trabajo orgánico del Movimiento 26 de Julio y comienzo con Manuel Ray Rivero en Resistencia Cívica, tratando de que las clases vivas apoyaran a la Revolución o que, por lo menos, expresaran algún tipo de resistencia, rechazo o combate frente a la tiranía.

Mi casa llegó a convertirse en un centro muy importante para desarrollar aquellas relaciones. Allí se guardaba los abastecimientos, que después se hacía llegar a los familiares de presos políticos y a revolucionarios en situación de clandestinaje. Conchita tenía muy buenas relaciones con la Congregación de los Padres Franciscanos, pues por medio de ellos había ayudado a familias pobres y esto permitía una fachada perfecta, para recoger víveres y ayudar a los «pobres». Con esa fachada podían obtenerlos, almacenarlos y distribuirlos sin contratiempos. En eso, Conchita era muy hábil. Más de un batistiano o batistiana, de aquella gente de dinero que apoyaba al tirano y que se oponía a la Revolución, colaboró creyendo que estaba dando limosnas para los pobres. Nunca se permitió que dieran dinero, sino que tenían que contribuir con alimentos. William Sánchez Linares se encargaba

de repartir mensualmente las facturas y el padre Basternica, de la Congregación de los Padres Franciscanos, en más de una ocasión, fue a darles las gracias a las contribuyentes.

Suárez: ¿El cura sabía... ?

Buch: Él conocía el destino que se les daba a las contribuciones.

Suárez: Todo este trasiego de personas y de cosas, esta implicación que usted me cuenta, ¿no “quemó” la casa ?

Buch: Sí, de cierta manera. A principios de octubre de 1957, comenzamos a notar ciertos movimientos extraños en la cuadra y nos comenzó a preocupar la seguridad de Armando Hart, así que decidimos trasladarlo, y lo llevamos para casa de Margarita Toro, quien colaboró con la Revolución y que después se unió a la contrarrevolución; pero como allí había una periodista batistiana que vio a Armando en el auto, aunque él no se bajó, se determinó esconderlo en la casa de Cayetano Acosta y Concepción Hechavarría, padres de mi esposa. Luego tuvimos que llevarlo para la casa de una maestra que vivía en el reparto Nicanor del Campo. Permanecía solo, porque esta maestra se pasaba el día fuera de la casa, y allí estuvo hasta su partida para Santiago de Cuba, en mi auto, acompañado por Haydée y Conchita. Días después rodearon la casa y la registraron, pero no encontraron nada significativo.

Suárez: Tuvo suerte, ¿no?

Buch: Sí, tuve suerte. Me condujeron al Buró de Investigaciones. Allí estuve detenido cinco horas, y esa ha sido la única vez en mi vida que he estado preso, y mira que he estado en conspiraciones y en actividades clandestinas. En el Buró de Investigaciones pasó una cosa curiosa. Junto conmigo detuvieron a mi compañero de bufete, Pablo Schwiep Acosta, pues al momento de presentarse la Policía en mi casa estaba trabajando allí. Cuando vamos entrando al Buró de Investigaciones, escuché que alguien hizo el comentario de que estaban llegando los amigos de Armando Hart, refiriéndose a nosotros. Yo no me di por aludido y le dije a Pablo que nos pusiéramos a hablar de asuntos del bufete, como si nada pasara, con la mayor indiferencia del mundo.

Me hicieron un interrogatorio bastante simple, sin violencia, y me dejaron ir para la casa. Cuando llego allí me dicen de que ya han hablado con el Embajador de México para asilarme. Me negué rotundamente. Mis familiares estaban muy preocupados por lo que me pudiera pasar, pero no pasó nada, y yo seguí una vida normal.

Suárez: ¿Quién lo interrogó?

Buch: Mariano Faget y el sargento Sarmiento. Parece que Faget olvidó que cuando era cabo fue él quien me había ido a detener en Ayestarán No. 8, en 1936. Entonces, se había llevado presos a mi suegro Cayetano Acosta y a mi cuñado Roberto Acosta Hechavarría, y los tuvieron detenidos seis meses, hasta que el Tribunal de Urgencias los puso en libertad.

Suárez: ¿Llegó a conocer a Frank País?

Buch: Frank estaba en Santiago de Cuba la mayor parte del tiempo. Sus contactos en La Habana eran, por supuesto, los miembros de la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio, de la que yo no formaba parte, porque me vinculo a la organización en 1957, sin pertenecer, al principio, a su Dirección Nacional; además, Frank muere muy temprano, en julio, así que las posibilidades de vinculación revolucionaria con él, directamente, eran reducidas, muy reducidas. Ahora, tú me preguntas que si lo conocí. Sí, lo conocí en Santiago de Cuba.

¿Qué ocurre? En 1957, cuando las guerrillas se fortalecieron en la Sierra Maestra, Batista dispuso una táctica antiguerrillera que contemplaba la aplicación de procedimientos militares bastante similares a los que en su momento Valeriano Weyler había utilizado contra los mambises. El Ejército aplicó una política de tierra arrasada, que implicaba la orden de que todas las familias que vivían en la Sierra Maestra tenían que abandonar sus sembrados, entregar sus animales, y bajar al llano, fuera de las zonas guerrilleras. Aquella bestialidad la ordenaron por medio de avisos lanzados desde aviones y por los guardias rurales. La orden era clara: debían salir los campesinos porque la Sierra Maestra iba a ser bombardeada por aviones, con barcos y medios terrestres. Aquello comenzó a producir un éxodo impresionante de guajiros, asustados ante la eventualidad de ser víctimas de los bombardeos ordenados por Batista. Por supuesto, aquella medida no sólo afectaba a los propios guajiros y a los guerrilleros, sino que también lo hacía a los intereses económicos de capitalistas que tenían negocios o intereses en la Sierra Maestra.

Cuando esto comienza a originarse, yo estaba en Santiago de Cuba atendiendo asuntos propios de mi bufete. En aquellas circunstancias, es cuando mi cuñado, el doctor José Pujol Roca, me comenta que los poderosos hermanos Babum habían puesto a su disposición una avioneta para que, en representación de los comerciantes y de los industriales y capitalistas que tenían negocios e intereses en la Sierra Maestra,

tra, se presentara ante el mando militar de operaciones del Ejército, tratando de lograr una suspensión de aquella orden. Simplemente, que se sentían afectados en sus bolsillos. Cuando Pujol Roca me comentó aquello, de inmediato se me ocurrió que aquella circunstancia podía ser aprovechada para realizar una especie de labor de inteligencia, así que le pregunté si me permitía que yo fuera con él. Como la avioneta tenía plazas para tres personas, Pujol no tuvo inconveniente y aceptó que yo fuera.

Para entonces las relaciones que yo tenía con el Movimiento 26 de Julio no eran grandes, eran las de una gente que coopera, que se vale de sus recursos y relaciones para apoyar la labor conspirativa de altos dirigentes, pero nada más. Básicamente, había servido de chofer hasta entonces, y eso era principalmente en La Habana. De todos modos, tenía contactos en Santiago de Cuba con compañeros del Movimiento 26 de Julio, y por mediación de ellos hice llegar a Frank País la propuesta de obtener información de inteligencia mediante las gestiones que iba a hacer Pujol ante el coronel Barreras, jefe de operaciones del Ejército en la zona guerrillera. Frank estuvo de acuerdo y mandó a decirme que esperaba mi regreso para saber el resultado de aquel esfuerzo.

A la mañana siguiente, salimos de Santiago de Cuba en la avioneta particular de los Babum y aterrizamos en una playa situada casi enfrente del cuartel del Ejército, en El Uvero. La avioneta regresó de inmediato a Santiago de Cuba con el pagador del Ejército, para recoger el importe de la nómina de los soldados. Esperamos allí toda la mañana, pues Barreras no llegó hasta horas del mediodía, en un avión del Ejército. Cuando llegó, Pujol y yo estábamos en el comedor de la jefatura del cuartel del Ejército, pues nos habían invitado a almorzar. Barreras llegó y de inmediato, sin percatarse de nuestra presencia, sacó un mapa de operaciones y ubicó las supuestas posiciones que ocupaban los rebeldes. Pero al darse cuenta de que nosotros estábamos allí y de que escuchábamos lo que él explicaba, le preguntó al capitán Caridad Fernández que quiénes éramos y qué hacíamos allí. Caridad le explicó que éramos los abogados de los comerciantes e industriales con intereses en la Sierra Maestra, que habíamos ido a solicitar garantías para reanudar los trabajos en los aserríos. Barreras nos miró y se limitó a indicar que no podíamos estar allí, así que se nos acabó la sesión de bistec y de inteligencia. Nos tuvimos que retirar de inmediato. Nos fuimos hasta la playa, a esperar a que llegara la avioneta de los Babum.

Barreras comunicó que la concentración de los guajiros quedaba suspendida, que los campesinos podrían regresar, solamente a los territorios donde no actuaba la guerrilla o por donde el Ejército fuera avanzando. Poco después, Barreras subió en el avión militar y despegó. Por cierto, estuvo a punto de tener un accidente, pues el avión ladeó al hacer un giro y por escasos metros no chocó un ala contra una cerca de alambre de púas. Cuando llegó nuestra avioneta, regresamos a Santiago de Cuba, esa misma tarde.

Allí tomé el teléfono y disqué el número que me habían dado para ubicar a Frank. Al poco rato pasó un compañero, me recogió y me llevó para Vista Alegre, a la casa del doctor Jesús Buch Portuondo, donde estaba Frank. Le informé todo lo que había visto en El Uvero: que había cerca de seiscientos soldados; que la táctica del Ejército consistía en dividir aquella fuerza en dos columnas, una de las cuales iba a ser reforzada por mar; que estas columnas avanzarían sobre las posiciones rebeldes, una cercana al mar y la otra por el firme de la Sierra Maestra, con la intención de acorralar a los rebeldes entre dos fuegos en una operación de pinzas y que encerraba en un balcón; que el plan comenzaría a ser puesto en práctica a partir del segundo día, pues conocían el lugar exacto donde estaban Fidel y los rebeldes.

Frank se mostró muy interesado en la información que le suministré y me dijo que en breves momentos partiría para la Sierra Maestra un correo quien llevaría, entre otros asuntos, la información que yo había logrado acopiar.

Conversamos algunas cosas más. Yo le expliqué las labores de colaboración que había tenido, principalmente en La Habana, con Haydée Santamaría, con Manuel Suzarte y con otros compañeros. Él escuchó con mucha atención, y cuando terminamos la conversación se retiró primero, por razones de seguridad, y después lo hice yo.

Esa fue la única vez que tuve la suerte de intercambiar con Frank, quien era ya toda una leyenda. Era verdad que impresionaba. Yo pasaba ya de los cuarenta y tenía alguna experiencia de conspiraciones y clandestinajes, y, sin embargo, en aquella oportunidad no mostraba el aplomo, el sosiego y la misma tranquilidad que él. Frank me hizo recordar a Antonio Guiteras. Con Frank, la Revolución perdió a mil jefes. Te lo aseguro.

Suárez: En una estrategia política complicada, de difícil lectura, Fidel apuesta a comprometerse en una relación política con ciertos políticos de prestigio. De esta manera es que Raúl Chibás y Felipe Pazos suben

a la Sierra Maestra y firman con él el titulado Manifiesto de la Sierra Maestra, el que tantos dolores de cabeza produjo. ¿Usted tuvo algo que ver con esto?

Buch: En las conversaciones que tuvieron lugar en los territorios liberados y en la subida de Pazos y Chibás a la Sierra Maestra no tuve intervención alguna. Aquello, tengo entendido, fue una idea de Frank País, quien le propuso a Fidel la conveniencia de que algunos políticos cubanos, que aún conservaran prestigio: Raúl Chibás, Felipe Pazos, Justo Carrillo y otros, subieran a la Sierra Maestra a entrevistarse con él y discutieran sobre la posibilidad de constituir en su oportunidad un Gobierno Revolucionario, en la Sierra Maestra o en el exilio. Chibás y Pazos aceptaron subir, pero Carrillo puso reparos, excusas

Chibás y Pazos suben a la Sierra Maestra y después de dos días de discusión con Fidel, a mediados de julio de 1957, horas antes de que asesinen a Frank en Santiago de Cuba, firman un manifiesto en el que hacen un llamado a la unidad que comprende a todos los partidos políticos de la oposición, a las instituciones cívicas y a las fuerzas revolucionarias. Se expresa que el Conjunto de Instituciones Cívicas designaría a una persona para presidir el Gobierno Provisional del país y que Batista tenía que renunciar, pero que no se aceptaría ni golpe de Estado, ni Junta Militar, ni la mediación de una nación extranjera en la solución del problema cubano. Ya en aquella oportunidad, Felipe Pazos hizo notar su aspiración al cargo de Presidente Provisional, y eso después sería un problema. Pero, te repito, en esta historia, hasta donde te la he contado, yo no tengo intervención.

Suárez: En el Manifiesto de la Sierra Maestra se proclama que el Presidente Provisional debe ser designado por el Conjunto de Instituciones Cívicas. Dos preguntas: primera, ¿por qué la designación por el Conjunto de Instituciones Cívicas?, y segunda, ¿qué es el titulado Conjunto de Instituciones Cívicas?

Buch: Déjame responderte a la inversa.

El Conjunto de Instituciones Cívicas lo constituían todos los colegios profesionales, entidades económicas y sociales, banqueros, comerciantes y colonos. Eso fue el Conjunto de Instituciones Cívicas, que buscaba una solución al problema político cubano.

¿Por qué la designación del Presidente Provisional quedaba como facultad del Conjunto de Instituciones Cívicas? Forma parte de la línea de principios que tenía el Movimiento 26 de Julio, tanto en la Sierra Maestra como en el llano, en relación con la conformación de un Go-

bierno Revolucionario en Armas. Era que tanto la persona del Presidente Provisional como la misma vertebración de aquel Gobierno en Armas estuviera equidistante de los partidos políticos de oposición y de las organizaciones revolucionarias, y el Conjunto de Instituciones Cívicas, al ser apolítico, libraría al Presidente Provisional de compromisos políticos.

Suárez: Me decía que no tuvo nada que ver con la reunión de Fidel con Chibás y Pazos en la Sierra, pero ¿qué intervención tiene entonces en este asunto?

Buch: Lo que ocurre es que cuando Raúl Chibás regresa de la Sierra Maestra, de entrevistarse con Fidel, de firmar el Manifiesto llamando a la unidad de la oposición, hago contacto con Chibás, quien, pese a que estaba siendo perseguido, se negaba a asilarse en una embajada, como lo había hecho ya Felipe Pazos. Con Diego Vicente Tejera y Lomberto Díaz, comencé a organizar su salida clandestina de Cuba, en el yate que poseía Lomberto y que estaba fondeado en el *Miramar Yacht Club*.

El yate fue avituallado con gasolina que adquirió mi chofer, William Sánchez, en distintos servicentros de La Habana. La gasolina, así como avíos de pesca y carnada, los entramos en el *Havana Biltmore Yacht and Country Club* con el pretexto de salir de pesquería. El yate lo iba a pilotar *Dieguito* Vicente Tejera, hábil patrón, con la encomienda de dejar a Chibás en un cayo cercano a La Florida. Pero el día que teníamos fijado para partir, se presentó un norte muy fuerte y fue imposible intentar la travesía. Yo fui a entrevistarme con Chibás, a explicarle la situación, la imposibilidad de realizar ese día la salida rumbo a La Florida. Chibás se molestó por aquella posposición, así que terminó aceptando a regañadientes las razones que yo le expuse. Yo me fui de regreso a casa y, poco después, Chibás fue arrestado en el reparto Rosita de Hornedo. Lo detuvieron y lo golpearon. Ante la presión estudiantil y del pueblo, lo dejaron libre con la condición de que abandonara el país, y entonces se asiló.

Suárez: Poco después de que Felipe Pazos regresa de la Sierra Maestra y se va al exilio, se da a conocer el llamado Pacto de Miami.

Buch: Eso ocurre dos meses después de haberse firmado el Manifiesto de la Sierra Maestra. Como en este se había sostenido que para acordar la unidad de las fuerzas revolucionarias y políticas de oposición no era preciso subir a la Sierra Maestra, sino que se podía discutir y acordar en cualquier sitio, incluso en el exilio, en Miami se reunie-

ron varias organizaciones de oposición. La Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio no estaba enterada. Ocurrió que Felipe Pazos, Jorge Sotús y Léster Rodríguez se adjudicaron la representación de la organización y de forma inconsulta actuaron en nombre de esta, firmando un pacto político bastante tibio, que alteraba sustancialmente los planteamientos suscritos en la Sierra Maestra en julio. Era un documento que comprometía a la Revolución de cara al futuro. Con él se pretendía una supuesta unidad, señalando la forma de conducir la Revolución y comprometiendo un programa político para el momento del triunfo. Aquello era una ratonera política, que no tenía ni siquiera la virtud de acoger los planteamientos hechos en la Sierra Maestra de rechazar la intervención extranjera y la posibilidad de reemplazar a Batista por una Junta Militar. Además, el Pacto había sido fraguado a espaldas de la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio. Fue firmado por el Partido Ortodoxo (lo que quedaba de él), el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), la Organización Auténtica, el Directorio Revolucionario 13 de Marzo, el Directorio Obrero Revolucionario, y la Federación Estudiantil Universitaria. Aquel acuerdo de la Junta de Liberación Cubana, conocido también como Pacto de Miami, era altamente peligroso y comprometedor para el futuro de la Revolución.

Suárez: ¿Qué participación tiene usted en todo lo relacionado con el Pacto de Miami?

Buch: Tengo dos intervenciones.

Primero, la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio en La Habana acordó que me dirigiera a Miami para investigar las razones, las causas por las cuales Felipe Pazos, Jorge Sotús y Léster Rodríguez habían firmado en nombre del Movimiento 26 de Julio.

Segundo, en diciembre de 1957 volví a Miami, esta vez acompañado por Conchita Acosta, mi esposa, y *Tony* Buch, llevando el original de la carta, manuscrita por Fidel, denunciando el Pacto.

Hasta el momento en que se produce esto del Pacto de Miami, que tendrá concentrada la atención durante casi tres meses (octubre, noviembre y diciembre), mi actuación dentro del Movimiento 26 de Julio no tenía gran importancia, no era relevante. A partir de aquí, es que comienzo a tener un mayor protagonismo, es que las responsabilidades comienzan a ser abrumadoras, si se quiere.

Suárez: ¿Cuáles son los resultados de su investigación acerca de la firma del Pacto de Miami?

Buch: Unos días después de que aquella gente se había reunido en Miami, la maestra en cuya casa Armando Hart se había escondido, quien pertenecía a la Organización Auténtica, me llama y me dice que había recibido una copia del Pacto. Nosotros no sabíamos nada. Yo fui allá, busqué el documento, que estaba mimeografiado, y nos reunimos los compañeros que en ese momento estábamos en La Habana: Faustino Pérez, Oscar Lucero, Marcelo Fernández, *Manolito* Suzarte, Enrique Oltuski, Arnol Rodríguez y yo, y vemos que en la reunión de Miami, en el Pacto que Felipe Pazos, Jorge Sotús y Léster Rodríguez habían firmado en nombre del Movimiento 26 de Julio, ellos habían actuado “por la libre”, sin consultar ni estar autorizados por la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio. Valoramos muy negativamente lo que se había acordado por aquellos compañeros en Miami. La valoración que hacíamos, de cierta manera, pero sin tanta claridad como te lo digo ahora, es que aquello era un intento de los políticos de mantener vigencia dentro del proceso revolucionario que vivía Cuba y que a ello se habían prestado nuestros compañeros, consciente o inconscientemente.

Era el intento de Carlos Prío de no morirse políticamente. Los políticos y quizás alguna otra gente que estaba en el exilio, veía con preocupación cómo se les iba de la mano el proceso político cubano, y estaban muy preocupados porque el Movimiento 26 de Julio se estaba convirtiendo no sólo en la organización más importante, sino en la determinadora de los acontecimientos políticos de la oposición y del país. Según me dijeron, Carlos Prío había manifestado que él no mandaba a hacer ninguna acción revolucionaria, porque luego se la adjudicaban al Movimiento 26 de Julio.

Suárez: ¿Qué acuerdan en esta reunión en La Habana?

Buch: Se acordó no aceptar el Pacto de Miami, por espurio, y someter a la consideración del resto de la Dirección Nacional, que radicaba en Santiago de Cuba, y a Fidel, por medio de Armando Hart, el asunto; y ante la eventual y peligrosísima posibilidad de que la Junta de Miami designara al Presidente Provisional, creando una situación mucho más compleja y delicada, se decidió buscar aceleradamente a una persona para dicho cargo, bajo la consideración de que no estuviera ligada al Movimiento 26 de Julio ni a ninguna organización política opositora o revolucionaria.

Suárez: ¿El Pacto de Miami condujo a que el Movimiento 26 de Julio cambiara en algo su posición en cuanto a la designación de un Presidente Provisional y a la conformación de un Gobierno en Armas?

Buch: Desde el principio del año 1957, había el criterio de que debía constituirse un Gobierno en el Exilio o en Cuba. Había unas corrientes del Conjunto de Instituciones Cívicas que querían nombrar al Presidente, y el Movimiento 26 de Julio había apoyado la idea. Esto trae como consecuencia el Manifiesto firmado en la Sierra Maestra por Fidel, Raúl Chibás y Felipe Pazos, donde llaman a la unidad y establecen que el Presidente debía ser designado por el Conjunto de Instituciones Cívicas, para que estuviera equidistante de las organizaciones políticas.

Antes de que se dé el Pacto de Miami, las Instituciones Cívicas habían enviado un memorándum a la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio, proponiendo la integración de un Gobierno en el Exilio, pero pidiendo contar con el respaldo y la fiscalización de nuestra organización. Armando Hart, en nombre del Movimiento 26 de Julio, contestó que la organización se atenía a lo estipulado en el Manifiesto de la Sierra Maestra, en el sentido de que debían ser las Instituciones Cívicas, sin partidismos de ninguna clase, las que hicieran tal designación; que ese Gobierno, a constituirse en el exilio, si así se determinaba, debía estar auspiciado o integrado por las personas que el Conjunto de Instituciones Cívicas determinara, y no de la reunión de varios partidarios, que debía primar en él la independencia y la equidistancia política. En esencia, la política del Movimiento 26 de Julio era muy precisa: que el Gobierno Provisional debía estar alejado del control y la fiscalización políticos, que fuera independiente.

Cuando se da la situación de Miami, que aparecen las ambiciones de poder de Felipe Pazos y eventualmente la gente que se podía mover en torno a él —Prío y su camarilla—, la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio radicada en La Habana acordó la designación de una persona como candidato del Movimiento 26 de Julio para ocupar el cargo de Presidente Provisional de la República. Nosotros teníamos que avanzar en esto, en el sentido de escoger a la persona adecuada antes de que nos presentaran un hecho consumado.

Suárez: ¿A quién escogen?

Buch: Todos estuvimos de acuerdo con que fuera Raúl de Velasco, quien era Presidente del Conjunto de Instituciones Cívicas y Presidente del Colegio Médico Nacional. A mí se me dio la misión de hablar con él.

Suárez: Pero él no llega a ser candidato del Movimiento 26 de Julio. ¿Qué le dijo el doctor Velasco?

Buch: La conversación con el doctor Raúl de Velazco la tuve en mi casa. Hablé con él, le expliqué el asunto, pero se negó a colaborar. Él dijo que no, que él no estaba preparado, que él era médico y que no tenía ese carácter político, y se negó a aceptar la responsabilidad que le estábamos ofreciendo.

Suárez: Cuando ocurre esto, ¿usted viaja a Santiago de Cuba a entrevistarse con Armando Hart?

Buch: Entonces voy de inmediato a Santiago de Cuba, en avión, a entrevistarme con Armando y con los compañeros de la Dirección Nacional que radicaban allá. Me entrevisto con Armando en la calle San Germán, casi esquina a Calvario, en la casa de Evangelina Maggi y Enrique Ortega Arza. Le entrego una copia del Pacto de Miami, le informo de la reunión de La Habana, de los acuerdos tomados y de la negativa de Raúl de Velazco a aceptar la responsabilidad que la organización le ofrecía. Armando convocó a una reunión de la Dirección Nacional radicada en Santiago de Cuba, en la que se ratifica el acuerdo de La Habana de desautorizar a los firmantes del Pacto de Miami en nombre del Movimiento 26 de Julio y de no reconocer a la Junta de Liberación de Miami. Se acuerda que yo, dadas las posibilidades de viajar sin levantar sospechas, viaje a Miami, y se decide que Armando vaya a la Sierra Maestra a entrevistarse con Fidel, luego de que yo regrese con la información de Miami.

Suárez: ¿Con cuál misión iba usted a Miami?

Buch: Yo viajo a Miami con la encomienda de la Dirección Nacional de investigar lo ocurrido allí. También llevaba cartas de Faustino Pérez y de Armando Hart para Léster Rodríguez y Felipe Pazos, enjuiciando su irresponsabilidad.

Suárez: Se ha dicho que usted fue a Miami a discutir, a confrontar criterios sobre el Pacto.

Buch: Eso no es correcto. Yo no voy a Miami a discutir criterios divergentes, sino a desautorizar a los que habían firmado el Pacto en nombre del Movimiento 26 de Julio; lo que entrañaba no aceptar el Pacto.

Suárez: ¿Y cuáles eran las opiniones de las personas implicadas?

Buch: Allí las opiniones estaban fuertemente divididas. Mario Llerena y Raúl Chibás estaban en contra, se oponían al Pacto suscrito en nombre del Movimiento 26 de Julio. Por supuesto, Jorge Sotús y Léster

Rodríguez defendían con energía los acuerdos, sosteniendo que eran favorables para la Revolución, pues el Pacto implicaba el compromiso de Carlos Prío de aportar una gran cantidad de armas.

Suárez: ¿Es en este momento cuando quedan Chibás y Llerena como observadores del Movimiento 26 de Julio ante la Junta de Liberación de Miami?

Buch: Sí. Como observadores, sin compromiso de ningún tipo, pues informamos a la Junta de Liberación que Léster Rodríguez y Jorge Sotús habían obrado sin la autorización de la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio. Felipe Pazos no nos interesaba, pues él no pertenecía al Movimiento 26 de Julio.

Cuando cumplí la misión, que hice la investigación, regresé a La Habana, y rendí un informe sobre el asunto a los compañeros de la Dirección Nacional.

Suárez: ¿Les fue muy difícil sacar el manuscrito de Fidel, en el que se denuncia el Pacto?

Buch: Déjame precisarte algo. Yo regreso de Miami y, después de rendir un informe en La Habana, viajo a Santiago de Cuba y me reúno con Armando Hart, con René Ramos Latour y con Vilma Espín, y creo que con Marcelo Fernández, también. A ellos les doy cuenta de mis gestiones. Entonces es cuando Armando y *Tony* Buch se trasladan a la Sierra Maestra a entrevistarse con Fidel y yo regreso a La Habana, a esperar instrucciones.

Fidel estaba muy molesto. Estaba indignado con la actuación de Jorge Sotús y de Léster Rodríguez. Creía que aquello era un error que ponía en aprietos al Movimiento 26 de Julio, porque Fidel no quería esos compromisos políticos sobre bases falsas, equivocadas, flojas. Estaba realmente indignado con aquellos compañeros, y molesto con nosotros porque en lugar de romper con la Junta de Liberación de Miami nos habíamos limitado simplemente a no apoyarla. Fidel creía que debíamos haber roto públicamente con aquel engendro político, sin esperar a nada.

Fidel convocó a una reunión de la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio para enjuiciar lo que había pasado y tomar decisiones. La reunión tuvo lugar y el acuerdo fue de que debía repudiarse el Pacto de Miami, y de que sea Fidel quien redacte el documento de repudio, del que tú me preguntas.

Es entonces cuando Fidel redacta la histórica carta del 14 de diciembre de 1957, que es un documento soberbio, de una profundidad impresionante, un documento de principios. Esa carta es uno de los documentos más importantes de la Revolución, sin lugar a dudas, e iba dirigida a todas las organizaciones que habían firmado el Pacto de Miami.

La carta denuncia el Pacto de Miami por considerar que había puesto en juego no sólo el prestigio del Movimiento 26 de Julio sino su propia razón de existir; que para la Revolución lo importante no era la unidad en sí misma, sino las bases sobre las cuales se alzaba, los principios sobre los que se establecía; que esos principios estaban contenidos en el Manifiesto de la Sierra Maestra, y que habían sido desechados por los pactistas de Miami. Eso era inaceptable para el Movimiento 26 de Julio.

Esta no era la posición sólo de Fidel, sino la de todos los miembros de la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio, tanto de los que se habían reunido en La Habana y en Santiago de Cuba, como de los que se encontraban en la Sierra Maestra.

Ahora, tú me preguntabas si había sido difícil extraer de Cuba el manuscrito de la carta del 14 de diciembre de 1957. Eso siempre tiene complejidad y entraña peligro.

Tony Buch bajó de la Sierra Maestra con la carta. La carta de Fidel llegó a manos de la Dirección Nacional en La Habana en la mañana del 27 de diciembre, y ese mismo día, al mediodía, la llevamos a Miami. Conchita se hizo un peinado apropiado y dentro de un bucle del peinado, envuelto en papel carbón, trasladó el documento. Tomamos un avión y volamos a Miami, en compañía de *Tony* Buch.

Allá, me entrevisto con los compañeros nuestros y me corresponde, en nombre de la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio, romper los vínculos de este con la titulada Junta de Liberación de Miami.

Suárez: ¿Qué ocurre en Miami?

Buch: Yo llego y me entrevisto con los compañeros nuestros. Léster estaba opuesto a que la carta de Fidel fuera distribuida, hecha pública. Me dijo que él asumía la responsabilidad histórica con los resultados del Pacto; que estos eran beneficiosos; que no debía romperse con el Pacto; que Prío le había prometido un importante cargamento de armas para principios de enero, creo que para el 6 de enero, y que él confiaba en que Prío cumpliría con su palabra; y que si no la cumplía,

que si no entregaba el alijo de armas, él, personalmente, lo iba a ajusticiar. Añadió que si él lo hacía lo único que necesitaba era que el Movimiento 26 de Julio lo sacara de los Estados Unidos. Evidentemente, Léster se sentía comprometido personalmente con el Pacto, de buena fe; él tenía conciencia de que su palabra estaba empeñada en aquello, y asumía la responsabilidad. Por eso quería salvar el Pacto.

Ahora, la carta de Fidel la muestro a otros compañeros. Raúl Chibás la lee y dice que está de acuerdo, que es correcto romper con la Junta de Liberación de Miami. Mario Llerena, quien estaba en Nueva York, apenas lo llamamos por teléfono vino esa misma noche y estuvo de acuerdo con la carta de Fidel. Pero entonces Léster pidió que se enviara un emisario a Cuba, a hablar con Fidel, a plantearle el asunto, para ver si Fidel reconsideraba y la carta no la distribuíamos ni la hacíamos pública. Finalmente, decidimos hacer esto, y se le encomendó la misión a Asela de los Santos. Asela fue a Cuba y se entrevistó con Faustino Pérez, quien le dio instrucciones a ella de regresar a Miami, con la orden de que la carta fuera distribuida entre las organizaciones firmantes del Pacto y hecha pública, según las órdenes originales de Fidel. Asela llegó, nos comunicó aquella decisión, y junto con Chibás y Llerena nos dimos a la tarea de distribuir las fotocopias que previamente se había sacado entre las diversas organizaciones firmantes, y, simultáneamente, hicimos una síntesis que Mario Llerena por vía telefónica pasó a Herbert Matthews, del diario *The New York Times*.

Suárez: ¿Cuándo ocurre esto?

Buch: El 31 de diciembre de 1957.

Cuando terminó aquella gestión en Miami, volvimos a introducir el documento en Cuba, pero esta vez distribuyéndolo entre la estola que traía puesta Conchita.

Suárez: ¿Logró conservarse ese documento?

Buch: Sí, lo guardó celosamente Manuel Menéndez Massana, hasta el triunfo de la Revolución, en que me lo entregó. Hoy está en manos de Aleida March, la viuda del Che.

Suárez: ¿Usted preparó algún informe de los resultados de aquella misión?

Buch: Sí. Yo hice un informe con las incidencias de aquella misión. Aquel informe se le ocupó a Armando Hart cuando salía de la Sierra Maestra, y Batista ordenó publicarlo como evidencia, como prueba de las divisiones que había entre las filas de los que se le oponían.

Suárez: ¿Cuándo se produce la selección de Manuel Urrutia como candidato del Movimiento 26 de Julio para el cargo de Presidente Provisional de la Revolución?

Buch: Cuando yo viajo a Santiago de Cuba a llevar la copia del Pacto de Miami y a trasladar la posición y los acuerdos adoptados por parte de la Dirección Nacional que radicaba en La Habana.

En ese momento, la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio radicada en Santiago de Cuba, en vista de que Raúl de Velazco había declinado ser el Presidente Provisional, nos encarga a Armando Hart y a mí que exploráramos la opinión del doctor Manuel Urrutia Lleó. Lo localizamos en su residencia y se le citó para la casa del doctor Jesús Buch Portuondo, en Vista Alegre.

Cuando el doctor Urrutia llegó, nos reunimos con él en el salón de rayos X de la consulta de Jesús Buch, que estaba en la misma casa. La conversación tuvo que ser de pie, pues allí sólo había una mesa para hacer las placas radiográficas. Armando Hart le dijo que lo llamábamos para, en nombre del Movimiento 26 de Julio, proponerle el cargo de Presidente Provisional. Armando le preguntó que si él aceptaba asumir la Presidencia de la República.

El doctor Urrutia escuchó atenta y serenamente a Armando, sin inmuntarse en un solo momento y no objetó absolutamente nada. Dijo que estaba a la disposición de la Revolución, y preguntó qué era lo que tenía que hacer. Recuerdo que dijo:

— *No tengo ningún inconveniente en aceptar la responsabilidad que ustedes vienen a ofrecerme. Ustedes dirán lo que yo tengo que hacer. Yo estoy enteramente a disposición de la Revolución. Si me dicen que tengo que ir para la Sierra Maestra, voy para la Sierra Maestra. Si me dicen que tengo que partir para el extranjero, lo hago. Lo mismo si me dicen que debo mantenerme en la clandestinidad, lo hago. Ustedes dirán.*

La actitud que asumió Urrutia fue muy decidida, que si había que subir a la Sierra Maestra y que si tenía que ir en ese momento, él estaba en disposición de hacerlo de inmediato. Entonces, Armando le explicó:

— *Doctor, yo creo que usted debe analizarlo todo, pensarlo, consultarlo. Nosotros acabamos de informarle esto, ¿por qué usted no consulta con sus amigos, con sus familiares más cercanos?*

Pero Urrutia contestó que él no tenía que consultar nada con nadie, que era una decisión personal.

Suárez: ¿No les asombró esta determinación de Urrutia?

Buch: Sí, un poco. No esperábamos tanta resolución en él. Recuerdo que cuando él se retiró, Armando me dijo:

— *Luis, tú sabes que hemos encontrado un gran hombre o una gran mierda; porque sólo se puede catalogar como una cosa muy buena o como una cosa muy mala.*

Suárez: ¿Qué tipo de vínculo tenía Urrutia con el Movimiento 26 de Julio?

Buch: No, él no estaba vinculado al Movimiento. Él tenía afinidad por la Revolución.

Suárez: Pero Urrutia no estaba clandestino, porque en ese momento todavía era el Presidente de la Sala Cuarta de lo Penal de la Audiencia de Santiago de Cuba.

Buch: Eso también se valoró. Discutimos ese asunto y, finalmente, decidimos que él solicitaría la jubilación, documentación que ya tenía preparada, y que cuando esta le fuese concedida, algo con lo que Batista seguramente estaría de acuerdo y concedería rápidamente, él viajaría con su familia hacia los Estados Unidos.

Suárez: ¿Y por qué ustedes se deciden tan rápidamente por Urrutia?

Buch: Porque Urrutia había asumido una posición muy digna, que realizaba su nombre, que lo prestigiaba. La posición de él en el juicio a determinados compañeros que estaban involucrados en lo del alzamiento del 30 de noviembre de 1956 y del desembarco del yate *Granma* había sido muy valiente, digna, porque durante el juicio él se basó en el artículo 40 de la Constitución de 1940, que proclamaba que cuando el Gobierno cierra todas las vías políticas y viola las libertades políticas y civiles, es legítima la resistencia, la rebelión frente a la tiranía. Emitió un voto particular en el cual reconocía la legitimidad de la rebelión de los revolucionarios frente a la tiranía de Batista.

Suárez: ¿Qué valor político y jurídico usted le otorga a este voto particular?

Buch: Considerable. Un valor extraordinario. Él fue el único que votó por la absolución, contra la opinión de los demás integrantes de la Sala de lo Penal de la Audiencia de Santiago de Cuba. Ten en cuenta

que los otros dos magistrados condenan a los revolucionarios, y él da su voto particular, absolviéndolos. Es una actitud valiente. Aquello repercutió, estableció un precedente muy importante: en medio de un Poder Judicial que, salvo honrosas excepciones, prácticamente se había plegado a la dictadura, de pronto se encuentra al Presidente de la Sala Cuarta de lo Penal denunciando el estado de cosas, admitiendo y proclamando que las libertades políticas y civiles están conculcadas y que frente a ello es legítimo rebelarse cuando los procedimientos legales han sido agotados. Eso es de una importancia capital. Eso legitima la revolución, y esta legitimidad de acción revolucionaria frente a la tiranía política es un asunto que viene, que arranca de las primeras declaraciones universales de los derechos del hombre y el ciudadano. No es un invento de Urrutia, ni de Cuba. Era un principio y un derecho humano universal, aplicado por un magistrado cubano, en una situación concreta extremadamente delicada. Fue un gesto muy oportuno, justo, sabio y valiente.

Suárez: En ese momento, ¿ustedes proclaman, dan a conocer la noticia de que el doctor Manuel Urrutia va a ser el Presidente Provisional?

Buch: Primero, en la reunión con Urrutia se acuerda de que Armando Hart se mantendrá en contacto con él, pues aún faltaba que la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio ratificara su nominación como candidato para presidir la provisionalidad. Armando va y lo plantea en la reunión de la Sierra Maestra con Fidel. Estuvieron de acuerdo. Entonces Armando, con fecha 15 de diciembre de 1957, le comunica a Urrutia que era el candidato del Movimiento 26 de Julio para el cargo de Presidente Provisional. Pero esto, por supuesto, no significaba su designación, porque no se trataba de que el Movimiento 26 de Julio creara su Gobierno en Armas y de que hiciera designación del Presidente. Nada más lejos de la tesis de la organización. Nosotros queríamos que fuera el Conjunto de Instituciones Cívicas el que constituyera aquel Gobierno Provisional, en un marco de unidad de la oposición política al régimen, pero sin que las organizaciones políticas intervinieran en ello. Pero el Pacto de Miami implicó una ruptura en el camino para la unidad de las organizaciones opositoras, políticas y revolucionarias, y el peligro de que estas designaran, prematura, arbitraria, unilateral y peligrosamente a una persona para el cargo de Presidente Provisional. El Movimiento 26 de Julio no aceptaría eso, y frente a esa situación y a esos peligros, no quiso ser sorprendido y maniataado, y se adelanta, para frenar cualquier maniobra de los otros. Por eso es que, tan precipitadamente, se designa a un candidato por

parte nuestra, que es ya la organización más poderosa de la oposición, la más fuerte y numerosa, la más beligerante, la de mayor respaldo popular, la de mayor prestigio, dentro y fuera de Cuba.

Suárez: Mario Llerena ha dicho que cuando usted viaja a Miami la primera vez, usted sugirió tener una reunión informal con los delegados de la Junta de Miami, que se verificó el martes 3 de diciembre a las cinco de la tarde, y que en esa reunión usted presentó una proposición de enviar al Conjunto de Instituciones Cívicas una lista de cinco nombres para que seleccionara a uno para el cargo de Presidente Provisional. Dice que la sugerencia suya de que estas personas formaran un Gobierno en el Exilio no fue bien acogida. Identifica a las personas propuestas por usted, en orden de preferencia, como Manuel Urrutia, Felipe Pazos, Raúl de Velazco, Justo Carrillo y José Miró Cardona. ¿Esto es cierto?

Buch: Esto es puro invento de Mario Llerena. ¿Cómo es posible que mencione a Raúl de Velazco, cuando él ha rehusado? ¿Cómo es posible que mencione a Felipe Pazos?

Suárez: Dice también Llerena que aquella reunión terminó con el acuerdo único de enviarle una comunicación al Conjunto de Instituciones Cívicas, pidiéndole el consentimiento para incluir en la lista propuesta por el Movimiento 26 de Julio a algunos de los líderes de las organizaciones firmantes del Pacto de Miami; que ese mismo día se recesó, para esperar la respuesta de las Instituciones Cívicas, y que usted vino a Cuba a informar a la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio.

Buch: Te reitero que eso es una absoluta mentira. Es totalmente falso. Yo conozco su libro de memorias, y está plagado de inexactitudes y de mentiras.

Suárez: Algo sí está claro. Urrutia es, a partir de su selección en Santiago de Cuba, y con la confirmación hecha en la Sierra Maestra, el candidato del Movimiento 26 de Julio a la Presidencia Provisional de la República.

Buch: A partir de ese momento, simplemente se dice que el candidato del Movimiento 26 de Julio para el cargo de Presidente Provisional de la República es el doctor Manuel Urrutia Lleó.

Después, en el mes de julio de 1958, cuando se firma el Pacto de Caracas, en que se crea el Frente Cívico Revolucionario, este acoge la proposición y designa a Urrutia, convirtiéndose en el Presidente Pro-

visional, con el respaldo de todas las asociaciones políticas y revolucionarias contrarias a Batista.

Suárez: Ya para entonces, usted está establecido en Caracas, ¿no?

Buch: Ciertamente. Pero antes había estado transitoriamente dos veces, antes de la huelga de abril.

Suárez: ¿Cómo es esto?

Buch: Cuando cae el dictador venezolano Marcos Pérez Jiménez, el 23 de enero de 1958, un grupo de emigrados cubanos se reunió en Caracas y recaudó quinientos dólares como contribución inicial a la Revolución Cubana. Esa suma de dinero se la entregaron a Marcelo Fernández y este la hizo llegar a Faustino Pérez. En esa oportunidad, los compañeros de Venezuela comunicaron que había la posibilidad de que las nuevas autoridades venezolanas aportaran una ayuda bélica a la Revolución en Cuba; que en ese sentido se había manifestado Fabricio Ojeda, Presidente de la Junta Patriótica, quien había convocado a la huelga general que derrocó a Pérez Jiménez, y que se contaba con el consentimiento de Wolfgang Larrazábal, Presidente de la Junta de Gobierno de Venezuela. Para esto, se necesitaba que viajara a Venezuela un representante del Movimiento 26 de Julio. Entonces Faustino me orienta viajar a Venezuela para estudiar la nueva situación política que se había creado con la caída de la dictadura perezjimenista y confirmar las posibilidades de ayuda bélica y política que se podría obtener. El 2 de febrero de 1958 viajé a Venezuela.

Suárez: ¿Usted entró en contacto con Fabricio Ojeda en esa oportunidad?

Buch: A él se le informó de que yo iba para allá y gestionó para que se me diera la visa a Nueva York. Le pedí una audiencia y Ojeda dijo que él no me daba audiencia, sino que, por respeto a la Revolución Cubana y a Fidel Castro, él iba adonde estaba yo. Entonces, en casa de Manuel Piedra, a las tres de la tarde, se realizó la entrevista y nació una amistad fraternal. Efectivamente, se empezó a hacer las negociaciones. En esa oportunidad, los venezolanos prometieron una buena cantidad de armamento, pero no se llegó a nada concreto. Yo regresé para Cuba, con el ofrecimiento de los venezolanos de apoyarnos con material bélico, y al regreso me integro a la organización de la huelga de abril de 1958.

Suárez: Pero antes de la huelga general de abril, usted volvió a Venezuela.

Buch: Ciertamente. Fue en ocasión del aniversario del Grito de Baire. Ya para entonces el doctor Manuel Urrutia estaba en los Estados Unidos y las actividades revolucionarias del Movimiento 26 de Julio en Venezuela iban de prisa, ganando espacio. De aquella primera reunión del grupo de exiliados, en enero, se logró desencadenar un fuerte movimiento organizativo entre los miles de emigrados cubanos, en todas partes del país. Así que nos servimos de las nuevas oportunidades que ofrecía Venezuela para el trabajo revolucionario y se organizó una cena de confraternidad cubano-venezolana, con el objetivo de recaudar fondos para la Revolución, cena a la que se invitó a prominentes figuras revolucionarias y políticas: haitianas, cubanas, dominicanas, venezolanas. Curiosamente, Rómulo Betancourt se excusó.

El doctor Urrutia fue el invitado de honor, en su calidad de candidato propuesto por el Movimiento 26 de Julio para asumir el cargo de Presidente Provisional. Con ello se quiso realzar su figura al nivel continental, dada la cobertura que al hecho darían las agencias de información. O sea, yo voy dos veces a Venezuela antes de la huelga de abril.

Suárez: ¿Qué intervención tiene usted en lo relacionado con la detención de Armando Hart en las cercanías de Palma Soriano, el 11 de enero de 1958, cuando bajaba de la Sierra Maestra?

Buch: Desde finales del año 1957, a raíz de lo del Pacto de Miami, Armando estaba en la Sierra Maestra, en la Comandancia General. En ese momento era coordinador nacional del Movimiento 26 de Julio, con sede en Santiago de Cuba. Armando, por sus actividades revolucionarias, por sus responsabilidades, era una gente muy buscada en todo el país. Y sucede que, cuando regresa a Santiago de Cuba, junto a Javier Pazos, *Tony Buch* y *El Guajiro* Vallejo, al tener desperfectos mecánicos el *jeep* donde viajaban toman el *gascar* de Manzanillo a Santiago de Cuba. Al llegar al central Oriente, un militar que viajaba en el *gascar* los arrestó, por sospechosos. De allí, los condujeron a Palma Soriano y después para Santiago de Cuba. No los presentaron en ninguno de los puntos de detención que tenían las fuerzas represivas, sino que los llevaron de forma secreta para el fuerte El Viso, en El Caney. Afortunadamente, no reconocieron a Armando desde un inicio, pese a que le ocuparon diversos documentos. La noticia de la detención de Armando llegó a la Dirección del Movimiento 26 de Julio rápidamente, mediante la intercepción de una llamada telefónica, algo que regularmente hacía la organización en Santiago de Cuba, pues se tenía un abundante control de las comunicaciones de la dictadura, por vía telefónica corriente. Apenas se conoció la noticia, los

dirigentes del Movimiento 26 de Julio en Santiago de Cuba se decidieron a actuar audazmente con el propósito de salvar a los compañeros, porque la intención y las órdenes iniciales que fueron cursadas al coronel Alberto del Río Chaviano eran las de escenificar una escaramuza y dar muerte a Armando, Pazos y *Tony* Buch. Allí fue donde realmente se creó una situación explosiva. Todos nos movilizamos. Los compañeros del Movimiento 26 de Julio lograron tomar una emisora de Santiago de Cuba, interrumpiendo la transmisión y se informó que Armando y los otros compañeros habían sido apresados y que Batista había impartido personalmente la orden de asesinarlos, simulando un enfrentamiento. Se lanzó un llamado a prepararse para luchar en las calles. Las escenas y los acontecimientos que ocurrieron en Santiago de Cuba cuando Frank País fue asesinado, posiblemente se hubiesen repetido en caso de que hubiesen asesinado a Armando, quien era en ese momento el coordinador nacional del Movimiento 26 de Julio. Por lo menos, esa era la disposición de la organización en aquel momento, y se comenzó diversas gestiones, de todo tipo, por la familia de Armando y por Felipe Pazos, padre de Javier.

Suárez: Usted hizo gestiones para salvar la vida a Armando Hart.

Buch: Ciertamente. Acompañado por Joaquina Cuadrado, Aida Santamaría y mi esposa Conchita Acosta. Poco antes de las seis de la mañana, por línea telefónica, Conchita recibe en mi casa un mensaje muy lacónico, pero muy dramático de Haydée Santamaría que decía:

— *Mi niño está sumamente grave. Es necesario que envíen lo más urgentemente posible la medicina. No tenemos esperanza de salvarlo.*

En el momento en que se produce la llamada, en mi casa estaban alojadas Joaquina Cuadrado, madre de Haydée, y su hermana Aida Santamaría. No había dudas de que Haydée se refería a Armando. Sin demora, nos pusimos en máxima tensión. Fuimos a la Nunciatura, que era la residencia oficial del Nuncio Apostólico y decano del Cuerpo Diplomático. Nos recibió una monja. Le expusimos la situación: que Armando Hart estaba en grave peligro y que necesitábamos conversar urgentemente con el Nuncio, Monseñor Luigi Centoz. La monja nos hizo pasar a una antesala y nos comunicó que en ese momento ella no podía interrumpir a Monseñor, porque estaba oficiando misa. Yo insistí. Un minuto era importante. Le insistí en que el asunto era de vida o muerte, que le pasara un recado a Monseñor. Por fin, logré convencerla.

A los pocos minutos vino Monseñor Centoz. Pasamos a su despacho. Yo me excusé por la forma inesperada y tempestiva en que habíamos

concurrido a entrevistarnos con él, pero le dije que no había otras alternativas, que nosotros recabábamos de sus buenos oficios para salvar la vida de Armando Hart, quien estaba detenido en Santiago de Cuba, y que nosotros sabíamos por fuente fidedigna que el alto mando de la dictadura había impartido la orden de asesinarlo. Añadí que si él intervenía prontamente y ejercía sus buenos oficios, muy probablemente se lograra evitar que Armando fuera asesinado. Monseñor titubeó. Dijo tener razones que le impedían realizar lo que nosotros le pedíamos, ya que su condición de decano del Cuerpo Diplomático lo obligaba a realizar intercambios de opiniones con otros embajadores, y que eso le llevaría algún tiempo. Yo insistí en que había que actuar ya, urgentemente. Le propuse que realizara sus gestiones, no en calidad de decano del Cuerpo Diplomático, sino simplemente como representante de la Santa Sede, pero Monseñor no se decidía. Para nosotros era terrible, pues sabíamos que aquellos minutos que se estaban perdiendo para convencer y decidir a Monseñor podían ser fatales. En eso, Conchita salvó la situación. Monseñor estaba sentado tras su buró y tenía a su espalda, colgado de la pared, un enorme cuadro con la efigie del Papa, y le dice Conchita a Monseñor, con la mayor resolución que te puedas imaginar, que aquella conversación estaba presidida simbólicamente por el Santo Padre y que ella estaba completamente convencida de que si una vida humana dependiera de una gestión del Santo Padre, este la haría sin titubear un minuto. Aquello parece que conmovió a Monseñor, pues a partir de ese momento varió su posición y nos dijo que eran las siete, que era muy temprano para llamar a Gonzalo Güell, ministro de Estado de la dictadura, que él lo iba a llamar a las ocho de la mañana. Pero yo insistí. Él salió, supongo que habló con el propio ministro o con algún funcionario importante. Lo cierto es que cuando entró nuevamente al despacho nos dijo que iba a ser recibido a las ocho y treinta de la mañana por Güell, que él era optimista y que volviéramos pasadas las nueve de la mañana.

A las ocho y media estábamos ya en la Nunciatura y poco después llegó Monseñor. Venía descompuesto, con lo cual nos puso sobre ascuas, esperando lo peor. Se dirigió a nosotros y nos dijo que había realizado las gestiones y que le habían prometido que las vidas de los tres detenidos serían respetadas; pero que él estaba muy disgustado, pues en lugar de ser recibido por el ministro de Estado, a quien le había solicitado la entrevista, fue recibido por el subsecretario, Cortina, y que iba a presentar una enérgica nota diplomática al Gobierno de Cuba por aquella actitud irrespetuosa de Gonzalo Güell hacia su persona. Cuando escuchamos a Monseñor nos sorprendimos, pues noso-

tros ignorábamos que junto con Armando hubiese otros compañeros. En ese momento, no supimos de quiénes se trataba ya que Monseñor no recordaba los nombres. Pese a aquella respuesta optimista, nos fuimos de la Nunciatura muy preocupados, pues la dictadura no era de fiar y podían matarlos de todas maneras. Esta fue, tan sólo, una de las muchas gestiones que se hizo. Fue tanto el alboroto y el peligro de explosión que corría la dictadura si procedía al asesinato, que Batista anuló la orden de asesinarlos e hicieron pública su detención y terminaron condenando a Armando a la prisión de Isla de Pinos, donde estuvo hasta el triunfo de la Revolución. A *Tony* Buch y Javier Pazos los pusieron en libertad. Si llegan a asesinar a Armando posiblemente se hubiese desatado una huelga muy seria pues, además del precedente cuando el asesinato de Frank, las condiciones objetivas y subjetivas para una huelga general ya estaban maduras en el país.